Santiago Eximeno

Juan Antonio Ferrando Rodríguez

CONDENADOS



Primera novela en castellano publicada mediante «

Condenados es una novela de horror que invita al lector a vivir el Día del Juicio Final de la mano de cuatro supervivientes, atrapados en un día eterno entre el Cielo y la Tierra junto a los vivos y los muertos, los ángeles y los resucitados.

Condenados se adentra en el imaginario católico para ofrecer una interpretación del Día del Juicio Final a través del dolor de la pérdida, de la soledad, del miedo a la muerte y la desesperanza.

Explícita en algunos pasajes, intimista en otros, el libro nos muestra la ira de un Dios ausente personificado en una miríada de ángeles castigadores enfrentados a sus propias dudas y a una humanidad culpable que debe ser juzgada.

Santiago Eximeno

Condenados

ePUB v1.0
Bercebus 31.08.12

Título original: *Condenados*
Santiago Eximeno, 2011.
Diseño/retoque portada: Jean Mallart

Editor original: Bercebus (v1.0)
ePub base v2.0

Para María Jesús.
Contigo a mi lado no temo el Juicio Final.

No juzguéis a los demás si no queréis ser juzgados. Porque con el mismo juicio que juzgareis habéis de ser juzgados, y con la misma medida que midiereis, seréis medidos vosotros.

JESUCRISTO

Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol.

Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.

APOCALIPSIS 7:1-3

Sólo se puede pronunciar el juicio final sobre un hombre cuando se ha clavado la tapa de su ataúd

LIN YUTANG

1
Bienvenidos al día del juicio final

Dicen que en las ramas de los árboles calcinados anidan ángeles negros, y que su prole se alimenta de lágrimas y ceniza. Como cualquier otra de las historias que los niños escuchan de boca de los amargados, su credibilidad se asienta sobre hechos contrastados. Los ángeles caminan por las ruinas del mundo y su mirada quiebra los corazones que aún laten en los pocos supervivientes.

No ha transcurrido ni un día desde que ellos aparecieron. No transcurrirá ninguno por mucho que lo deseemos.

Un ángel merodea entre los escombros. Sus alas blancas, plegadas a su espalda, se extienden más allá de la musculatura desproporcionada de su espalda. Nadie en su sano juicio podría confundir a esta criatura con un hombre. Sus ojos son blancos, brillantes, inquisitivos más allá del alma. Cuando camina sobre sus pies descalzos la tierra cruje, gime. Resulta esperpéntico ver caminar a un ángel. Sus ademanes son torpes, sus pasos tímidos. Sin embargo, hay algo a su alrededor, un halo de majestuosidad y un egocentrismo mal disimulado, que mantiene a los hombres alejados. Respeto y miedo, pues aún hoy, en este día eterno que nunca concluye, los supervivientes que admiran al ángel saben que están presenciando un prodigio.

El ángel se detiene. Allí parado, de pie, como una estatua tallada por un artista demente, semeja escuchar algo que los miserables hombres no pueden ni siquiera imaginar. Quizá música de los cielos, aunque los únicos que hayan hablado del cielo repitan sin cesar que las puertas se han cerrado. Lo que sí es cierto es que las escaleras han desaparecido y todos los que ansiaban ascender por ellas no son más ahora que ratas escabulléndose entre desperdicios e inmundicias. El ángel se acuclilla, roza con la palma de su mano la tierra negra bajo sus pies. Parece confuso. Mira hacia atrás, donde se levantan las cuatro enormes torres de Plaza de Castilla, cuatro dedos carcomidos del cuerpo de un coloso consumido por la lepra. A lo lejos las nubes negras que se desprenden de los incontables incendios provocados despliegan sus garras hacia el cielo. Un cielo gris, compacto, de hormigón. Un cielo sin nubes, sin sol. Un cielo cerrado para justos y pecadores.

De pronto la criatura celestial se alza, despliega sus alas. Una suave brisa levanta nubes de ceniza a su alrededor. El prodigio del vuelo se anticipa en la mente de José y María, ocultos en un portal, cerca de los restos retorcidos de lo que antaño era conocido como la estación de autobuses. Ambos han encontrado entre los esqueletos mecánicos de los autobuses un refugio para sus miedos. Huyen de los ángeles, claro. Como todos los vivos que aún mantienen su juicio claro. Esas criaturas descendidas de los cielos no han venido a salvarles. No al menos de la forma que sus malditos idólatras esperaban. No, los monstruos alados que han bajado a la tierra distan mucho

de los bucólicos querubines que esbozaban los artistas católicos en postales y libretos. Estos seres han venido hasta nuestro mundo huyendo de su propio Apocalipsis, y su llegada ha despertado a la muerte.

José roza con sus dedos el brazo desnudo de María. Ella no puede apartar la vista de la presencia celestial. Desde la distancia no es más que un cuerpo desnudo, grotesco en sus proporciones, con dos hermosas alas blancas brotando como excrecencias óseas de sus omoplatos. Es horrible. Es hermoso. En las mujeres su mera presencia provoca una excitación difícil de controlar. María lo sabe, y trata de ignorarlo. No lo logra. José cubre los ojos de María con sus manos. Cuando lo hace ella advierte el olor que emana de ellas; su olor: gasolina, sangre, tristeza. Siente una arcada, y ese sentimiento le devuelve a su realidad, a la realidad. Un mundo devastado, consumido como una cerilla, a merced de seres angélicos que no pueden volver al cielo.

A merced de los resucitados.

Las alas del ángel se agitan. Después, en un susurro contenido, retornan a su posición, plegadas a la espalda. María no puede apartar la mirada. Ha recuperado el control de su mente, arrebatado durante unos instantes por la presencia de uno de los súbditos del Señor, pero aún desea con todas sus fuerzas enterrar sus dedos entre sus piernas, aplacar ese fuego que la consume en presencia de la criatura. José ha retrocedido un paso, ha mirado en el interior del portal. Han buscado refugio allí como podían haberlo hecho en cualquier otra parte. Madrid es una ciudad devastada, una caldera consumida por el fuego evangélico. Aunque los edificios se mantienen en pie, su interior ha sido devorado por el dolor ardiente de los pecadores. Y de los justos. Nadie se ha salvado en el día del Juicio Final. José está aterrado, es una sensación que no le ha abandonado desde que los cielos se abrieron. María es su sostén, su fuerza. Por nada del mundo permitiría que un ángel se la llevara.

Es entonces cuando aparece el primero de ellos, el primer resucitado. Los hay a cientos, a miles. Todos ellos convocados en este día, acudiendo a la llamada que hordas de criaturas celestiales han propagado por toda la ciudad. Por todo el mundo, quizá. José no lo sabe, atrapado como los demás en las ruinas de la ciudad que fue su hogar. Madrid. Podría haber estado en cualquier otra parte cuando se desató el horror. En cualquier otro lugar del mundo, con su familia, lejos de allí. Pero no estaba con ellos. Esta vez no.

El resucitado se arrastra por el suelo. Repta con esfuerzo sobre la ceniza, sus ojos negros como la pez, sus manos sin uñas aferrándose a cada centímetro del arcén para impulsar su cuerpo fragmentado. Le falta una pierna, amputada a la altura de la rodilla. La otra es un amasijo de huesos y carne indefinible. ¿Cómo murió? María no lo sabe, no quiere saberlo. José tampoco. Demasiada gente muerta camina por las calles en el día del Juicio Final. Aunque no deberían sorprenderse, ya lo dijeron una y

otra vez los hombres y mujeres que servían a este dios lunático. Los muertos se levantarán de sus tumbas, todos seremos juzgados. Ninguna mentira en esas palabras. El muerto que ha vuelto a la vida se arrastra hacia el ángel, que no ha advertido su presencia. De hecho pocas veces la advierten. Es como si los seres humanos no fueran para ellos más que hormigas. Quizá, al fin y al cabo, es lo que realmente son. José está sudando. María se vuelve, quiere decirle algo. No lo hace. Ambos se limitan a observar la escena.

Quieren que suceda.

Quieren ver su sangre.

Los ángeles son criaturas distantes. Amargadas. Los vivos les temen, los encuentros con ellos son siempre temibles. Los vivos se encuentran perdidos en una guerra estéril entre las fuerzas divinas y los resucitados. Ambas facciones les ignoran, pero no dudan en acabar con sus vidas si muestran alguna oposición. Pero para José y María los resucitados son, o han sido, seres humanos. Entre ellos, lo saben, están sus abuelos, sus padres. Amigos fallecidos en accidentes estúpidos, famosos consumidos por adicciones incontrolables. Gente que conocen, cercana o no. Los ángeles son monstruosidades sin nombre. No harían nada por ellos, nada que les permitiera sobrevivir un instante más sobre la faz de la tierra.

Nada.

Por ese motivo ambos callan y observan, desde su posición privilegiada, cómo el resucitado llega hasta el ángel y hunde sus garras putrefactas en su pantorrilla. El ángel reacciona volviendo la cabeza, mirándole, y no es consciente del peligro, de que su existencia celestial está en riesgo, hasta que el no muerto hunde sus dientes en su carne inmaculada. Es entonces cuando grita, cuando despliega sus alas en un vano intento por alejarse de allí. Intento vano porque el resucitado no está solo. Muchos otros como él, desechos humanos que abandonaron sus húmedas tumbas cuando la Gloria les reclamó, surgen de la tierra consumida y se abalanzan sobre él. El ángel abre la boca y emite un aullido agónico, insoportable. El llanto de un niño abandonado sobre un fogón. José y María se cubren las orejas con sus manos, gritan. María todavía desea que la criatura la posea. El ángel cae al suelo cuando media docena de mandíbulas se hunden como cepos en su carne. Sus alas se agitan, tratan de elevar su cuerpo, de alejarle de allí. De alejarle de un concepto que desconoce: la muerte. Porque los resucitados no cejarán en su empeño hasta que descubran el brillo del hueso. Los resucitados devorarán su alma. Y ni siquiera así saciarán su hambre.

José y María observan en silencio la barbarie. Saben que bien podrían ser ellos los que estuvieran allí, devorando la carne inmaculada del ángel. Basta una herida abierta, saliva. El contagio es tan fácil. Tan evidente, tan absurdo.

Los vivos. Ellos pertenecen a los vivos. Deben evitar a los resucitados, deben evitar a los enviados de Dios. Este es el día del Juicio Final que los católicos

predijeron. Nadie creía en ello, ni siquiera los creyentes. Ahora todos se preguntan qué han hecho para merecer esto.

La muerte.

La resurrección.

¿Quién no ha soñado alguna vez con un ángel?

2
María 1:1

María fue una niña deseada. Al menos ella siempre lo creyó.

Sus padres fueron su apoyo durante los primeros años. Los primeros veinte años. Era una niña introvertida, incapaz de relacionarse con los demás. Incapaz hasta el punto de reaccionar con agresividad ante cualquier acercamiento. De pequeña, antes de cumplir los cinco años, no era raro verla llorar y gritar y arrastrase por el suelo como si estuviera endemoniada. Las anécdotas se convirtieron con el paso de los días, de los meses, en historias que sus padres preferían olvidar. Hiperactividad. El primer diagnóstico que recibieron de boca de una pediatra con poco tiempo para atenderles. Pero María no era hiperactiva. Ni autista. Era simplemente una niña inadaptada, con problemas evidentes para relacionarse con los demás.

No pudieron dejarla en la guardería. Estuvo allí cuando a su madre se le acabó la baja por maternidad, encerrada, apenas un mes. Cada día era una agonía para sus cuidadoras. Y para sus padres. Todo el camino desde casa hasta la escuela infantil llorando. Luchando contra las correas que la mantenían atada al cochecito. En el colegio todo empeoró. Pero de allí no podían sacarla. Tendría que acostumbrarse, aunque les costara la vida. A todos. Aunque las noches fueran interminables, aunque el matrimonio se quebrara y los fragmentos gritaran y maldijeran y levantaran la mano.

María, a su pesar, los mantuvo unidos.

María, y la fe.

Su madre, Magdalena, se refugió en muchas ocasiones en su parroquia en busca de una tranquilidad que no hallaba en casa. Cuando su marido volvía del trabajo ella argüía mil excusas para salir, para huir. Salía de casa, bajaba por la calle Clara del Rey con paso rápido, las manos entrelazadas, la mirada en el suelo. Acudía a la iglesia porque no podía soportar a su propia hija. ¿En qué la convertía aquello? ¿En una mala madre? ¿Era María una mala hija? No, no lo era, de eso estaba segura. Cualquier problema que la niña tuviera no podía ser achacable a ella. Era tan pequeña. Tan frágil. Si alguien tenía la culpa de lo que le ocurría a María era su madre, solo su madre. Nadie más. Nadie.

Magdalena lo creyó hasta que el cáncer le devoró la vida.

María tenía entonces quince años. Era joven, agradable. Intratable. No se sentía cómoda en compañía de nadie. Ni de sus amigos, presuntos amigos, conocidos del instituto con los que apenas se relacionaba. Ni con su familia: su padre, consumido por el dolor, por su trabajo y por la enfermedad de su mujer; su madre, decayendo día tras día, solícita como nunca lo había sido, pedigüeña cuando el dolor la combaba. María no estuvo a su lado cuando el cáncer la castigaba. No podía. María carecía de

esa empatía de la que el resto de la humanidad hacía gala.

Por eso no entendió que su madre superara la enfermedad. No estaba preparada. No estaba preparada para la compasión, para la redención. Para Dios.

Tenía veinte años cuando se marchó de casa. Preparó una maleta negra, pequeña, con apenas ropa y media docena de libros. Había alquilado una habitación en un edificio viejo de Carabanchel, alejado del barrio de sus padres, Prosperidad. Prosperidad era lo que menos necesitaba en ese momento. Necesitaba soledad, una intimidad que la familia le negaba. Para lograrla se escondía en una casa compartida con media docena de personas. Su madre no podía comprenderlo. El día que ella se marchó su madre estaba en la iglesia. Sola. Acompañada por sus creencias. Sola. Ese día ni siquiera se confesó. María se despidió de su padre estrechándole la mano. No quería tocarle, pero temía no hacerlo en esta última ocasión. Él le dijo que su madre la quería. Que no estaba sola. Que, como ella siempre decía, cuatro angelitos guardaban su cama. Y esos angelitos la acompañarían siempre, fuera donde fuera.

Tenía razón.

María lo supo años después, el día que se abrieron los cielos y miríadas de criaturas aladas se abalanzaron sobre el mundo. Aquel día estaba en su habitación, escuchando música. Sus compañeros de piso apenas le hablaban, pero la respetaban. Pagaba puntualmente, era limpia. No pedían más. El día que se abrieron los cielos estaba sola en la casa. Todavía era pronto, el sol se desperezaba, pero ella estaba despierta y sus compañeros se habían marchado. La música se deslizaba por las paredes, acariciaba sus oídos. De pronto el silencio lo devoró todo. Se apagaron las luces. María, tumbada en la cama, se incorporó.

Fue entonces cuando vio a los cuatro ángeles. Pequeños, abotargados, con una sonrisa amarga en un rostro cuarteado, horrible.

Entonces supo que estaba equivocada.

3
Quiero volver a casa

María quería volver a casa. Suponía que cada ser humano que quedara con vida en el mundo tendría su propio deseo. Para ella lo más importante era volver a casa. Y su casa estaba en el barrio de Prosperidad, donde había vivido y crecido y odiado a sus padres. Ahora sabía que la fe de su madre era más que un simple engañabobos. Ella era la boba. La ilusa. La que carecía de fe. Tantos años haciendo gala de su escepticismo, gritando a todos aquellos que exhibían su fe en público lo estúpidos que eran. Tantos años de ateísmo borrados de un plumazo por la imprevisible indecisión de un dios borracho.

María caminaba al lado de José. Apoyaba su mano en el hombro de él, sobre la correa de la bolsa que portaba. En la bolsa José llevaba varias latas de comida, algunas botellas de agua. Un cuchillo. Varias cosas más que no le había enseñado. José la ayudaba a mantenerse con vida. Ella sola no sería capaz de recorrer el Paseo de la Castellana, subir después por María de Molina y llegar hasta la calle Mataelpino, donde vivían sus padres. Repetía en voz baja la ruta como si se tratara de un mantra. José le dedicaba miradas desesperadas. Quizá deseaba decirle que se callara, que bastante tenía ya con bregar con ángeles y redivivos como para encima soportar la cháchara interminable de una lunática. Pero no lo hacía. Le cogía la mano, le retiraba el pelo del rostro.

María creía que José la quería.

Eso era bueno.

Lo que ella sintiera carecía de importancia.

¿Cuánto tiempo había pasado? Ninguno podía recordarlo. El día del Juicio Final era un día interminable, y ellos estaban atrapados en él. Como en aquella película absurda de Bill Murray. Atrapados en el tiempo para siempre. Con los ángeles. Con Dios. Aunque José sospechaba que Dios había muerto, así se lo había dicho.

—Me pregunto qué pensarán de esto los judíos —dijo María, relegando al olvido durante un instante su letanía.

José le tendió la mano para caminar sobre los adoquines levantados entre dos vehículos abandonados. Los que habían sido sorprendidos en las calles por la presencia divina habían dejado atrás sus coches. Como el resto de objetos mecánicos y eléctricos ya no funcionaban. Se amontonaban en las calles como los restos de una especie extinguida hace siglos. José tiró del brazo de María, que se quejó con un gemido. Cuando se vio izada sobre el capó de un Audi negro trató de desasirse, pero José la retuvo y le hizo un gesto para que se callara.

Los resucitados caminaron a su lado, en silencio. Ni siquiera les miraron. Eran tres, cuatro, media docena. Todos corrompidos, recién salidos de sus tumbas. María

se preguntó cuántos de ellos conservarían todavía restos de volición. A todos les movía el hambre, un deseo enfermizo por devorar cuerpos angélicos. Muertos huidos del cementerio de La Almudena, de los tanatorios, recorriendo las calles en busca de los preferidos de Dios. No, espera, los preferidos de Dios eran los hombres, ¿verdad? Aunque viendo el resultado de su amor, lo más probable es que fueran los perros, esos perros que vagaban por las calles en manadas y atacaban a los ancianos y a los niños, movidos por el hambre que les acompañaba en su soledad.

José esperó hasta que la compaña los dejó atrás antes de hablar.

—Los judíos también hablaban del Juicio Final. Y los árabes. Todos. Esto no es exclusivo de los católicos, de los cristianos. Esto es para todos.

—¿Y los ángeles? —preguntó María.

—En lo estético los cristianos lo clavaron, sí —dijo José.

María no dijo más. No le gustaba hablar demasiado. Con pocas palabras podía expresar lo que sentía. No tenía la obligación de sumirse en absurdas charlas solo para agradar a los demás. Ni aunque su vida dependiera de ellos.

Reanudaron el camino. De vez en cuando se cruzaban con resucitados, pero no parecían interesados en su presencia. Todos presentaban desagradables signos de descomposición. Eran los que el día del Juicio Final había traído de vuelta. Había otros, por supuesto. Y esos otros, los que no procedían de tanatorios, de nichos y tumbas recién excavadas, eran los que más preocupaban a José.

Había un incendio unos metros más adelante, un vehículo en llamas. Un esqueleto negro, informe, consumido. Sin vida. José miró su reloj de pulsera. Digital. La pantalla gris, muerta. No podía evitar mirarlo de vez en cuando, convencido de que antes o después volvería a funcionar. Era lo que contaban los chalados que tenían encuentros en la tercera fase. O en la segunda. Esos... chalados. Aunque en un mundo plagado de seres celestiales, de muertos que caminaban por las calles, de Dios sabía qué más maravillas malditas, ¿quién era el chalado ahora? ¿Quién estaba equivocado? Seguro que en aquel escenario los remedios homeopáticos funcionaban. Seguro que podían curar el cáncer que había devorado a su abuela.

Junto al coche en llamas había dos hombres. Uno alto, algo obeso, de pelo cano, les hizo señas con una mano. En la otra portaba un rifle. O quizá una escopeta de caza, era difícil confirmarlo desde la distancia. Tampoco importaba. Lo que estaba claro era que quería que se acercaran. María le cogió la mano, le clavó las uñas en la palma. José vio el miedo de ella en el dolor que le provocaba. Continuaron andando, pues en aquel día no había nada que temer, ni siquiera un arma de fuego. Todos lo sabían.

—Es agradable ver a otras personas vivas —dijo el hombre del rifle—. Me llamo Antonio.

Les tendió la mano y José la estrechó. Estaba recién afeitado, olía a colonia

barata. José vio a sus pies una maleta con ruedas, una Samsonite. El otro hombre permanecía un par de metros atrás, alejado. Les sonrió cuando se acercaron. María ahogó un grito y retrocedió cuando vio que sostenía entre sus manos un brazo regordete, pequeño. Un brazo con señales de mordiscos, amputado de un cuerpo que yacía a sus pies. De un querubín.

José dejó caer la bolsa y enarboló su cuchillo.

—Es un resucitado —dijo.

Antonio sonrió, hizo un gesto con la mano.

—No, no, no se lo tengan en cuenta, hombre; sí, es un resucitado, pero no como los otros.

—Ha muerto hoy entonces —dijo José.

María se había sentado en la acera. Sostenía entre las manos la cabeza. Trataba de controlar las arcadas mientras el otro hombre se llevaba el brazo amputado a la boca y arrancaba tiras de carne con los dientes. La carne de los querubines se desprendía con facilidad de sus huesos, frágiles como el cristal. A María le recordaban a niños pequeños. Niños muy pequeños. Ella no quería pensar ahora en niños. No hasta que viera a sus padres.

—No, no ha muerto hoy. Murió hace mucho tiempo, si lo que dice es cierto, claro. Aunque la verdad, yo ya me creo cualquier cosa, ¿no cree? Estamos rodeados de putos ángeles.

—¿Cómo se llama? —dijo José mirando al hombre—. Dígame su nombre.

El hombre dejó el brazo sobre la puerta calcinada del vehículo. José descubrió entonces que aquello había sido una barbacoa improvisada. Señor, ¿qué tipo de demente era aquel hombre? ¿Y el que lo acompañaba? Aunque las circunstancias no permitían juzgar a los demás con severidad. Para eso ya estaban los malditos alados. Los esclavos ciegos del Señor.

El hombre sonrió, extendió su mano. José dudó. María miraba al suelo, al cielo. El hombre se limpió la palma de la mano, ensangrentada, húmeda, en el pantalón de su ropa. La piel de su rostro estaba tensa, como si hubiera tallado sus facciones en una máscara de cuero. Sus ojos, pequeños, entrecerrados, negaban la sonrisa que les brindaba.

—Tendríamos que movernos, esas cosas volverán —dijo Antonio—. ¿Dónde van ustedes?

María se incorporó. José acudió presto a ayudarla, a proporcionarle esa protección que ansiaba y solicitaba con cada pequeño gesto. José no podía permitir que a ella le ocurriera nada. Nada. En el cielo gris una nube de humo negro perezosa, desgajada de uno de los edificios de la Castellana en llamas, resbaló sobre un cardumen de ángeles. Aleteaban y avanzaban sin dirección, contemplando desde la altura el fin del mundo que habían creado. El aleteo de los ángeles reverberaba en sus oídos, un sonido

desagradable, inquietante. La brisa caliente –María pensó que la provocaban sus alas, un viento sagrado procedente de las entrañas ardientes del infierno– les trajo olores extraños, a rosas podridas, a la luz mortecina de las farolas, a odio y a miedo.

—¿Nos vamos? —dijo Antonio—. Ya están por aquí, y aunque no se han acercado todavía, yo no me fío.

Los resucitados brotaban del interior de los edificios como vómito, una plaga de ratas hambrientas en busca de carne angélica. Pero si no la hallaban, José había sido testigo de cómo podían devorar a otros resucitados. Incluso a seres vivos si se interponían en su camino.

—Dígame su nombre —dijo José al hombre.

El hombre buscó en un bolsillo de su camisa (manchada de sangre seca, de muerte, de ansia) un paquete de cigarrillos. Una pausa, un teatro. José quiso, de pronto, golpearle en el rostro con la mano abierta, como si estuviera castigando a un niño maleducado, a un adolescente rebelde. No lo hizo. Había algo en aquel hombre que le incomodaba. No, sin eufemismos absurdos. Había algo en aquel hombre que le aterraba.

Aquello no podía ser un hombre.

—Volvemos a casa —dijo María—. A mi casa.

—¿A su casa? —preguntó Antonio.

Sostenía el arma con ambas manos, moviéndolo en círculos. Los resucitados avanzaban por la calle, ajenos a su presencia. Uno de ellos, sin piernas, se arrastraba por el suelo dejando tras de sí un rastro de sangre fresca. Otro, sentado en la acera, observaba con deleite la herida que cruzaba su muslo: ropa desgarrada, carne medio devorada, sangre, piel y hueso.

—A casa de mis padres. Vengan con nosotros.

Antonio carraspeó, tosió. Bajó la escopeta, dejó que la culata se apoyara contra el suelo.

—¿Por qué no? No se me ocurre nada mejor que hacer. ¿Qué opinas tú?

—Me parece bien —respondió el hombre.

Su voz era las voces de las ratas en las alcantarillas, el susurro de la inmundicia enfangada. María sintió de nuevo náuseas. José la sostuvo, pasó su brazo por su cintura. Ya no había marcha atrás. Aquel hombre, fuera lo que fuese, les acompañaría. Un resucitado, quizá. Eso había dicho. Pero José supo cuando habló de nuevo que sí, que estaba en lo cierto, que era un resucitado. También supo que era un anacronismo, que no debía estar allí. De todos los lugares del mundo donde podía haber aparecido, Madrid no era el adecuado. El Paseo de la Castellana no era el sitio adecuado.

—Y mi nombre, si queréis saberlo, es Lázaro —había dicho.

Y José y María y Antonio sabían que aquel era su verdadero nombre, y lo había

sido durante más de dos mil años.

4
María 1:2

Los cuatro ángeles de la guarda revoloteaban alrededor de su cama. Cuerpos gruesos, fofos, de piel brillante cubierta de sudor. Rostros ancianos, de vida carcomida, inundados de un aura de dolor y miedo. Revoloteaban alrededor de la cama, agitaban sus cortas alas para elevarse y las extendían para dejarse caer sobre el colchón. María los miraba con la boca abierta, la mandíbula desencajada, un dibujo animado de Tex Avery que no tuvo suerte en los castings. Se quedó allí, la espalda contra la pared, junto al póster de Memorias de África, mirándolos, durante más de dos horas. Hasta que se detuvieron y se posaron, con una reverencia improvisada, en las esquinas de su cama.

Siempre habían estado allí, María lo sabía de la misma forma que sabía que debía salir de allí, volver con sus padres. En un momento de locura como aquel le envolvía una falsa sensación de cordura. De pronto todo estaba claro. Aquellas criaturas estaban allí para presenciar el Juicio. Como todos los demás que vendrían. Algo en su mente, en su alma, le gritaba que había llegado la hora del Juicio Final. No necesitó pensar en ello, no necesitó racionalizarlo, para comprender que ese conocimiento había estado grabado en su cuerpo desde el momento en el que fue concebida en el vientre de su madre. Con esa sabiduría, con ese recuerdo, vinieron otros. Y María supo que no se trataba de un regalo, ni de un don. Supo que todos los hombres y mujeres y niños del mundo, en aquel instante en el que los cielos se habían abierto, habían recordado fragmentos de su vida que no querían recordar. Que habían olvidado. Que desconocían, incluso.

Gritó y lloró.

Otros, en aquel terrible instante, prefirieron quitarse la vida a enfrentarse a sí mismos.

Muchos.

María no. María decidió enfrentarse a aquello, de la misma forma que se había enfrentado a todos los problemas de su vida.

Huyó.

Dejó sobre la cama, revolcándose entre las sábanas, empapando la tela con su sudor aceitoso, los cuerpos indecentes de sus ángeles de la guarda y salió de la casa. Encontró una multitud de desconocidos, personas anónimas que reservaban un hola y un adiós para sus vecinos, amontonados en las escaleras que conducían al portal. Hablaban entre ellos. Lloraban. María ya no tenía tiempo para ninguna de las dos cosas. Se abrió paso a empellones, a disculpas a media voz, a súplicas. Bajó los escalones tambaleándose, mirando atrás con la esperanza de ser seguida. Nadie lo hizo.

En el portal una madre arrodillada junto al espejo que lo recorría de lado a lado abrazaba a sus dos hijos. Se convulsionaban entre hipidos y lloros. María quiso unirse a aquel abrazo espontáneo, sentir la seguridad que aquella madre transmitía a su familia. Refugiarse bajo el ala con los polluelos. Pero María estaba sola. Abrió la puerta acristalada que conducía a la soledad de las calles. Allí, en el exterior, cientos, miles de personas caminaba con la mirada perdida en un cielo gris, de un gris rocoso y mortecino, rasgado en un punto como si dos albañiles hubieran cubierto parcialmente una bombilla con cemento y hubiera fraguado. María buscó en la luz la esperanza. Su fe. Esa fe de la que sus padres hacían gala, esa fe de la que carecía.

Había estado equivocada toda su vida, Dios existía.

Y de la luz brotaron los ángeles, y descendieron a la tierra entre gritos, jadeos, desmayos y disparos. Ángeles de Dios en busca de los hombres para llevarlos a los Cielos.

5
José 1:1

José estaba en el trabajo. Sentado frente a su mesa, las manos sobre el teclado, la mirada clavada en el monitor. Modificaba un informe Excel, un encargo de última hora directo desde la Dirección. Hacía tiempo que la oficina se había convertido en un lugar vacío, inhóspito. En su planta ya no quedaba nadie. Diez minutos antes el guardia de seguridad, en su ronda habitual, se había sentado a su lado y habían bromeado durante unos minutos acerca de la vida. De la muerte. De la falta de esperanza. La señora de la limpieza llegaría en breve. Siempre abría la puerta tarareando la misma cancioncilla, la misma que José luchaba por recordar y no lo lograba. José estaba en el trabajo, solo. Como siempre.

Sonó el teléfono. En el silencio que le rodeaba, una burbuja protectora que se resistía a quebrar, el aullido del teléfono le trajo a la mente imágenes perturbadoras de lobos hambrientos. Descolgó casi sin pensarlo. Oyó una voz lejana, envuelta en velos de lágrimas.

—¿Diga? ¿Quién es? —preguntó.

Al otro lado la voz se rompió. José consultó la pantalla gris del teléfono. Un número demasiado largo, una centralita. No le resultaba familiar. Otra voz, masculina, quiso decir algo, pero se interrumpió.

—¿Diga? Oiga, ¿es una broma? Tengo trabajo, no tengo tiempo para estas tonterías —dijo José, colgó.

Volvió su atención a las filas, las columnas, las cifras. Tenía que acabar cuanto antes, quería marcharse a casa. O quizá no. Quizá prefería estar allí, solo, lejos de las discusiones, de los gritos, de los llantos. No, no quería pensar en ello. Si estaba allí era porque tenía trabajo. Nada más.

Movió el ratón, pulsó el botón sobre una casilla. Modificó un valor, lo que provocó que otro medio centenar se modificara en cascada. Sí, ahora el presupuesto tenía más sentido. Todavía quedaba embellecerlo, claro. Un recorte aquí, un porcentaje reducido allá. Y la parte estética, la más insignificante y a la vez la más importante. Tendría que preparar también una presentación para el Director. Una hoja Excel no era suficiente.

Sonó el teléfono. Sobresaltado, José descolgó al instante. Sintió en sus dedos el frío del plástico, y fue consciente de que hacía ya un buen rato que habían apagado la calefacción. ¿Quedaría alguien más en el edificio? ¿Algún responsable? ¿Solo empleados, solo él mismo, huyendo de su propia familia?

—¿Quién es? —gritó.

El número en la pantalla era el mismo. La voz, otra.

—¿Señor Álvarez? —preguntó la voz.

Al fondo, risas. ¿Llantos? El rumor de cientos de hormigas mordisqueando el cable. José sintió frío. Miró a su alrededor. Su abrigo, colgado en el perchero, se mecía a un lado y a otro como si estuviera vivo.

—Soy yo —dijo José—. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Es por su mujer —dijo la voz—. En el hospital. Soy su médico.

José no quería oír más. Su mujer. Llevaba seis meses reprochándole todo. Estaba embarazada de siete meses. Y su hija pequeña no ayudaba. No, no ayudaba. Con sus rabietas continuas, con sus gritos, con sus llantos. Le había pegado, el otro día. Una torta en la cara. Más llantos. Más reproches. Y ahora, el hospital.

José no quería oír más, pero escuchó. Escuchó en silencio todo lo que le dijo el médico. Cuando terminó de hablar, colgó.

Antes de marcharse, de salir de allí en dirección al hospital, trabajó varios minutos más en los presupuestos.

6
Retorno al hogar

Avanzaban en silencio, sin cruzar palabra.

José y María más rezagados, las manos entrelazadas en muchas ocasiones. A María le incomodaba sentir los dedos delgados de José entre los suyos. Demasiado contacto, demasiado rápido. Sin embargo no decía nada. La necesidad sellaba sus labios. Caminaban mirando a todos lados para evitar mirar sus propios rostros. Alzaban la vista al cielo gris, quebrado, cuando creían oír un aleteo. Temían descubrir ángeles, pero la mayor parte de las veces sorprendían a un puñado de palomas que remontaba el vuelo desde el alféizar de una ventana. José y María querían ser uno y querían no ser. María callaba, José esperaba.

Más adelante, apenas unos pasos, caminaba Antonio. Miraba al suelo, midiendo cada paso, atento a la presencia de cualquier resucitado. Llevaba la escopeta de caza en una mano, indolente. De vez en cuando volvía la mirada atrás. Le preocupaba que la pareja se separara demasiado, que no le siguieran. Se sentía preocupado por ellos. No tenía lógica, claro. Apenas les conocía. Pero había algo en el rostro de la chica, algo que le recordaba a otra mujer. A otro momento. Antonio sudaba. Llevaba una chaqueta de pana, los bolsillos repletos de cartuchos. Arrastraba la maleta a tirones. Las ruedas se enganchaban, la maleta se doblaba. A veces tenía que llevarla a pulso. Nadie iba a ayudarle, claro. Él tampoco lo haría con los demás. Ese chico llevaba una mochila, poco previsor. ¿Qué pensaba cenar esta noche?

Lázaro encabezaba el grupo. María le había indicado el camino y había preferido anticiparse, liderar la marcha. No quería dejar cabos sueltos. Ella le había hablado de sus padres, a él no le importaba un carajo. Lo único que sabía es que viajaría más seguro con ellos. Si los ángeles venían a buscarle, le servirían como distracción. Antonio también, aunque aquel hombre parecía peligroso. Nada de qué preocuparse, claro. Todos eran unos miserables mortales. Él había sido tocado por Dios, había sido bendecido con la vida eterna, con la inmortalidad. Con el olvido. ¿Por qué había despertado ahora? ¿Por qué en el día del Juicio Final? Solo un perturbado le devolvería su esencia a un inmortal en un día como aquel. Solo Dios lo haría.

—Mira, el cartel de Iberia —dijo María.

José asintió sin mirar. Lázaro, algunos metros más adelante, se detuvo. Antonio se colocó a su lado. El cartel brillaba como el fuego del infierno. A su alrededor revoloteaban miríadas de ángeles de todas las formas y tamaños imaginables. Desde la distancia apenas podían percibirlos, pero sus siluetas desproporcionadas eran tan variadas, tan diferentes, que no les cabía duda alguna de la multitud heterogénea que se congregaba en aquel fragmento de cielo.

—¿Por qué están allí? —preguntó José.

Al fin había alzado la vista y sus ojos se habían topado con aquella maravilla, con aquella aberración. Las letras del cartel refulgían, chisporroteaban como carbones encendidos. Los ángeles eran polillas, ansiando ser devorados por ese fuego inaudito.

—No os lo vais a creer —dijo Lázaro.

Después se echó a reír. No era una risa agradable. Mientras Lázaro reía Antonio tuvo una fugaz imagen de su hija desnuda en el cuarto de baño, reflejada en el espejo, estudiándose como lo haría un médico. O un carnicero. Mientras Lázaro reía José se vio a sí mismo en la cuneta de la carretera, en su coche, sosteniendo el teléfono móvil, llorando. Mientras Lázaro reía María recordó los dolores, los llantos, la sangre que siempre se perdía a destiempo.

—No os lo vais a creer —repitió Lázaro.

—Prueba —dijo Antonio.

Cada vez veían más figuras alrededor del edificio, en el cielo. Aquel lugar parecía servir como reclamo para aquellas criaturas malditas, atrapadas en este mundo condenado, incapaces de volver a lo que nunca había sido su hogar. Criaturas abandonadas por Dios, igual que los hombres. ¿Por qué se congregaban allí?

—¿Qué están buscando? —preguntó José.

—La puerta —dijo Lázaro—. Están buscando la puerta.

María no podía apartar la vista de aquellas aberraciones aladas. José quiso abrazarla, pero ella se apartó. Lázaro dio unos pasos hasta llegar a la altura de un coche volcado en mitad de la calzada. Se subió con torpeza, empapando sus manos del negro moribundo que se desprendía del vehículo. Después señaló hacia el edificio y se volvió para hablar con ellos.

—¿Veis? Allí estuvo y ellos la están buscando. Quizá están esperando porque saben que volverá a abrirse en breve.

—¿Qué quieres decir? —preguntó José.

—La puerta. La escalera a los Cielos. Una de ellas se levantaba allí, y ellos lo saben.

—Las escaleras —susurró María.

Temblaba. La idea de encontrar una entrada a los Cielos allí, junto a la casa de sus padres, era perturbadora. De pronto todos los viajes confluían en su hogar, una coincidencia blasfema que le provocaba escalofríos.

—Bueno, pues no se hable más, ¿no? Tendremos que ir para allá. De cualquier forma, nos pilla de camino —dijo Antonio.

Después alzó su escopeta y apuntó con ella a la marabunta de seres voladores, como si desde aquella distancia pudiera abatirlos. Durante unos instantes José tuvo la visión de Antonio internándose en la espesura del bosque, con un manojo de querubines derribados con su arma colgando de su cinturón.

—¿En marcha? —dijo Antonio, sonriente.

Todos le miraron y después volvieron su atención a la calle María de Molina, al caos. Estaban demasiado cerca para dudar.

7
Antonio 1:1

Todas las mañanas Antonio se levanta a la misma hora. No es la que le exige el despertador, pero no le preocupa. Es un despertador digital, de esos que cuando quieres ver la hora por la noche basta con pulsar un botón enorme en su parte superior. Antonio lo aprieta varias veces durante la noche, todas las noches. Lo hace, la mayoría de las veces, en silencio, con cuidado, para no despertar a su mujer, que duerme a su lado, arrebujada bajo las mantas, como un gato. Antonio cree que su mujer es un gato. Cariñosa solo cuando la alimenta. Cuando trae dinero a casa. Hace tiempo que Antonio siente el mismo interés por su mujer que por un gato.

Todas las mañanas Antonio se levanta a la misma hora. El despertador está programado para emitir su chillido impertinente apenas tres minutos después, a las ocho y treinta y cinco. A veces lo apaga, a veces no. Depende de si discutió la noche anterior con su mujer. Es un hombre de costumbres, rutinario, de los que no resultan atractivos. A veces se pregunta qué vio su mujer en él.

Recorre el estrecho pasillo que conduce hasta el cuarto de baño sin encender la luz. Estrecho por culpa de las estanterías que han instalado recientemente. Su mujer acumula tantos y tantos libros que se han visto obligados a montar más estanterías para poder acumularlos. Amontonarlos. Antonio está convencido de que su mujer tiene el síndrome ese que sufren los ancianos que almacenan basura en casa. No recuerda el nombre. Lo tiene en la punta de la lengua. A Antonio le asusta no recordar las cosas. Le hace sentirse débil, frágil. Viejo. Y tiene miedo de que le ocurra lo mismo que a su padre y a su abuelo.

Enciende la luz del cuarto de baño, entra. Hace frío. ¿Cuándo pondrán en marcha la calefacción central? Tendría que bajar y quejarse al presidente de la comunidad, ese joven engreído al que le ha visto acompañado de al menos tres chicas distintas. Todas demasiado esbeltas, demasiado orgullosas. Él podría explicarles algunas cosas sobre el orgullo. En su trabajo tiene que bregar con ese tipo de chicas. Podrían haber sido cajeras en el Carrefour, pero han terminado de comerciales en la inmobiliaria. Creen que eso es un triunfo. Le miran por encima del hombro, se contonean delante de él. Ya sabe de qué va todo ese rollo.

Antonio orina en la taza procurando que el chorro caiga en la loza, no en el agua. Costumbres. Le molesta ese sonido grotesco que surge del interior del váter cuando la orina cae directamente sobre el agua. En el trabajo a veces se acerca hasta los baños de las mujeres y escucha. Así puede valorarlas, así puede saber cuál se merece sus atenciones. Un posible reconocimiento. Un ascenso incluso. Antonio se desviste y deja el pijama y los calzoncillos sobre la tapa del váter. Después entra en la ducha. Cierra la mampara de plástico transparente y se siente durante unos segundos

sofocado, encerrado en un cilindro que bien podría ser su ataúd. Si sufriera un infarto ahora mismo, ¿qué ocurriría? No puede evitar tener estos pensamientos morbosos todas las mañanas. Antonio cree que se hace viejo, que por eso le vienen a la mente esas imágenes perversas. Su mujer también se hace vieja, claro. Y esas chicas con ansias de escalar puestos en la inmobiliaria siempre están ahí, dispuestas. Pobres. Algún día le explicará al jefe de personal los motivos de tantas rotaciones, de tantas chicas que se van a los seis meses.

Que le denuncien si se atreven.

Antonio cierra los ojos, deja que el agua caliente empape su pelo, se deslice por su cuerpo obeso, desmejorado. Antes era otra cosa, claro. Antes era joven. Sigue manteniendo cierto atractivo, o eso quiere creer. Quizá se está mintiendo a sí mismo, tampoco le preocupa. Haga lo que haga, no se va a acabar el mundo. Piensa en su hijo. Cuando pasas de los cincuenta, cuando tu hijo ha cumplido hace demasiado tiempo los veinte, no piensas demasiado en él. Menos aún si se ha marchado de casa. Menos aún si es un delincuente juvenil.

Antonio, los ojos cerrados, oye una voz, un griterío. Cree que los vecinos han vuelto a discutir. A tientas recorre las paredes de la ducha, buscando la esponja, el jabón. Los gritos aumentan. De pronto, a través de sus párpados, siente la luz. Una luz brillante, cegadora, que se cuela por el ventanuco del cuarto de baño, el ventanuco que da al patio, que apenas les proporciona un hilo de sol y les obliga a depender del turbio amarillento de la bombilla del techo. Sobresaltado hunde su rostro bajo el chorro de agua para retirar los restos de champú. ¿No es esa la voz de su mujer? ¿Está gritando?

Antonio abre los ojos.

Sus retinas tardan unos segundos en adaptarse a la luz, su cerebro no logra procesar las imágenes que recibe. Hay algo inadecuado, profundamente inadecuado, algo que su mente racional se niega a aceptar. Su cerebro no está dispuesto a modificar una rutina establecida durante tantos años. Sin embargo se rinde. Lo absurdo es tan obvio que se ve obligado a aceptarlo.

En la ducha, junto a él, arrodillada en el suelo, ve a una mujer envuelta en una luz blanca. Desnuda. ¿Son dos alas eso que tiene a la espalda? Ya está aquí el infarto, piensa Antonio cuando la mujer le mira e, involuntariamente, le provoca una erección. El espacio angosto en el que los dos se mueven provoca el roce. Antonio fabula, imagina, desea, todo ello en un cuarto de segundo. Después abre la puerta de la ducha y huye, huye hacia su dormitorio, donde su mujer no cesa de chillar.

8
José 1:2

Sillas de plástico naranja, unidas entre ellas con una barra de metal gris, sucio, oxidado. Un hombre se acurruca sobre dos de ellas, trata de dormir. Debe de llevar mucho tiempo en la sala de espera, piensa José. A su lado una mujer obesa embutida en un abrigo de flores echa monedas en una de las máquinas de bebidas. El traqueteo de la lata al recorrer las entrañas de la máquina sobresalta al hombre acurrucado, que murmura entre dientes y se vuelve, pegando el rostro al asiento anaranjado. José se pregunta qué le habrá ocurrido. La mujer abre la lata de Coca-Cola, bebe un trago, abandona la sala de espera. Allí reina el silencio, un silencio opresivo, de hospital. Casi se desea que alguien encienda el hilo musical, que la música clásica se deslice por las paredes grises y trate de disimular en parte la tristeza que empapa todo el lugar. A José le aterran las salas de espera vacías, una antesala al dolor que a antes o después le llega a todos.

Cuando la mujer sale José se levanta. Busca en sus bolsillos monedas, las echa en la máquina. Otra lata recorre el laberinto de metal y llega a sus manos. Otra Coca-Cola. La abre, vuelve a su silla, se sienta. En la sala solo quedan el hombre con sueño y él. Antes se amontonaban en una esquina varios miembros de una familia. La madre, dos hijas adolescentes. Una mujer mayor que podría ser la abuela o la yaya, vete tú a saber cómo la llamarán sus nietas. Lloraban y murmuraban y lloraban. José había estado a punto de pedirles que se callaran, que se marcharan de allí, que le dejaran solo. Pero sabe que su dolor no es único, que si está aquí, en el hospital, es para compartir el dolor de otros desconocidos, para cenar en una cafetería desangelada rodeado de personas que no apartan su vista del plato.

Un murmullo brumoso, metálico, brota de uno de los altavoces instalados en la sala de espera. José lo busca en vano por las paredes, por el techo. Si está allí permanece oculto a sus ojos. Una voz femenina, entrecortada, pronuncia un nombre que no reconoce y le invita a acudir a la consulta de un doctor que tampoco reconoce. José quiere levantarse, gritar a todo el mundo que su mujer se muere y que él está allí, solo, esperando, sin que nadie se preocupe por lo que le ocurre. No lo hace. No lo hace porque un impulso supersticioso le reconcome, le induce a creer que si levanta la voz, que si se encara con un médico o una enfermera (atentas, educadas, frías, distantes), su mujer fallecerá. Bebe un trago de la lata de Coca-Cola, un trago largo. Está helada y siente el frío en los dientes. ¿Cuánto tiempo más tendrá que estar allí, esperando?

Lamenta no haber traído un libro, o una revista. En el centro de la sala una mesa cuadrada, de cristal, baja y ancha como si un coloso la hubiera pisado sin querer, aloja varios panfletos médicos y un pequeño librito que glosa los méritos del religioso

que da nombre al hospital. No quiere perder el tiempo con esas cosas, pero necesita distraerse, borrar de su mente las imágenes que le asaltan. Imágenes en las que su mujer trata de llamarle por teléfono mientras se desangra en el suelo de su piso, imágenes en las que su hija se esconde en su cuarto y llora mientras su mujer se muere. José se levanta, abandona la sala de espera. En los pasillos la gente se agolpa en las paredes como moscas en una casa de pueblo en verano. José camina entre ellas sin levantar la mirada. Si se fijara vería que nadie le presta atención. Todo el mundo tiene sus propios problemas, esto es un hospital. José recorre el pasillo hasta desembocar en otro pasillo más amplio. En uno de sus lados se abre otra sala de espera, con las mismas sillas, con las mismas máquinas expendedoras. Está vacía. Siente la tentación de entrar, de sentarse y esperar. Quizá sobre la mesa de cristal que preside la sala alguien ha olvidado una revista, un libro. Al final no entra. Bebe de nuevo hasta que la lata queda vacía, la deja caer con estrépito en una papelera negra, metálica. Una niña le mira con reproche. José tiene el estómago revuelto, no quiere mirar a la niña. Sigue caminando en dirección a los ascensores. Quiere bajar a la cafetería, tomar algo, cualquier cosa, que aplaque su hambre, que calme sus nervios.

Da un respingo cuando el teléfono móvil se retuerce como una serpiente en sus pantalones.

—Madre de Dios —susurra mientras lo saca del bolsillo.

Lo sostiene frente a su rostro. La voz de Lady Gaga le invita a responder a la llamada ya, antes de que suba el tono, antes de que la música se desborde. En la pantalla parpadea el nombre de Clara, la hermana de su mujer. Tiene que responder. Aunque no quiera, aunque prefiera no estar allí en ese momento, en el hospital, esperando a que los médicos le confirmen que su mujer ha muerto.

—Dime —dice José.

Frente a él se abren las puertas del ascensor. José ve su interior como la garganta brillante, metálica, repleta de espejos, de un monstruo mecánico descomunal. Se ve reflejado en los espejos, devorado, masticado. Tiene un aspecto horrible. Por su mujer. Por el trabajo. Por todo. Le cuesta asignar los pesos adecuados en la balanza a todo lo que le está sucediendo.

—Quiero ir —dice Clara. Tiene la voz rota, probablemente de tanto llorar—. Pero no puedo hacerlo porque me has dejado aquí a la niña.

—Llama a tus padres —responde José.

Responde sin pensar. No le gusta Clara, no le cae bien. Una niña rica, mimada, paradigma de todo lo que desprecia. Justo lo contrario de su hermana. Se pregunta cómo es posible que la misma familia haya criado dos vástagos tan distintos, tan opuestos. Le enferma Clara, no quiere hablar con ella, quiere colgar ahora mismo y entrar en el ascensor y dejar que le mastique y le lleve a la planta baja, a la cafetería. Quiere tomarse una cerveza, aunque suene despreciable.

—Es tu hija, gilipollas. Responsabilízate.

José no necesita que le digan que es su hija. Ya lo sabe. Su única hija. Ellos creen que la ha dejado allí porque no quería que sufriera, que se asustara cuando viera a su madre en el hospital. Es cierto y no lo es. Ahora mismo no soportaría mirarla. Se parece tanto a su madre que ahora mismo la odia. Es irracional, claro. Está fuera de lugar. Pero la odia. Con toda su alma. Por eso cuelga y tira el móvil contra la pared, sobresaltando a una pareja abrazada, más por tristeza que por amor.

—Eh —dice el hombre, mayor, cansado, sin convicción.

Se le nota que no quiere discutir, que ya tiene bastante con lo suyo. José también. Entra en el ascensor. Solo. Las puertas se cierran. Sus ojos también. No va a llorar. No, no va a hacerlo. Hoy no.

9
María 1:3

—¿Mamá? —preguntó María.

No recordaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había hablado con su madre por teléfono. Ahora lo hacía desde una cabina telefónica, un anacronismo que se erguía como un faro para todos los náufragos del día del Juicio Final. ¿Cuántas quedarían en Madrid? Repartidas al azar, olvidadas, esperando a que los operarios de Telefónica se decidieran a recorrer las calles en su busca para desmantelarlas. María agradecía a su suerte haber encontrado esta en plena calle, junto al bar en el que había entrado para esconderse, un bar repleto de personas, fumando, bebiendo, gritando.

María quiso repetir la palabra recién pronunciada, pero no tuvo fuerzas para hacerlo. Habían descolgado el teléfono al instante, por lo que María sospechaba que quien sostenía el auricular era su padre. Y su padre era la última persona en el mundo con la que querría hablar. Miró al cielo, a la aterradora modificación que había sufrido, a los increíbles seres que poblaban el firmamento, aleteando entre las nubes, ociosos, esperando. Ángeles. Aceptar la sola idea de que fueran ángeles era el primer paso para firmar la solicitud de entrada al manicomio más cercano. Pero lo eran, y varios de ellos habían descendido de los cielos y caminaban por las calles erguidos o a cuatro patas, las alas recogidas a la espalda, buscándolos.

De pronto la señal del teléfono murió. Sin aspavientos, como si fuera un enfermo terminal que esperaba ansioso su desconexión de las máquinas que contra su voluntad le mantenían con vida.

—¿Mamá? ¿Mamá? —dijo María, pero sabía que era tarde, que ya nadie estaba escuchándola.

Colgó el teléfono. Vio que a su alrededor estaban congregándose algunas de aquellas criaturas surgidas de las entrañas del cielo. No, no podían ser ángeles. Lo eran, sin duda, y estaba viviendo el día del Juicio Final, pero no podía ser verdad. Se resistía con todas sus fuerzas a creerlo, a pesar de las evidencias, a pesar de la certeza que se abría paso en su cabeza como el arado en la tierra.

María caminó con rapidez hasta el bar, abrió la puerta y entró. En el interior reinaba el pánico. La multitud gritaba, señalaba al exterior a través de las cristaleras. Los niños se agazapaban junto a la cocina, acompañados por camareros y algunos padres indecisos. El resto, mujeres y hombres, hablaban a gritos, maduraban la situación. Hablaban de salir y enfrentarse a aquellas criaturas, de rendirse, de adorarlos, de matarlos, de huir, de tratar de comunicarse con ellos. Nadie hablaba directamente de salir al exterior. Allí se congregaban creyentes y ateos y todos coincidían en una cosa: el maldito día del Juicio Final había llegado.

María lo sabía. No podía explicarlo, pero imaginaba que el resto del mundo había sentido lo mismo. Cuando los cielos se habían abierto vomitando ángeles, todos habían comprendido que estaban viviendo el Apocalipsis que tantas religiones habían anunciado. De pronto su mente se había llenado de certidumbre, había comprendido al instante que Dios existía y que hordas de seres angélicos bajarían a la tierra a juzgarlos. También había comprendido que las escaleras que conducían al cielo estarían accesibles para todos aquellos que lo merecieran, que podrían salir de allí si eran inocentes. Después algo ocurrió, algo incomprensible que hizo que todo lo que habían comprendido se tambaleara. María lo había achacado al miedo. Después había visto ángeles desmembrando seres humanos, arrancándoles la vida y el alma. Sabía que algo había cambiado, que algo se había roto, pero no sería ella la que se enfrentara a esos seres para comprenderlo.

—¡Mirad! —alzó la voz una mujer sobre la multitud.

Los ángeles se reunían frente al bar. Iban a entrar. María retrocedió, se escabulló entre el gentío. Odiaba el roce de sus cuerpos, el olor que desprendían (el olor del miedo), el ruido amorfo que, como si se tratara de un solo ser, emitían. Cuando los cristales estallaron en pedazos y los ángeles se abalanzaron sobre ellos María había logrado entrar en la cocina, apartando a su paso adultos y niños. Cuando los gritos se convirtieron en súplicas y el olor de la muerte se extendió por el local como una plaga, María trataba de abrir la puerta metálica que, suponía, daba acceso al patio de atrás. Lloraba y gritaba mientras golpeaba la puerta y los niños se acercaban a ella y le suplicaban, pero no les oía. No quería oírles, solo quería salir de allí y correr hasta su casa, en busca de su madre. Sabía que estaba viva. Sabía que la estaría esperando.

Logró abrir la puerta y salir de allí antes de que los ángeles acabaran con todos. Ya en ese momento las luces habían empezado a apagarse, los coches habían dejado de funcionar, pero María todavía no lo sabía. La realidad se desmoronaba como un castillo de naipes asolado por un tifón. María salió y cerró la puerta a su espalda. Tropezó con los cubos de basura que la esperaban en el patio, cayó al suelo. Gritó como un animal herido, un grito gutural que le arrebataba su humanidad. Corrió por el patio hasta otra puerta cerrada, una verja oxidada en la que se enroscaba una brillante cadena con un candado de combinación. María oyó golpes en la puerta que había dejado atrás. Serán los niños, pensó, los niños que llaman para que les abra. No retrocedió. Tiró de la cadena con desesperación, pero no logró nada. Volvió entonces sobre sus pasos, ajena a los seres que revoloteaban sobre su cabeza, a los golpes en la puerta, al hedor que procedía de los cubos de basura. Se encaramó sobre las bolsas negras rasgadas, hundiendo sus pies en objetos que se descomponían bajo su peso y a los que no quería poner nombre. Gritó de nuevo y vio a un ángel (enorme, de ojos negros y alas blancas) junto a la verja.

—¡Mamá! —gritó sin pensar.

Logró auparse, alcanzar la parte superior de la pared que rodeaba el patio y cercenaba sus posibilidades de supervivencia. Todavía podía oír los gritos, los golpes metálicos, las súplicas. Saltó. En la calle, al otro lado, reinaba el silencio. Miró una última vez atrás, hacia el horror, y después echó a correr en dirección a ninguna parte.

10
Preludio a un rapto

—¿Qué estás buscando? —preguntó José.

Antonio no le respondió. Había tumbado la maleta en la acera y, de espaldas al resto del grupo, se había enfrascado en una búsqueda no compartida. Era una maleta enorme, de las que se abrían en dos como el caparazón de una tortuga. José advirtió que junto a la maleta, en el suelo, alguien había dibujado con tizas de colores diferentes figuras: un cuadrado, dos círculos, un triángulo. Todos los trazos habían sido realizados con poca precisión, como si al ejecutor le temblara el pulso. O fuera un niño pequeño.

—No voy a esperar mucho más —dijo Lázaro.

Se había sentado en uno de los coches abandonados, en el asiento del conductor. Sonreía, pero era una sonrisa de lobo. Mostraba sus dientes, sus encías, en un gesto de amenaza que a José no le pasó desapercibido. Se preguntó qué sería capaz de hacer aquel hombre (no, un hombre no, aquella cosa infame atrapada en un cuerpo de hombre) si en algún momento ellos supusieran una molestia para él.

—¿Crees en Dios?

Incluso Antonio se volvió cuando oyó la pregunta. La había formulado María. Todos la miraban, indecisos, sorprendidos. Ella trataba de aparentar firmeza, pero se la veía débil, consumida. Estaba demasiado delgada incluso para resultar atractiva. Sin embargo al menos dos de aquellos hombres la observaron con interés, casi con lujuria.

—¿Me lo preguntas a mí? —dijo Lázaro.

Antonio levantó uno de los lados de la maleta, lo volcó sobre el otro. Después se afanó con la cremallera para cerrarla.

—Ya está —dijo.

—Sí —dijo María—. ¿Crees?

Lázaro amplió su sonrisa. Una oveja entera podría perderse en ella y ser devorada de un solo mordisco.

—Claro. Aunque antes de que preguntes lo que realmente quieres preguntar, ya te lo adelanto. No, no recuerdo haber compartido una taza de té y unas pastas con el niño. Supongo que debería recordarlo, es mi momento cumbre, la resurrección y todo eso. Pero no, ni siquiera sé si le crucificaron o no.

—Yo soy atea —dijo María, y Lázaro se echó a reír.

Esa risa suya helaba el alma. Incluso en aquel momento, cuando Antonio y José podían compartirla porque todos ellos habían sentido el mismo ridículo al oír las palabras de María, no lo hicieron. La risa de Lázaro era tan desagradable que no invitaba a formar parte de ella.

—Va siendo hora de replantearse las cosas —dijo Antonio.

—Déjala que lo vea como quiera —dijo Lázaro—. Al fin y al cabo, cada uno tenemos nuestra verdad, y la mía es tan complicada que ni siquiera puedo afirmar que Dios exista, solo creer en él.

—Vamos, hombre, ¿y esto qué es? —dijo Antonio con los brazos extendidos—. Yo no necesito más pruebas.

—Enhorabuena por ti —respondió Lázaro.

José abrió su mochila, sacó una pequeña botella de plástico. Hacía calor. Tenía sed. ¿Cuánto tiempo llevaban allí parados? Antes o después aparecerían los resucitados. O los ángeles rezagados, los que todavía no se dedicaban a buscar una entrada a los cielos.

—Deberíamos movernos —dijo José.

—Lo que yo digo —dijo Lázaro.

Antonio alzó un brazo, les mostró lo que había extraído de su maleta.

—Unos prismáticos —susurró María.

—Eso es —dijo Antonio—. Vamos a ver a esos cabrones un poco más de cerca.

Antonio se llevó los prismáticos al rostro y enfocó la calle María de Molina arriba, hacia la Avenida de América, hacia el cartel que servía de catalizador para la histeria de los ángeles.

—Madre mía, son centenares, y cada uno de su padre y de su madre. No sabía que hubiera tantos tipos distintos.

—No es algo que me preocupe especialmente —dijo Lázaro—. ¿Podemos continuar?

—Sí, no deberíamos permanecer tanto tiempo parados aquí. Podrían venir los resucitados —dijo José.

Antonio se guardó los prismáticos en el bolsillo de su abrigo, asintió.

—Tenéis razón, en marcha.

María y José cruzaron una mirada, se retrasaron unos metros. Lázaro caminaba con paso vivo, Antonio trataba de seguirle aunque la maleta le obligaba una y otra vez a detenerse. Avanzaban en silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

Antonio no podía dejar de pensar en María. Trataba de evitarlo, claro, pero aquella chica le obsesionaba. Su forma de hablar, su forma de moverse. Tan autoritaria, tan malcriada. Si estuviera en su mano, esa niña aprendería una lección. Ya lo había hecho otras veces, no le importaría repetirlo. Ahora menos que nunca, claro. Ya no era el tiempo de las reglas, de los jueces, de los convencionalismos sociales. Ahora todos ellos eran lobos, tratando de sobrevivir a costa de lo que fuera.

José tampoco podía apartar de su mente a María. Quizá le había sido concedida una segunda oportunidad, quizá esta vez podría hacer las cosas bien. Solo tenía que ser capaz de dejar atrás el pasado, de perdonarse a sí mismo por lo que había hecho.

Por lo que no había hecho. Quizá entonces pudiera acercarse a ella. Si se abriera a él, si le dejara acercarse y mostrarle cómo era en realidad, podría aceptarle.

Podría redimirse.

María no pensaba en nada más que en sus padres. O al menos eso quería pensar.

Lázaro simplemente volvía a tener hambre.

11
Lázaro 1:1

Imagina un televisor analógico que sintoniza cuatrocientos canales. Trescientos noventa y tres tienen tanta estática que resulta imposible saber qué demonios están emitiendo. Cuatro muestran imágenes estáticas mientras de fondo se escuchan conversaciones en un idioma que no logras entender, aunque algo en tu interior te dice que deberías conocerlo. Las otras tres muestran películas antiguas con el sonido mal sincronizado con la imagen. ¿Lo tienes? Bienvenido a los recuerdos de Lázaro.

Lázaro no sabe quién es. Ni siquiera puede afirmar qué es. Sin embargo en su existencia se ha cruzado con cientos, miles de personas que han afirmado sin duda alguna que es aquel que fue resucitado por Jesucristo. Debería perturbarle que otras personas le atribuyan méritos que es incapaz de recordar, pero Lázaro no piensa igual que nosotros. No le importa lo que otros digan de él, no al menos de la misma forma que le importaría a un ser humano. Recordemos que sus recuerdos fragmentados no le permiten concebirse a sí mismo como un hombre. Si son los recuerdos, nuestra memoria, los que nos otorgan la cualidad de humano, desde luego Lázaro no la comparte.

Lázaro recuerda su muerte. Para ser más preciso, sus muertes. Porque Lázaro ha existido tantas veces que ya no le encuentra sentido a no existir. A veces, cuando ha permanecido el tiempo suficiente en un lugar, hombres curiosos y mujeres sabias se le han acercado con alforjas repletas de preguntas. Lázaro no podía satisfacerles con sus respuestas, pero hablar con ellos le ha permitido reflexionar sobre su propia existencia. Sobre ser y no ser. Sobre estar vivo y no estar. Lázaro ha formulado sus propias teorías, pero ninguna de ellas le satisface.

No recuerda estar muerto. Recuerda morir (lo ha hecho tantas veces y de tantas formas distintas que sería difícil olvidarlo) pero nada más. Ninguna transición, ningún túnel iluminado que condujera a un ansiado más allá. Tampoco ha despertado dos metros bajo tierra, atrapado en el interior de un ataúd. Para Lázaro siempre existe el ahora. Un instante antes no es, un instante después está allí, de pie, en un lugar desconocido, disfrutando de nuevo de la vida caótica que un absurdo titiritero borracho le regala.

No lo entiendas mal, Lázaro está agradecido de poder haber vivido tantas veces, en tantos lugares y tantos tiempos. Lo que maldice es la falta de objetivos. Para él los hombres tienen claro lo que buscan, lleguen o no a encontrarlo alguna vez. Para él, por desgracia, lo único obvio que debe buscar es su propia muerte.

Ahora es la vida.

Ahora está sentado en los restos de un árbol carbonizado por un incendio provocado. Le duelen las muelas. Tiene las manos entre las piernas, la cabeza alta,

mirando alrededor. A lo lejos columnas de humo negro le dicen que allí había un pueblo. El bosque también ha sufrido estragos. Los árboles se retuercen, ennegrecidos hasta la médula. No necesita preguntar quién lo ha hecho. Los restos de cadáveres desperdigados por todas partes le susurran la respuesta. Ha sido el miedo. El miedo al contagio.

Ahora es Europa. Ahora es La Peste.

Lázaro se pregunta si sobrevivirá lo suficiente para comprender cómo ha llegado hasta allí. Sabe que no será así, pero se engaña. Se levanta y camina entre los muertos como una aparición. Camina hacia el pueblo arrastrando ceniza a cada paso. En el cielo nubes grises presagian tormenta. En su camino solo halla desolación. Los cadáveres negros pugnan con los troncos caídos por encontrar su lecho en el suelo ceniciento. A Lázaro todo aquello no le importa. Lo ha vivido tantas otras veces que lo único que ansía es encontrar otro ser vivo y hablar con él. Preguntarle acerca de lo ocurrido. Rellenar su memoria vacía con los detalles de la tragedia. Quiere estructurar sus ideas, fabricarse a sí mismo aquí, esté donde esté, esté cuando esté, para poder vivir esta nueva época con cierta normalidad.

Cuando abandona el bosque y se adentra en el pueblo se dirige hacia las primeras casas. En las puertas han trazado marcas con tiza, con sangre. Lázaro no presta atención, se limita a apoyar las manos sobre la hoja de madera, a abrir la puerta. En el interior de la primera casa el hedor es insoportable. Una mujer yace en el suelo de la estancia que debían de utilizar como cocina. Los bulbos negros la delatan. Hay sangre en su boca y sus ojos están en blanco. Lázaro quiere abrazarla. Sale de allí despavorido, aterrorizado por sus propias ideas enfermas.

En la siguiente casa no hay nadie. Lázaro encuentra sobre la mesa un pedazo de pan duro. Lo roe como si fuera una rata hambrienta. Cada mordisco reverbera en su cabeza, hace que sea más consciente de su dolor de muelas. Siempre le duelen las muelas. Lázaro nunca ha cuestionado el dolor, lo asume como un efecto colateral de sus múltiples vidas. Sin embargo sabe que existe una forma de calmarlo. En cada vida, en cada época, es distinto, pero todas ellas están relacionadas. Debe comer. Cuando come su dolor remite y los recuerdos se desbordan, alocados, como una marea de ratas huyendo de un barco que se hunde.

Mordisquea el pan con rabia, traga un trozo, lanza otro contra la pared. Está nervioso, incómodo. No es justo, se dice. No es justo volver siempre acompañado del drama. De la muerte, del apocalipsis. No es justo.

Sale de la casa. Mira a su alrededor. Varias viviendas han sido reducidas a cenizas. El fuego ha devorado parte del pueblo, dejando intactas apenas un puñado de construcciones alrededor de la plaza. En la plaza, junto a la fuente que la corona, descubre varios cuerpos. Niños. Los cortes en la garganta le hablan de un padre cobarde, de una madre temerosa. Se acuclilla junto a los cuerpos. Tiembla.

¿Por qué nunca puede ser fácil?

Maldito, maldito, maldito.

Los olores asaltan sus fosas nasales. Los recuerdos acarician la punta de su lengua, se deslizan por su nuca. Están ahí, acechando, a la espera de que Lázaro dé el paso.

Empieza a llover, una lluvia fina, débil, que llega demasiado tarde para muchos. El repiqueteo de la lluvia sobre la piedra le fascina. Se incorpora, camina hasta la fuente. Allí las gotas, al hundirse en el agua, evocan memorias que desean ser rememoradas. Lázaro tiembla de nuevo, mira a los niños. Son cuatro, dos niños y dos niñas. Demasiado pequeños todos. Se arrodilla junto a una de las niñas. Lleva la cabeza cubierta por un pañuelo sucio, ennegrecido por el humo. La herida de su garganta es una sonrisa eterna. Lázaro toma entre sus dedos la frágil muñeca de la niña. Cuánta tristeza, cuánto dolor.

Cuántos recuerdos.

Lázaro abre la boca, muerde la carne blanca del antebrazo de la niña con rabia. Y todo lo que ha sido, lo que es y lo que será pugna en su mente por ser comprendido.

Ese es Lázaro, y allí le vamos a dejar. Volveremos a compartir instantes de su caótica existencia en breve, pero no nos preocuparemos demasiado por ello. Sabemos que no vamos a poder arrancar más que briznas, que su alma está cubierta de rastrojos y, sea lo que sea lo que hizo para merecer este premio de inmortalidad, está claro que ha tenido siglos para arrepentirse de ello.

12
Antonio 1:2

—Debemos mantener la calma —dijo Antonio.

Cuando oyó su propia voz, Antonio advirtió lo frágil que se sentía. Su mujer había dejado de gritar, pero permanecía sentada en la cama, inmóvil como una estatua de sal, incapaz de hacer nada que no fuera hipar y sollozar. Antonio creía que sería buena idea sentarse a su lado, abrazarla, consolarla, pero no pensaba hacerlo. Los últimos años se había extendido entre ellos un erial de reproches, mentiras y malentendidos que no quería recorrer. Ni siquiera hoy, el día que el telón del cielo se había rasgado y el bestiario católico había abierto sus puertas.

Caminó hasta la ventana. Estaba cerrada, claro. Doble acristalamiento para evitar los ruidos, el frío. Vivían en un primer piso, demasiado cerca de la calle, pensaba ella. Antonio hubiera preferido un bajo, pero ella insistía en que vivir en un bajo demostraba pobreza. Aparentar, siempre aparentar. Antonio miró a la calle. Una multitud de… cosas campaba a sus anchas por ella. Hombres de proporciones erróneas con enormes alas blancas agarradas a sus espaldas como lapas. Niños regordetes revoloteando a su alrededor. Algo similar a un gusano del tamaño de un coche pequeño con dos ridículas alas en lo que, imaginaba, debía de ser su cabeza. Ni siquiera tenía ojos, solo boca. ¿En qué parte de La Santa Biblia se describía semejante aberración?

—Calma —repitió Antonio, más para sí mismo que para su mujer.

La gente huía de aquellas apariciones. Los más osados, los que habían caído de hinojos frente a ellos, habían comprendido en sus propias carnes que no habría perdón para nadie. El juicio ya se había realizado, los ángeles estaban aquí como ejecutores, no como jueces ni custodios. Antonio quería comprender, quería creer, pero había algo en su cabeza, algo que se había abierto paso en su cerebro en el mismo instante que los cielos se habían quebrado, algo que le gritaba que estaba viviendo el día del Juicio Final, que era un pecador y sufriría el castigo que merecía.

—Cariño —dijo una voz a su espalda.

Antonio continuó mirando por la ventana, persistiendo en su actitud decidida de ignorar a su mujer. No estaba preparado para atender a una persona histérica. No tenía fuerza, no ahora. Oyó disparos, explosiones. ¿En qué ciudad de dementes vivía? ¿De dónde habían sacado las armas? No vivían en Estados Unidos, por el amor de Dios. Vivían en un barrio tranquilo en una zona céntrica de Madrid.

Ese pensamiento le hizo reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. ¿Sería igual en todas partes? ¿En todo el planeta? Se apartó de la ventana y apretó el botón de encendido de la televisión que habían instalado sobre la cómoda. Odiaba tener una televisión en el dormitorio pero su mujer había insistido. Como si fuera ella la que

tuviera problemas para dormir, por favor. La televisión no se encendía. Apretó de nuevo el botón, pero no obtuvo resultado. Se agachó para comprobar que el cable estaba bien enchufado. A lo mejor, en un momento de rabia que no recordaba, lo había soltado, solo por el placer de ver a su mujer preocupada durante unos minutos. No, estaba correctamente enchufado.

—Cariño —dijo su mujer.

—Espera un momento —dijo Antonio y salió del cuarto.

Las luces del pasillo estaban apagadas. Probó varias veces pero no logró que se encendieran. Avanzó en la penumbra hasta llegar al salón. Dos veces su cuerpo se golpeó contra libros mal colocados en la estantería del pasillo, dos veces maldijo en voz alta. Las persianas del salón estaban bajadas, le costó llegar hasta ellas sin tropezar. En la oscuridad casi absoluta en la que se movía cualquier objeto era el enemigo. El sistema de apertura de las persianas era eléctrico. Su mujer había insistido varias veces en instalar persianas de seguridad. Este no es un barrio seguro, decía. Claro, seguro era Carabanchel, donde vivía su madre, donde le gustaría que se hubieran comprado el piso para no deshacerse jamás de esa vieja chocha. Antonio recordó que existía un sistema alternativo para abrirlas, pero no tenía ni ganas ni fuerzas para buscarlo. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la falta de luz y los contornos del mobiliario, vagamente familiares, le ayudaron a encontrar el camino de vuelta al dormitorio.

Allí la luz de la mañana se filtraba por la ventana y los rasgos de su mujer (crispados, nerviosos) era visibles.

—Esto es por tu culpa —dijo ella al verle entrar.

—No digas chorradas.

Ella se levantó de la cama, le cogió el brazo con fuerza.

—Por tu puta culpa. Por acostarte con niñas. Por eso —dijo ella.

Antonio abrió la boca para protestar, pero no lo hizo. Se quedó con la boca abierta, sorprendido, como un pez sobre la barca cuando le han retirado el anzuelo.

—No sé…

—¡Sí que lo sabes! ¡Claro que lo sabes! ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no sé lo que pasa en la oficina? ¿Lo que me cuentan esos que llamas tus amigos cuando llaman a casa para… para reírse de ti, para humillarme? ¡Eres un imbécil! ¡Un tarado!

Y chillaba y le clavaba las uñas en el brazo y Antonio no sabía qué hacer. ¿Cómo iba a ser aquello culpa suya? ¿Se había vuelto loca? Pero ella seguía gritando y no le soltaba y Antonio trataba de calmarla como se calma a un niño pequeño que tiene una rabieta, pero no funcionaba. Había locura en sus ojos, Antonio podía verla danzar en sus retinas. Locura y rabia contenida. Demasiados años juntos, demasiado tiempo el uno al lado del otro. Su relación estaba destruida hacía ya tantos años que no podía recordarlo, pero siempre habían sabido tratarse con corrección, si no con respeto.

Esto no era lógico. Y las uñas se hundían en la carne y Antonio gritó como un niño porque le dolía y ella no le soltaba. Por Dios, no le soltaba. Le seguía mientras él trataba de salir del dormitorio, liberarse de su abrazo. Con la mano libre ella le golpeó en la cara. Sus uñas buscaban sus ojos, sin duda. Se había vuelto loca. Y seguía gritando. Antonio quería taparse los oídos y marcharse de allí, pero ella no le dejaba. Loca loca loca. Chocó contra la estantería del pasillo, varios libros cayeron al suelo.

—¡Basta! ¡Basta ya! —gritó Antonio, pero ella no cejaba.

Antonio le dio un puñetazo en la cara. Suave, como el que se le daría a un amigo después de una borrachera especialmente desagradable. Ella ni siquiera se inmutó. Le arrastraba por el pasillo, le empujaba contra la estantería. Antonio no podía entender la fuerza que mostraba su mujer. La fuerza de la histeria. Desesperado, tanteó en la oscuridad en la estantería. Su mano se cerró alrededor de una escultura, la reconoció en cuanto los dedos la tocaron. Era una vaca anaranjada, con alas. Recuerdo del Cow Parade. Cuando estuvieron en Praga. Se sintió reconfortado cuando la sostuvo entre sus dedos. Tranquilo. Esto era justo lo que necesitaba.

Golpeó a su mujer en el rostro con la vaca. Lo hizo con fuerza, con rabia. Golpeó de nuevo. Ahora había dejado de increparle, ahora gritaba pero de dolor. Golpeó de nuevo y se liberó de su abrazo. Amparado en la oscuridad del pasillo golpeó y golpeó y golpeó con todas sus fuerzas mientras su mujer se desmadejaba, caía al suelo. Golpeó y sintió en el rostro gotas húmedas. Se preguntó si serían lágrimas de su mujer. Golpeó de nuevo. Golpeó y golpeó y golpeó hasta que no pudo más.

Después se quedó sentado en el pasillo, jadeando, la espalda apoyada contra la estantería. Recordó que había un ángel en su bañera y se preguntó dónde habría dejado su escopeta de caza.

13
José 1:3

Muerta.

Una palabra horrible cuando se trata de tu mujer. O de tu hija. En este caso ese término tan vago hacía referencia a ambas, porque la mujer de José estaba embarazada. El médico habló con él durante un tiempo que a José le pareció interminable. No quería escuchar su perorata erudita, esa habilidad innata que tenía para tratar de evitarle un dolor anticipado haciendo uso de absurdos circunloquios. Quería que dijera sin más que estaba muerta. Ya lo sabía. Se le veía en la cara. Muerta. Sin embargo tuvo que escuchar en silencio media docena de falsas disculpas y absurdas explicaciones antes de poder escuchar la palabra. No dijo muerta, prefirió usar fallecida. Un deceso. Maldito hijo de puta.

—¿Por qué? —fue lo único que acertó a decir José.

Pero para esa pregunta los médicos no tenían respuesta. Un fallo multiorgánico era lo mismo que no decir nada. No habían podido salvar al bebé, aunque lo habían intentado. Le preguntaron si quería ver a ambas. Sería desagradable, le dijeron, pero comprendían que quisiera verlas. José dijo que ahora mismo no se sentía con fuerzas. Lo comprendían también. Salió de la sala sin saber bien qué hacer. Tendría que llamar a sus suegros, a Clara. Quizá ellos también lo comprendieran. Tendría que recoger a la niña. Recorrió los pasillos a ciegas y terminó en la cafetería. Pidió una cerveza en la barra, pero le recordaron que antes de poder dársela tenía que solicitar el consabido ticket. En un primer momento no entendió lo que le decía el camarero, después asintió y compró una docena de tickets para cervezas. La primera se la bebió en la misma barra. Pidió la segunda para una mesa. El camarero le miró con cara de pocos amigos, pero se la sirvió. Un tercio. Frío. Él también lo comprendía.

Sentado en la mesa pensó en los trámites absurdos que tendría que llevar a cabo. Borrar a su mujer del libro de familia. ¿Era estrictamente necesario? No recordaba cómo funcionaba el Registro Civil con esos temas. No importaba, podría pasarse por allí un día y comer en el McDonald’s que estaba en una de las calles cercanas. En el banco le pondrían pegas, claro. Sería mejor transferir todo el dinero de las cuentas conjuntas a una sola cuenta, a su nombre nada más. Y al de su hija. O solo al suyo. Bebió un trago de la cerveza. Estaba helada. Como el cuerpo de su mujer. Ya lo habrían bajado al depósito. O quizá no, no tenía ni idea de cómo funcionaba aquello. Y los médicos no le habían dicho nada. Charlatanes, hablando y hablando sin parar y sin decir nada.

¿Había hecho testamento? No, seguro que no. Al menos no que el supiera. Todavía estaban pagando la hipoteca del piso, ¿le correspondería una parte a sus suegros? No, no, todo a su hija, a la que había sobrevivido. Seguro. Se preguntó

cuánto tardaría en aparecer por allí un comercial de alguna funeraria. Jesús, nunca había visto a uno, pero estaba claro que lo necesitaba. Necesitaba que alguien le escuchara, que le ayudara a tomar decisiones sobre todo lo que no quería decidir. Y necesitaba también un borrador, para suprimir por completo a su mujer, eliminarla, hacerla desaparecer por completo de su vida.

Se levantó, se acercó a la barra, pidió otra cerveza. Se la llevó a la mesa y la bebió a pequeños sorbos. Tampoco estaba bien emborracharse el día que uno pierde a su mujer. O a lo mejor sí. No sabía cómo afrontar esta pérdida sin emborracharse. ¿No había hecho lo mismo el día que perdió a su abuela? En su familia las muertes y el alcohol estaban estrechamente relacionadas, que se lo preguntaran a su madre.

Salió del hospital tambaleándose. Ya había anochecido. Seguramente algún responsable habría avisado a los familiares de su mujer. No los había visto, tampoco había estado visible. En la calle hacía frío. No mucho, pero sí el suficiente para apreciar que se había dejado la chaqueta en la cafetería. No volvería a por ella, prefería dejarla allí, abandonada, que enfrentarse a su familia política.

Comprendió de pronto que sentía lo mismo respecto a su hija.

Paró un taxi. Quiso indicarle la dirección de su casa, pero le venció la pereza. Lléveme al centro, le dijo al taxista, que le dedicó media sonrisa de condescendencia al comprobar que estaba borracho. José le ignoró. Mientras circulaban por calles iluminadas artificialmente trató de abrocharse el cinturón de seguridad sin éxito. ¿Qué estaba haciendo con su vida? Nada, lo lógico en un caso como este. Acababa de perder a su mujer, un poco de paciencia, por favor. Se quedó adormilado hasta que el taxista le preguntó dónde quería bajar. Le indicó con gestos que la Plaza de Callao estaría bien. Entró en el primer bar que encontró, que resultó ser un restaurante de comida rápida. Pidió unas porciones de pizza y una cerveza. Notaba la cabeza embotada. No quería volver a casa.

Buscó el móvil en sus bolsillos. Llamaría a Clara para tranquilizarla, hablaría con la niña. A la mañana siguiente pasaría por su casa a recogerla. El entierro podía esperar. O no, no lo sabía. Recordaba haber asistido a velatorios, a entierros, a funerales, pero no ubicaba en el tiempo los eventos. No importaba. Recogería a su hija y juntos lo superarían. Pero lo haría al día siguiente, por la mañana. Todo podía esperar. Mañana sería otro día, uno como cualquier otro.

No iba a cambiar el mundo de un día para otro.

14
Bailando con ángeles

Ante ellos la desolación crecía como la mala hierba. Vehículos abandonados y volcados en mitad de la calle, empotrados en los escaparates de las tiendas, incinerados. Cadáveres (al menos parte de ellos) desparramados por el arcén como si un niño hubiera decidido arrancarle los miembros a su colección de muñecos. Sangre. Los cuatro –Lázaro, Antonio, José y María– contemplaban la escena con cierta reverencia. Sabían que estaban asistiendo al resultado de uno de los enfrentamientos entre los supervivientes y los ángeles. O quizá entre los resucitados, a juzgar por el inusual número de miembros amputados.

—Esto es Serrano —dijo María, señalando a su derecha—. Un poco más adelante está Velázquez, después Príncipe de Vergara. Después una cuesta y habremos llegado a Francisco Silvela, al lado de mi casa.

Serrano presentaba el mismo aspecto que María de Molina, solo que por allí caminaban, desorientados, decenas de resucitados. Los contemplaron en su devenir, sabedores de que no se molestarían en acercarse a ellos. Antonio tendió los prismáticos a los distintos integrantes del grupo para que se recreasen en los detalles. Mujeres delgadas, apenas un puñado de huesos cubiertos de carne putrefacta, entraban en las tiendas abandonadas y salían de ellas con diferentes objetos (ropas, bolsos) entre sus manos. Hombres mutilados esperaban junto a vehículos que jamás volverían a recorrer las calles. A lo lejos se elevaba una nube negra, señal de un incendio incontrolado.

—Será en El Retiro —dijo José.

Lázaro negó con la cabeza. Había visto esas nubes negras en otras ocasiones. No eran árboles lo que estaba ardiendo.

María rehusó coger los prismáticos. Solo tenía ojos para la calle, para el camino que conducía a su hogar.

—¿Funciona ese cacharro? —preguntó José.

Antonio señaló la escopeta, asintió.

—Claro, ¿por qué no debería hacerlo?

—Aquí nada funciona como debe. El chico simplemente ha hecho los deberes —dijo Lázaro.

—La escopeta funciona —dijo Antonio.

María se acercó a José, señaló al cielo.

—Mira.

Todos miraron. Los ángeles que se congregaban sobre el cartel de Iberia comenzaban a dispersarse. Volaban en círculos, como buitres acechando a su presa agonizante. Carroñeros buscando una vía rápida para volver al cielo. ¿Qué le había

llevado a Dios a crear aquellas criaturas?

—Parece que buscan algo —dijo Antonio.

—Las escaleras —respondió Lázaro—. Han encontrado la puerta, pero están buscando las escaleras. No podrán llegar hasta la puerta si no recorren previamente las escaleras.

—Qué místico —dijo Antonio.

—Qué gilipollez —dijo Lázaro—. Pero no les queda otra, así está escrito.

Antonio extrajo dos cartuchos de uno de los bolsillos de su chaqueta, los introdujo metódicamente en la escopeta. A María le fascinó el color rojo de los cartuchos, como si aquella munición pudiera anticipar de alguna forma el color de la sangre que se vertería. José observó con atención cada movimiento, cada gesto que Antonio realizó mientras preparaba el arma. Lázaro prefirió observar cómo se disgregaba el cónclave de ángeles, cómo el círculo que trazaban en su vuelo ampliaba su diámetro, tratando de localizar lo que no debía estar oculto.

—Si quieres lo probamos con uno de esos —dijo Antonio.

Se refería a los resucitados de la calle Serrano. Desde donde se encontraban, aupados sobre el lateral de un autobús de la EMT volcado, tenían una visión parcial de la calle, que se alzaba unos metros desde su nacimiento en la calle María de Molina.

—¿No están demasiado lejos? —preguntó José.

—¿No atraeríamos su atención? —preguntó María casi al unísono.

Antonio apuntó con la escopeta hacia los resucitados. Sí, estaban demasiado lejos, no podría acertar a uno de ellos aunque quisiera. Además las piezas que cobraba cuando iba de caza eran más pequeñas. Distintas. No sabía si tenía el valor suficiente para dispararle a otro ser humano, aunque estuviera muerto. En cualquier caso, no quería quedar como un idiota delante de María. Ahora que había llamado su interés tenía que concluir aquella pantomima de la mejor forma posible. Bajó el arma, se volvió hacia ella.

—Sí, tienes razón, quizá sea mejor disparar contra un blanco concreto cuando surja la necesidad. Disparar por disparar es una tontería.

—Mejor, sí —dijo María.

Oyeron un aleteo, sintieron una brisa cálida en el rostro. Ardiente. Lázaro saltó del autobús al instante. José y Antonio tardaron unos segundos más en comprender que justo sobre sus cabezas volaba un ángel.

—Dios mío —dijo José antes de que la criatura le derribara con su brazo.

Antonio dejó caer la escopeta, cayó de rodillas. Cerró los ojos e imploró en silencio el perdón. No los abrió hasta que sintió una mano sobre el hombro. Era Lázaro. Le miró con lágrimas en los ojos, pero Lázaro se limitó a ayudarle a ponerse en pie.

—Te has meado —dijo más como un hecho objetivo que como un reproche.

Antonio asintió.

José les miraba desde abajo. Tenía sangre en el rostro y sujetaba un pañuelo blanco contra la frente.

—Se ha llevado a María —dijo—. Esa maldita cosa se la ha llevado.

—¿Se la ha llevado? —dijo Antonio. Le temblaba la voz.

—Así es —dijo Lázaro—. Uno menos, me temo. Es hora de ponerse en marcha.

Lázaro bajó del autobús. Antonio le siguió. Descendió con torpeza. No soportaba la mirada de ambos hombres en su espalda, taladrándole. Malditos. Querría haberlos visto en su lugar.

—Tenemos que ir a buscarla —dijo José.

Se había sentado sobre la maleta. Estaba más pálido que de costumbre. Parecía mareado. La sangre que brotaba de su cabeza empapaba el pañuelo, se deslizaba por sus dedos como ríos desbordados en una crecida. Había sangre en la maleta. Antonio no dijo nada, pero le miró durante unos segundos, buscando un enfrentamiento, un cruce de miradas que no llegó, pues José no apartaba la vista de Lázaro.

—Yo no tengo que ir a ninguna parte que no quiera ir —dijo Lázaro—. Además, ya estará muerta.

—No lo sabemos —dijo José.

—¿Qué ha… cómo ha ocurrido? —preguntó Antonio.

José se incorporó, se tambaleó. Recuperó la verticalidad y caminó unos metros hasta quedar con la espalda apoyada contra el lateral del autobús volcado. El aire estaba enrarecido, vaharadas de olor a podredumbre serpenteaban por la calle María de Molina. José miró hacia la calle Serrano, pero desde donde se encontraba apenas podía ver la cuesta que ascendía. No se veía ningún resucitado, pero sabía que estaban por allí, algo más lejos. Miró hacia abajo, hacia el Paseo de la Castellana. Media docena de muertos medio descompuestos se movía entre los coches, husmeando, en busca de ángeles probablemente.

—No lo sé —dijo José—. Cuando quise darme cuenta esa cosa estaba sobre mi cabeza y un segundo después estaba volando por los aires.

—Esa cosa era un ángel negro. Apareció de repente y se abalanzó sobre nosotros. Se llevó a la chica como el pederasta que le arrebata un juguete a un niño.

—Muy poético, sí. Se la llevó a la azotea de ese edificio —dijo José.

—No lo sabes —dijo Lázaro—. Estabas tirado en el suelo medio inconsciente. Es verdad que voló hacia allí con ella, pero pudo continuar más allá, o soltarla en otra calle.

—No gritó —dijo Antonio.

Lázaro le dedicó una mirada triste. Antonio había resultado ser más frágil de lo que esperaba, pero no tenía nada que reprocharle. Todos los seres humanos eran

iguales: unos cobardes cuando tenían que enfrentarse a la realidad. Todos menos esa chica. Era cierto que no había gritado. No había dicho ni una sola palabra cuando el ángel negro la atrapó entre sus garras y, batiendo las alas, se la llevó. Solo le había dedicado una mirada a Lázaro, una mirada que él interpretó como una petición. María quería que Lázaro le explicara por qué no habían hecho nada para evitar lo que había ocurrido.

Maldita fuera aquella niña consentida.

—¿Qué pensáis hacer? Yo voy a buscarla —dijo José.

Ah, el estúpido enamorado, pensó Antonio. Esa chica no tenía ojos para nadie más que para sí misma. Era una engreída. José era para ella una mascota divertida, que la protegía cuando se le acercaban los moscones y a la que podía contentar pasándole la mano por la espalda. Nada más. ¿Cómo es que no lo veía? Antonio se acercó a su maleta, la abrió. Sacó una botella de agua, bebió un trago. Estaba caliente, pero su garganta lo agradeció. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que habían comido? No lo sabía. No importaba. En el día del Juicio Final los supervivientes no necesitaban alimentarse.

—Por favor —dijo José, y Antonio le tendió la botella.

José bebió con avidez. Antonio sacó de su maleta una toalla y se la dio. Cruzaron una mirada fugaz, José asintió. Tiró el pañuelo empapado al suelo y se colocó la toalla en la sien. La hemorragia remitía. Antonio bebió de nuevo de la botella. Lázaro rechazó el ofrecimiento con un gesto de la mano.

—¿Por qué debería acompañarte? —preguntó Lázaro— Convénceme.

—No gritó —dijo Antonio.

Lázaro le miró. Antonio le sostuvo la mirada unos segundos, después la bajó. Miró sus pantalones empapados. Sin decir nada más se sentó en el suelo, se desabrochó los zapatos.

—Es un buen motivo —dijo Lázaro mientras Antonio se bajaba los pantalones, los dejaba a un lado y buscaba otros limpios en su maleta.

—Lo es —dijo Antonio.

José pensó que ambos tenían razón.

15
Lázaro 1:2

Su nombre es Lázaro, pero en el barracón, perdido entre la marabunta de cuerpos consumidos que pueblan las literas, es un desconocido. Si pudiera hablar con ellos, si pudiera decirles que su nombre es el de aquel que fue resucitado por Él, no le creerían. Ellos no comparten su fe aunque compartan su Dios. Lázaro se mueve entre los judíos en completo silencio. No sabe dónde está, pero intuye que aquel lugar no es agradable. El hedor en el ambiente y el estado en el que se encuentran esos hombres le recuerda a otras épocas, a otros lugares que preferiría no haber conocido. Se pregunta, como en todas las ocasiones pasadas, por qué debe despertar junto al horror, junto a la muerte. Por qué siempre que vuelve al mundo que no es su mundo lo hace como compañero de cabalgata de alguno de los jinetes del Apocalipsis.

En el interior del barracón está oscuro, pero hay suficiente luz para que Lázaro pueda moverse sin tropezar con ninguno de los cuerpos y llegue hasta la puerta. Trata de abrirla, pero no lo logra. Tendrá que resignarse y esperar a que sea quien sea el que retiene a estos hombres contra su voluntad venga en su búsqueda. Aprovechará ese momento para salir y marcharse de allí. Lo ha hecho otras veces, no teme ese momento. Si la muerte ha de llegar, que llegue. ¿Qué importa un minuto más de vida sobre esta tierra si debe convivir con el sufrimiento? Añora los momentos dulces, los instantes que ha podido disfrutar de la vida. La mayor parte de las veces en completa soledad, aislado, dejando que pasen los días mientras medita sobre la forma en la que podría morir para siempre.

Oye un gemido a su espalda. Lázaro se sobresalta, se vuelve dispuesto a defenderse como un animal acorralado. Tarda en ubicar la fuente. Es un hombre que yace en una esquina del barracón, en una posición que por fuerza tiene que resultarle dolorosa. Sus costillas parecen a punto de rasgarle la piel. Tiene la cabeza rasurada, llena de cortes y costras. Sus ojos miran al techo como podrían mirar a cualquier otra parte. Si Lázaro pudiera vivir allí el tiempo suficiente sabría que aquel hombre es un *musselman*.

Para él, por desgracia, solo es comida.

Lo siente en sus huesos. Ese hombre que agoniza, que escupe sangre cada vez que tose o gime, ese hombre es su comida. Lázaro quiere que se le revuelva el estómago, que la visión de ese esqueleto al que le queda un hálito de vida le provoque náuseas, pero no es así. Está salivando, por el amor de Dios. Salivando. Maldice las reglas del juego, las malditas normas que este Dios enfermo ha creado para regir su absurda inmortalidad. Pero no puede hacer nada por controlarse. Siente retortijones en el estómago, las tripas aúllan en su cerebro suplicándole que se abalance sobre el judío, que lo devore. No hay nada más, solo hambre insatisfecha.

No es justo. Ni para el *musselman* ni para Lázaro, aunque ninguno de ellos lo lamentará durante mucho tiempo. Lázaro tapa la boca del hombre con su mano. Todavía anidan remordimientos en su mente, pero los desecha cuando sus dientes se hunden en la carne del judío.

16
Antonio 1:3

Antonio estaba sentado en el salón, a oscuras. Había tratado de encender la televisión varias veces, pero no funcionaba. Nada funcionaba. Había cogido una lata de cerveza de la nevera, antes de que se calentara, y se la bebía lentamente, disfrutando de cada trago como si fuera el último.

Arriba, en el cuarto de baño, continuaban los golpes. Fuera lo que fuese esa cosa no era muy fuerte, no al menos lo suficiente para derribar la puerta. Antonio había atado el pomo con una cuerda a las estanterías del pasillo, ya que la puerta se abría hacia dentro y no le serviría de nada bloquearla con un mueble. Viendo cómo actuaba esa criatura, no tendría que haberse preocupado. No había intentado abrirla ni una sola vez, se limitaba a golpearla como si bastara con ello para que le abrieran paso. O porque espera derribarla. Qué más daba.

Antonio planificaba sus siguientes pasos. Estaba claro que se había desatado el Apocalipsis. Alguien (o algo) se había tomado la molestia de implantar a fuego ese conocimiento en su cabeza. Era consciente de que se trataba de un conocimiento implantado, pero también sabía sin asomo de duda que era la pura verdad. Irracional, sí, pero tenía la absoluta certeza de estar viviendo el día del Juicio Final. ¿Alguien quiere discutirlo? No. Bien. Por lo tanto lo mejor era abordar la situación con calma, razonadamente. Evaluar los pros y los contras y trabajar en la supervivencia personal. Si algo caracterizaba a Antonio era su capacidad para enfrentarse a nuevos retos.

Lo primero que hizo fue buscar una maleta. Una grande, la última que compró su mujer. Marca Samsonite, lo mejor. Gris oscura, con cuatro ruedas; una maleta de un tamaño desproporcionado pero muy fácil de manejar. Quizá sería mejor llevar una mochila, pero no sabía cuánto tiempo iba a estar fuera. Porque iba a salir, claro, no podía quedarse en casa. Unos días, una semana, podría. Después tendría que marcharse. Además, estaba lo de su mujer. Su cadáver pudriéndose en el dormitorio, hasta donde lo había arrastrado con desgana después de golpearla sin piedad. Y el ángel en el cuarto de baño. Había algo poético en la distribución de los cuerpos en el hogar.

Cuando compraron aquella casa su mujer le reprochó que no tuviera un trastero, uno de esos cuartuchos en el sótano o en la azotea en el que volcar su maldito síndrome de Diógenes. ¿Cuántas veces había pensado en ello, en el enfermizo deseo de su mujer por almacenar objetos innecesarios, y no había recordado el nombre? Ahora Antonio veía todo con mayor claridad. Al final, para evitar más discusiones, habían reformado parte de la casa y habían preparado un pequeño cuartito para que sirviera de alacena y, al mismo tiempo, de pequeño trastero. Allí guardaban la maleta. Antonio abrió la puerta del trastero improvisado y tras apartar la aspiradora y la

fregona y dejarlos a un lado sacó del interior la maleta. La llevó rodando hasta la cocina, allí la luz que entraba por la ventana le permitía ver con claridad. La tumbó (no sin esfuerzo) en el suelo y la abrió. Se abría en dos como un bocadillo de jamón. Dentro de la maleta encontró varias bolsas de plástico –para la ropa sucia, solía decir su mujer– y un maletín negro para el ordenador portátil. Le cabreó encontrarlo ahí, escondido, cuando el sitio en el que debería estar era la basura.

Se sentó en el frío suelo de la cocina. ¿Qué debía meter en la maleta? Tampoco tenía que hacerlo ahora, podría comer primero, algo ligero. Abrió la nevera. Todavía mantenía el frío, pero no duraría para siempre. Todo lo que estaba guardado en el congelador se estropearía en veinticuatro horas si lo que decía su mujer una y otra vez era cierto. Descongelar algo y comérselo podría ser buena idea. Recordó que no tenía electricidad, no podría utilizar el microondas. Antonio se planteó la posibilidad de preparar un pequeño incendio. Una hoguera en mitad del salón. En ningún momento pensó que podía estar perdiendo la cabeza, que lo que hacía era producto de una reacción absurda ante un evento que le superaba. Él no era así, él siempre tenía todo bajo control. Siempre.

Sacó una botella de agua mineral, algunas latas de cerveza, las colocó minuciosamente en la maleta. Cualquier tipo de comida que tratara de llevarse de la nevera se estropearía si no la mantuviera fría, así que optó por almacenar las latas que guardaba en la despensa: fabada, garbanzos, magro de cerdo, calamares en su tinta. Tenían comida almacenada para un mes. Pensó en cuánto podía llegar a pesar la maleta, dudó. En un mueble del salón guardaban los medicamentos. Se llevaría unas cajas variadas. Y un abrelatas, claro. Y cubiertos. Tantas cosas. Algo de ropa, no demasiada.

Antonio se dedicó durante las siguientes horas a preparar su maleta. Lo hizo con la misma dedicación que en ocasiones precedentes, cuando su mujer se inventaba unas vacaciones y a él le tocaba todo el trabajo duro. Lo hizo murmurando maldiciones, sudando. Nervioso. Hizo varios viajes al dormitorio. Allí estaba el vestidor, ese enorme desperdicio de espacio que su mujer le había obligado a construir para albergar centenares de pares de zapatos. Y algo de ropa. A él le reservaba un pequeño lateral en un armario y un cajón en la cómoda para su ropa interior.

La primera vez que entró en el dormitorio ni siquiera se fijó en el cuerpo que yacía a los pies de la cama. Simplemente entró en el cuarto, abrió las puertas del vestidor y se dedicó a buscar su ropa.

La segunda vez le dedicó un vistazo rápido. Se detuvo justo cuando iba a abrir el cajón de la cómoda porque le estaba dando la espalda al cuerpo, y algo le decía que no debería hacerlo. Cuando volvió a mirar tuvo la sensación –estúpida, absurda– de que el cuerpo se había movido. Con un par de calzoncillos en la mano se acuclilló

junto al cadáver cubierto de sangre. El hedor era francamente desagradable. Antonio salió del cuarto, cerró la puerta convencido de que no volvería a entrar.

La tercera vez, antes de entrar, Antonio oyó ruidos al otro lado de la puerta. Había vuelto porque había recordado que la caja con cartuchos para la escopeta de caza la guardaba en un cajón del vestidor, otra pequeña concesión de su mujer tras aceptar la explicación, lógica por otra parte, de que no era bueno guardar el arma y la munición demasiado cerca una de otra. Apoyó la cabeza contra la hoja de la puerta, escuchó. Al otro lado oyó un rumor, un ronroneo. Le costaba identificar de qué se trataba.

Un golpe inesperado en la puerta del cuarto de baño le sobresaltó.

—Santa Madre de Dios —murmuró mientras se llevaba la mano al pecho.

Su corazón retumbaba en su pecho pugnando por salir. Antonio inspiró, trató de tranquilizarse. Le ardía la garganta y todo por un estúpido y absurdo susto típico de película de terror barata. Si quería sobrevivir tenía que sobreponerse a todo esto. Lo mejor sería entrar, coger los cartuchos y probar su puntería con la cosa del baño. Si se atrevía, claro. Fuera lo que fuese (y era un ángel, lo sabía al igual que sabía que su mujer estaba muerta) no le sentaría bien un disparo a bocajarro, seguro.

Inspiró de nuevo, expiró el aire lentamente. Abrió la puerta. Su mujer permanecía donde la había dejado. El ronroneo era ahora más fuerte, le hizo pensar en el roce de un cuchillo contra el tronco de un árbol. Miró de nuevo a su mujer, entró en el vestidor. El cajón en el que guardaba los cartuchos estaba demasiado alto, le costaba llegar incluso de puntillas. Podía volver a la cocina a buscar la escalera, pero algo le decía que había llegado la hora de salir de allí. Ya. Qué estupidez dejar los cartuchos tan arriba, como si fuesen los protagonistas de una telenovela barata. Sus dedos rozaron la caja, abrieron la tapa. Atrapó un puñado de cartuchos entre los dedos, pero cuando quiso bajarlos volcó la caja y todos cayeron sobre su cabeza, una inesperada lluvia de balas.

—¡Joder! —dijo Antonio.

Agachado, recogió los cartuchos y los guardó en sus bolsillos. Apenas le cabían. Cuando se incorporó temblaba. Dio un paso hacia la puerta. Se detuvo. El ronroneo. Miró a su mujer. Su mano derecha. Sus uñas arañaban la tarima del suelo. Sus dedos se movían lentamente, como si la acariciaran. Antonio retrocedió cuando ella giró la cabeza y le miró. Al menos ella intentó hacerlo, ya que gran parte de su rostro había desaparecido bajo los golpes. Si Antonio hubiera sido médico quizá se hubiera planteado las posibilidades reales que tenía su mujer de haber sobrevivido a la paliza que le había propinado. Como no lo era su mente automáticamente dedujo que aquella cosa que yacía en el suelo y, oh, Dios mío, estaba tratando de incorporarse, simplemente había resucitado.

Esa era la señal que estaba esperado para salir corriendo de allí.

En ningún momento se le pasó por la cabeza disparar a su mujer. Se arrepintió de

ello más tarde.

17
María 1:4

Cuando María le dijo a su novio que estaba embarazada este le dijo que él no era el padre. Lo cierto es que tampoco era su novio, simplemente se había acostado un par de veces con él. Y lo cierto es que ella también pensaba que aquel joven cobarde no era el padre. Se había marchado de casa un par de meses antes, y justo una semana después de considerarse oficialmente libre se había acostado con aquel chico. Con su novio. No habían hecho el amor, habían follado. En parte porque estaban borrachos, en parte porque ambos lo necesitaban. Él estaba recuperándose de una relación rota, ella quería borrar cualquier rastro que pudiera quedar de su padre sobre su cuerpo.

María pensaba que estaba embarazada de su propio padre.

Tampoco era tan descabellado, aunque lo que había ocurrido había ocurrido una sola vez y jamás se repetiría. Jamás.

Cuando María le dijo a su novio que estaba embarazada este desapareció. En aquella época María ya compartía piso y no se planteaba tener uno propio. Le bastaba con una habitación privada e internarse ocasionalmente en un salón y una cocina poblados por desconocidos. Se entretenía hablando con ellos. Más escuchando que hablando, la verdad, pero a la gente no solía importarle que los demás solo escucharan mientras ellos hablaban sin parar. María no le dijo a sus compañeros de piso que estaba embarazada. Solo eran eso, compañeros. Ni amigos ni gente de confianza. Se juntaban una vez al mes para realizar la transferencia mensual a su casero y ya está. Se hizo la prueba una tarde que la dejaron sola. Encerrada en el baño, sosteniendo el maldito cacharro de plástico ante sus ojos, esperando a que las dos líneas sonrosadas aparecieran, se sintió sucia y ridícula. Sobre todo sucia.

Lo primero que pensó fue cómo podría abortar de forma rápida e indolora. Desconocía todo lo que debía saber sobre clínicas abortivas y demás opciones menos recomendables, pero para eso estaba Internet. Mientras investigaba y se documentaba su mente irracional le dijo que esperara, que tenía un hijo, que era lo más hermoso que le había ocurrido en su vida. Pensó en ello. Esa noche se encerró en su cuarto y se pasó horas llorando, incapaz de tomar una decisión que podía cambiar el rumbo de su vida. Tenía en las entrañas un niño. Su cuerpo ya estaba reaccionado a esa intromisión alienígena por más que ella no quisiera aceptarlo.

Se le pasó por la cabeza llamar a casa, hablar con su madre. Incluso con su padre. No lo hizo. No estaba preparada para escuchar preguntas para las que tenía respuestas incómodas, insoportables. Le dedicó toda la tarde, toda la noche, a lo que considera un problema irresoluble. Todo lo que hiciera, todo lo que no hiciera, la condenaba. Para su madre ella sería la viva representación del pecado. Para su padre… no, para su padre ella era algo que no debía ser. Que ninguna hija debía ser.

Por la mañana se sintió estúpida. Mala. Enferma. Decidió quedarse en casa. Esperó hasta que todos se hubieron marchado y se preparó un café. Y unas tostadas. Una falsa normalidad se instauró en su cabeza mientras desayunaba. Después llegaron las arcadas. Bisagra de carne sobre el váter, vomitó hasta que le dolieron los ojos. Se lavó los dientes varias veces, buscó por todas partes su botella de colutorio, pero no la encontró.

Fue entonces cuando pensó en la percha.

Lo había leído en alguna parte. O lo había visto en alguna película, no estaba segura. No recordaba imágenes concretas, pero sí voces, conversaciones, sentimientos. En algunos lugares las mujeres se provocaban a sí mismas el aborto introduciendo una percha, previamente preparada, por su vagina. La idea en sí misma le provocaba náuseas, pero al menos era consciente de que si su mente le inducía semejantes pensamientos era que había tomado una decisión.

Buena o mala, era una decisión.

En su cuarto, sentada en la cama frente a su portátil, se preguntó si aquellas ideas anidaban en el cuerpo de todas las mujeres embarazadas de menos de doce semanas. Oh, sí, las dudas debían estar presentes incluso en los niños buscados y queridos, pero la decisión de perderlo, de no continuar a su lado… eso no podía compartirse. Eso, queridas amigas, no podía formar parte de las charlas con la matrona, de las reuniones en casas de los amigos, de las fiestas improvisadas organizadas por los compañeros de trabajo. María navegó por medio centenar de páginas hasta encontrar la dirección de una clínica pequeña, poco conocida, cerca de Puerta de Toledo. Serviría. Abrió el bolso, sacó su agenda Moleskine, una de las pocas frivolidades que se permitía al cabo del año. Anotó la dirección y el teléfono y salió del cuarto.

Sola en el salón María marcó el número en su teléfono móvil. Le atendió una mujer y ese hecho, por algún motivo, la tranquilizó. Habló con ella con naturalidad, exponiéndole el problema con esa frialdad que tanto despreciaba su madre. Al otro lado de la línea encontró silencios, asentimientos en los momentos adecuados y, en líneas generales, una actitud profesional que la tranquilizó. Cuando llegó el momento de hablar de los emolumentos la voz femenina, agradable, relajante, dejó paso a otra voz femenina ruda, distante, que detalló con presteza los peligros derivados de la operación (sí, operación, fue la palabra que utilizó) a la que deseaba someterse, la necesidad de consentimiento familiar dependiendo de su edad, del padre si quería involucrarlo y mil detalles más que al final la obligaron a colgar, desesperada y aterrada.

Estuvo llorando en el sofá durante lo que le pareció una eternidad, pero no pudo ser demasiado tiempo porque ninguno de sus compañeros de piso volvió. Se encerró con llave en su cuarto. Decidió que no comería. Si no comía era probable que eso que llevaba dentro simplemente se muriera de hambre. Había leído algo parecido en algún

libro sobre el tema. O quizá lo había visto en televisión. Anorexia nerviosa. Así se perdían. Pero tardaría demasiado. Y todos se darían cuenta. Tendría que ir a un hospital y vendrían sus padres a verla y lo sabrían todo. Él lo sabría, y su madre no podría ocultarlo por más tiempo. A veces sospechaba que ella también lo sabía pero no decía nada por comodidad. Por evitar la rumorología. Maldita fuera.

Se sentó de nuevo frente al portátil. Buscó información en Google sobre cómo provocar un aborto. Había más de un millón de páginas, se asustó. ¿Tanta gente abortaba? ¿Había foros de personas que abortaban voluntariamente? ¿Redes sociales donde las personas que querían abortar o lo habían hecho podían relacionarse, hablar sobre ello, subir fotografías?

Salió del cuarto, se encontró con uno de sus compañeros. Un breve saludo, un instante. De nuevo estaba sola. Abrió el frigorífico, sacó una lata de cerveza. No era suya, claro, pero ya la devolvería. En su cuarto de nuevo se la bebió de dos tragos. Estaba helada, no le gustaba el sabor. Seguro que a lo que llevaba dentro tampoco le sentaba bien. Se dio un puñetazo en la barriga, justo bajo el ombligo. Sin demasiada fuerza. Quizá con eso bastaría, con darse unos golpes bien fuertes en la barriga.

Se dio otro puñetazo. Sintió los nudillos clavarse en la piel, el dolor. Pero no era suficiente. Se levantó, se acercó al mueble que estaba junto a la cama, un remedo de cómoda. La esquina estaba un poco más alta de su ombligo. Podría correr hacia ella, dar un salto, golpearse. Lo intentó y ahogó un grito de dolor cuando el mueble se hundió en su cuerpo y la derribó entre jadeos.

Sí, eso estaba bien.

Lo repitió una, dos, tres veces más.

Lo repitió durante una semana, varias veces al día.

Tras una semana tuvo una hemorragia. Al principio leve, después tan desagradable y dolorosa que estuvo en cama un par de días. Durante esos dos días sus compañeros de casa se preocuparon de atenderla lo mejor que pudieron. No sabían a ciencia cierta qué le había ocurrido, tampoco querían saberlo. Les sorprendió que María no quisiera llamar a sus padres, claro, pero lo que más les sorprendió fue que a pesar de lo mal que lo estaba pasando, no dejaba de sonreír.

18
Escaleras al cielo

En el interior del edificio hacía frío. La luz del sol moría apenas a unos pasos de la entrada, desgarrada en haces solitarios que desfallecían sobre una alfombra bermellón que había vivido mejores épocas.

—Aquí vivía gente con pasta —dijo Antonio.

Caminaban sobre la alfombra en dirección a las escaleras. A un lado dejaron una mesa de madera negra y una silla que debía de haber servido de base de operaciones para el portero. Al otro lado un ascensor eléctrico permitía salvar el acceso (una decena de escalones de mármol parcialmente cubiertos por la alfombra) a las personas con problemas de movilidad. Como decía Antonio, en aquel edificio era evidente que había dinero invertido. A cada paso que daban les acompañaba el silencio, el ominoso silencio del territorio inexplorado, y un olor a humedad y abandono que les mantenía alerta.

—Lástima —dijo Lázaro, señalando los ascensores.

—Ya —dijo José.

Iba a ser duro subir hasta la azotea. Lo cierto es que se adentraban en territorio desconocido sin un plan preconcebido, confiando a ciegas en sus propias fuerzas. José no dudaba que, pasara lo que pasara, Lázaro sobreviviría. Sobre Antonio no tenía una opinión formada. Si bien había actuado como un cobarde cuando el ángel negro se les había echado encima, también era cierto que había sabido sobrevivir al día del Juicio Final.

—Será mejor que dejes la maleta aquí —dijo José.

El primer tramo de escaleras se sumía en la oscuridad más absoluta. El arquitecto que había diseñado el edificio no había tenido en cuenta la iluminación natural cuando construyó las escaleras. Eran apenas veinte escalones, pero ascenderlos significaba sumergirse en otro mundo, poblado de ángeles que raptaban a jóvenes y de hombres que se consideraban héroes y acudían en su rescate.

—La dejaré en el primer descansillo —dijo Antonio—. Por si viene alguien.

—Claro —respondió José.

—Ahora nos vendrían bien esas cerillas —dijo Lázaro dirigiéndose a Antonio.

—Estoy en ello.

Antonio abrió la maleta y sacó un pequeño recipiente de cristal. En su interior había colocado una vela de botón, de esas con una base metálica que podías comprar a centenares por un par de euros en Ikea. Se guardó un puñado de velas en un bolsillo y, tras encender la vela, una caja de cerillas en el otro.

—¿Será suficiente? —preguntó José.

—No tenemos mucho más, así que aceptaremos barco como animal de compañía,

¿no? —dijo Antonio.

Todo aquello era absurdo. No tenía sentido. Todos lo sabían. Pero José sentía que María estaba allí arriba, esperándole. Lo sentía de la misma manera que había sentido la llegada de los ángeles. Lázaro tenía sus propias razones, razones que no podía compartir con nadie más que consigo mismo. ¿Y Antonio? Antonio buscaba la redención.

El primer tramo de escaleras dio paso a la oscuridad más absoluta. Antonio dejó atrás la maleta y encabezó la marcha. Tras él iba Lázaro, con la escopeta de Antonio en la mano. Cerraba el grupo José, que no dejaba de mirar atrás, como si esperara que María apareciera de pronto y les siguiera. La luz que la vela proporcionaba solo podía calificarse de patética. Avanzaban sumidos en la penumbra, acariciando con la palma de las manos las paredes para no caer.

—¿Cuántos pisos tiene esta casa? —preguntó José en un susurro.

—No tengo ni la menor idea —dijo Antonio—. Ni tampoco sé si encontraremos una entrada a la azotea, ni si estará abierta, ni si la chica estará arriba con ese ángel. No lo sé.

—Ya —dijo José—. Lo siento.

—Cerrad la boca y subid —dijo Lázaro—. Ya sabíamos que esto era absurdo.

Se detuvieron en uno de los descansillos que se abría a un pasillo plagado de puertas. Antonio se había parado y miraba al pasillo, trataba de apartar la negrura que lo inundaba con la débil luz de la vela, que apenas iluminaba unos centímetros a su alrededor.

—Estamos en el tercer piso —dijo Lázaro.

—¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó José.

—He oído algo —susurró Antonio, y les indicó con gestos que hablaran más bajo.

Escucharon.

—Aquí no estamos en condiciones de enfrentarnos a nada —dijo Lázaro.

Oyeron un chasquido. A lo lejos, en el pasillo. Después algo que se deslizaba, un roce. Una luz. Vieron cómo un rostro asomaba al pasillo. Una mujer mayor les miraba con tristeza. Llevaba en la mano un candil que iluminaba su cara y parte de la bata morada que vestía. José no estaba seguro de que la anciana pudiera verlos. Ni siquiera estaba seguro de que ella estuviera realmente allí. Esperaron en silencio, conteniendo la respiración. No sabían qué hacer. ¿Hablar con la mujer? ¿Delatar su presencia con la esperanza de obtener algo a cambio? ¿Permanecer en silencio hasta que se marchara?

No tuvieron que tomar ninguna decisión. La mujer desapareció en el interior de su casa, cerró la puerta. La luz desapareció.

—Estaba… viva —dijo Antonio.

—Aunque no parecía que le quedara mucho —dijo Lázaro.

—Tendríamos que ir hasta allí, hablar con ella. Quizá viva más gente en este edificio, quizá…

—No tenemos tiempo ahora —dijo José—. Debemos buscar a María.

Dudaron apenas unos segundos, continuaron ascendiendo. La oscuridad impenetrable de las escaleras agobiaba a Antonio. Jadeaba. Demasiado. Se detuvieron en el descansillo de la sexta planta. La vela estaba prácticamente consumida. Antonio la apagó definitivamente y durante unos segundos interminables el mundo se fundió a negro. La llama temblorosa de una cerilla prendió dos velas.

—Se me ha caído una vela —dijo Antonio.

—Da igual —dijo José.

—¿No habéis pensado que es posible que nos encontremos en el camino con algún resucitado? —dijo Lázaro.

José no pudo controlar una carcajada histérica. Antonio agitó la cabeza a un lado y a otro.

—Vete a tomar por el culo, cabrón.

Por lo que habían estimado desde el exterior al observar la vertical de las ventanas el edificio no podía contar con más de nueve pisos, por lo que el final del camino estaba cercano. Ascendieron los últimos tramos espoleados por las palabras de Lázaro, prácticamente a la carrera. En la última planta, la novena, el pasillo se abría en dos sentidos. En uno de ellos las puertas de los pisos, en el otro una puerta metálica, de color metalizado, que abrieron simplemente empujándola.

—No puede ser tan fácil —dijo Antonio.

—¿Por qué no? —preguntó José.

Se internaron en un pequeño pasillo que terminaba en unas escaleras de mano. El acceso a la azotea. Sobre ellos se cerraba una trampilla que antaño había estado sellada con un candado. Ahora el candado yacía en el suelo, a sus pies, abierto. No eran los primeros que subían a la azotea. Tampoco era extraño, era lógico que los vecinos hubieran subido cuando se abrieron los cielos.

—Habrá que subir —dijo José.

—Tú primero, héroe —respondió Lázaro.

José agarró con ambas manos los asideros de la escalera. Estaban helados. Subió sin pensarlo, apenas un puñado de escalones. Cuando alcanzó la cima empujó la trampilla con una mano. Se abrió con facilidad, permitiendo la entrada a la luz del sol, cegándole. A pesar de ello salió al exterior, a la azotea. Lázaro y Antonio le siguieron.

No estaban preparados para lo que vieron.

La contemplación del ángel los dejó paralizados. La criatura exhibía impúdicamente su cuerpo desnudo, de espaldas a ellos, con sus enormes alas blancas

desplegadas. La piel de su cuerpo era negra como el carbón y brillaba bajo la luz del sol como si miríadas de luciérnagas la recorriesen de arriba abajo. El ángel no demostraba ser consciente de su presencia: se limitaba a permanecer allí, de pie, sobre el suelo de piedras de la azotea, mirando al cielo.

María estaba a su lado, acurrucada en posición fetal. Tampoco parecía haber advertido la llegada de sus salvadores, caballeros improvisados que habían ascendido hasta las almenas del castillo superando todos los horrores para enfrentarse a su dragón particular. Ella tenía los ojos cerrados, como si estuviera dormida. O muerta. José dio un paso sobre la gravilla. Sus zapatillas provocaron un caos de crujidos inesperado, el héroe envuelto en su armadura de plata caminando sobre una alfombra de huesecillos. El ángel no se inmutó. Nunca lo hacían. Para ellos los seres humanos eran insignificantes, les costaba enfocarlos, hacerlos partícipes de su realidad privada.

—Esto es una locura —dijo Antonio.

Sudaba. Empuñaba la escopeta con torpeza, más como una garrota que como un arma de fuego. Si dependían de su valor, de su puntería, estaban perdidos. En cualquier caso no tenían muy claro qué efecto podía tener sobre un ángel el impacto de una bala. No se trataba de una perdiz, ni siquiera de un cervatillo. Era uno de los ángeles de Dios. Un ser supremo.

—¿Está viva? —preguntó Antonio.

José hizo varios aspavientos para que se callara. Para que le dejara pensar qué iba a hacer ahora. Claro que estaba viva, si no el ángel ya se habría marchado. Dio otro paso y Lázaro le siguió. Antonio se mantuvo alejado, incapaz de moverse. Aquella monstruosidad alada le aterraba. Alzó la escopeta, apuntó al conglomerado de plumas que brotaba de su espalda, a su nuca. Bajó el arma. Era absurdo, ese arma no serviría para nada, ni para espantar a un querubín. No tenía sentido engañarse. Se encargaría de mantener la puerta de la azotea abierta, por si sobrevivían y volvían sobre sus pasos. Esa sería su labor, sí. Que Lázaro y el chico hicieran lo que creyeran conveniente, él no iba a dejarse matar.

—Espera —dijo Lázaro, sujetando el brazo de José.

El ángel había movido la cabeza. Más bien la había dejado caer hacia delante, como si los músculos del cuello hubieran sido seccionados de repente. Ante la mirada atónita de los hombres, remontó el vuelo. Lo hizo casi con desgana, con un furioso batir de alas inicial que se transformó en un suave aleteo en cuanto dejó atrás la azotea. El aire llevó hasta las fosas nasales de los tres hombres una vaharada del olor de la criatura, una mezcla desagradable y al mismo tiempo atractiva. Con los sentidos confundidos, ajenos a los desplazamientos del ángel en el cielo, José corrió hasta caer de rodillas junto a María, en el borde de la azotea. Ella seguía tumbada, sin moverse, abrazando sus rodillas con sus manos.

—María —dijo José.

Ella abrió los ojos, le miró. Tenía los ojos enrojecidos, hinchados. ¿Qué le había hecho aquella cosa? ¿Qué horrores había tenido que sufrir? José acercó su mano a la cabeza de María. Con timidez, preparado para aceptar el rechazo. Ella permitió que le pasara los dedos por el pelo. Estaba empapado. Su cabeza, todo su cuerpo, temblaba. Lázaro se acuclilló junto a José, manteniendo una distancia prudencial con María.

—¿Cómo está? —preguntó Lázaro.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó José.

María cerró los ojos, se meció sobre la grava.

—Nada.

—¿Nada? ¡Por Dios, te ha llevado por los aires hasta aquí! ¿Qué quería? —gritó José.

Antonio se mantenía junto a la puerta de la azotea. Quería caminar hasta allí, ofrecerle a María su mano. Escucharla. Pero no quería que ella le viera así, tan débil, tan aterrado. No, para ella él debía ser un hombre. Un héroe. Desde donde se encontraba podía oír los gritos de José, pero no lo que murmuraba María, lo que Lázaro decía. Durante un segundo pensó que podrían estar burlándose de él. De su debilidad. Como a veces hacía su mujer cuando se reunía con sus amigas. Ella se creía que no lo sabía, claro. Ella, la más lista. Algún día hablaría largo y tendido con ella y le explicaría las cosas claras. Le diría quién mandaba en casa. Algún día. Si volvía a casa. Si ella volvía. Oh, ¿qué le había hecho a su mujer?

—Nada —repitió María—. No me ha hecho nada. Quería decirme algo.

—¿Quería hablar contigo? —preguntó Lázaro.

—No —dijo María—. Quería decirme algo. Quería decirme que estoy embarazada.

María liberó sus rodillas, se quedó tumbada sobre la gravilla de la azotea con los brazos y las piernas extendidas. Se mantuvo en la misma posición durante varios minutos, acompañada por el silencio incómodo de los dos hombres que estaban a su lado. Después se incorporó al mismo tiempo que José y Lázaro lo hacían.

—Estoy embarazada, eso me ha dicho. Pero es imposible.

—Tampoco nos debes explicaciones —dijo Lázaro.

—No. Pero es imposible —repitió María, mirando a José—. Desde que mi padre me violó no he vuelto a acostarme con ningún hombre. No puedo estar embarazada.

María dejó atrás a los dos hombres, fue hasta donde se encontraba Antonio.

—Vámonos de aquí —dijo.

Antonio la siguió sin pronunciar palabra.

19
José 1:4

El coche está en la cuneta. José está dentro, sostiene el móvil junto a su oreja aunque hace ya varios minutos que su padre ha colgado. José está llorando. Los vehículos circulan por la autovía a más de cien kilómetros por hora. Al pasar a su lado los ocupantes giran por un instante la cabeza, curiosos. Les gustaría saber qué le ha ocurrido al joven que conduce ese coche rojo, por qué se ha visto obligado a detenerse pero no ha salido todavía de su interior. José no es consciente de la atención que despierta. Está asimilando la noticia que acaba de recibir. Ahora mismo tiene la mente en blanco. No puede pensar con claridad.

Un camión pasa junto al coche y hace sonar su bocina. José se sobresalta, deja caer el móvil. Mira por la ventanilla y tarda unos segundos en recordar dónde se encuentra. Está en la autovía, varado en un lateral, de camino a Alicante. A menos de ciento cincuenta kilómetros de Madrid. Ha salido hacia Alicante muy pronto, esta mañana, en cuanto se ha levantado. Ha estado posponiendo este viaje mucho tiempo, apoyándose en elaboradas excusas para justificarlo. Ahora ya no necesitará volver a hacerlo. Ahora que ha decidido realizar el viaje ya no tiene sentido hacerlo.

Recuerda la última conversación telefónica que mantuvo con su abuela. Una llamada a destiempo realizada a su padre cuando pensaba que ya había salido del hospital. Sorpresa cuando le dijo que estaba en el cuarto de la abuela, que si quería podía hablar con ella. Ya no había marcha atrás.

—Hola, Mami —José siempre llamaba Mami a su abuela—. ¿Cómo estás?

—Me muero. Me muero —su respuesta le hizo colgar, sin más.

No podía enfrentarse a ello. No podía. Cuando sus padres le dijeron que se acababa el tiempo, que debía venir a Benidorm cuanto antes, que las excusas se habían acabado, lloró. No quería ver a su abuela allí, demacrada, sufriendo, atiborrada de medicamentos para soportar el dolor que le causaba el cáncer que la consumía. No quería abrazarla porque temía que se rompiera, que muriera en sus brazos y que le matara al hacerlo. Quería recordarla tal y como era, llena de vida, de amor, de buenas intenciones. No así. No así.

El coche está en la cuneta. José deja el móvil en el asiento del acompañante. Abre la guantera y busca un pañuelo de papel. Se seca el rostro. La conversación con su padre ha sido breve, pero demasiado dolorosa. Mami ha muerto. Tú no estabas allí. José no tiene excusas. Debe aceptar que ha fallado a su abuela cuando más le necesitaba. No le importa nada de lo que piensen sus padres. Ni sus tíos. Ni nadie. Lo único que le importa es lo que ha pensado su abuela de él estos últimos días. Al menos su abuelo ya había fallecido hace unos años. Un infarto. Allí no tuvo problemas en aparecer. Su abuelo no le importaba nada, como sus padres. Solo su

abuela. Y la ha perdido. Y le ha fallado.

José arranca el coche. Tarda varios minutos en volver a la autovía. Circula durante varios kilómetros con la mente en blanco. Conduce a demasiada velocidad. Está desesperado. No sabe qué debe hacer. Las obligaciones le superan. Se hace cientos de miles de promesas estúpidas, promesas que solo viven en su cabeza. Nunca volveré a fallarle a nadie. Siempre estaré al lado de los que me necesitan. Nunca abandonaré a los demás. Piensa en su novia, está embarazada de seis meses y están pendientes de concretar el día de la boda. A ella no le fallará. Jamás. A ella nunca le fallará.

Jamás.

Se desvía en el primer cambio de sentido que encuentra, vuelve a Madrid. Con los suyos, con su verdadera familia. Una vez muerta su abuela, José ha perdido todos los lazos que le unían con sus padres. Con su hermano. Lo único que desea ahora es volver a casa, con su novia. Con la que será su mujer. Tendrá que invitar a sus padres a la boda, claro. Y a su hermano. Con el resto de parientes no se siente obligado. No le preocupa que la mayor parte de los invitados sean familiares de ella, qué más le da. Lo que le importa es su presencia, la seguridad que ella le proporciona, la estabilidad que le ofrece el próximo nacimiento de su primer hijo. Una niña. Le ama, le ama más de lo que ha amado a nadie en su vida. Adora cada pequeño detalle que da forma a su mujer, y nada de lo que ocurra lo podrá cambiar.

20
Antonio 1:4

Antonio trabajaba en una inmobiliaria. Antes de que el mundo se desmoronara Antonio acudía todas las mañanas a su puesto de trabajo. Todas. Había llegado varias veces con fiebre, enfermo, pero nunca se había quejado. Si se veía obligado a pasar por la consulta del médico lo arreglaba para no tener que ausentarse de la oficina. Prefería perder la hora y media que tenía asignada para comer a faltar de su puesto un solo minuto. Antonio era la viva imagen de la responsabilidad, del trabajador que adora lo que hace y respeta a sus compañeros y a sus superiores.

Antonio había invertido muchos años de su vida en fabricar esa fachada. Llevaba más de veinte trabajando allí y era uno de los empleados más antiguos. Le regalaron un reloj caro en su décimo aniversario. Lo recordaba con más cariño que el crucero por las islas griegas que hizo con su mujer en el veinticinco aniversario de su boda. Para Antonio el trabajo era su vida. Fuera de él no era nadie. La gente podía permitirse el lujo de burlarse de él en la calle, en los restaurantes, incluso en su propia casa. En el trabajo le respetaban. Los profesionales que querían medrar en la inmobiliaria le escuchaban con atención, le trataban con respeto, procuraban acercarse a él para obtener su favor. Antonio se sentía importante, poderoso.

Pronto descubrió que podía ir un paso más allá.

Sucedió de forma casual, no premeditada. Una de las chicas nuevas, cuyo nombre no recordaba, se quedó hasta tarde trabajando. Cuando cayó la noche y él recogió sus cosas y se preparó para volver a casa, ella todavía estaba allí. Quiso ser cortés, preguntarle si necesitaba ayuda. Ella estaba desesperada, no lograba que le cuadraran los números. Trabajaba en un informe sobre uno de los distritos de los que él era responsable. Ella no estaba acostumbrada al trabajo de oficina, la habían contratado como comercial y allí era donde se desenvolvía con maestría. Gran parte del trabajo de campo, en opinión de Antonio, lo tenía hecho con su belleza. Era hermosa. Quizá un poco delgada para su gusto, pero sin duda atractiva, una mujer de las que llama la atención. Antonio se mostró solícito. La chica llevaba poco tiempo allí; cuando supo que era a él a quien tenía que entregar el informe se puso más nerviosa.

Antonio, en un arrebato, la invitó a cenar. Ella no dudó en aceptar.

Esperó fuera a que ella terminara de recoger sus cosas. Cuando salió la condujo a un pequeño restaurante italiano junto a la oficina. Desde el primer momento él se mostró como un jefe agradable, comprensivo pero distante. No sabía exactamente qué estaba haciendo. No sabía qué le diría a su mujer. Pidieron vino, Lambrusco rosado. Después de cenar un licor. Ella le dijo que mañana por la mañana trabajaría en el informe, que lo terminaría. Él le dijo que era importante, que tendría que dedicarle toda su atención. Fueron a un bar, ella pidió una copa, él un café. Era un sitio

tranquilo, se sentaron en unas butacas junto a una mesa baja. Al lado dos mujeres que habían superado hace tiempo la cuarentena jugaban torpemente al billar. Ella le dijo que este era su primer trabajo, que no quería perderlo. Que si lo perdía tendría que dejar la casa de alquiler donde vivía con otras dos amigas, volver con sus padres. No soportaba a sus padres.

Él apoyó su mano sobre la de ella, le dijo que no se preocupara. Ella lloró. La acompañó hasta un taxi y se despidió con un abrazo. Sabía que podía haber ido más lejos, que podía haber sido suya si la hubiera forzado un poco más. Saberlo le hizo sentirse poderoso. Importante. Volvió a casa paseando, más de media hora por calles bien iluminadas, de madrugada. Se cruzó con jóvenes de fiesta, con parejas acarameladas. Algunos le miraron, sonrieron, pero a Antonio no le importó. Había dado un paso más en su trabajo, un paso que le proporcionaría grandes momentos si sabía cómo manejar la situación.

Se vieron a la mañana siguiente en el trabajo, claro. Antonio le reclamó los informes a primera hora, ella abrió los ojos como platos, mostró su mejor cara de asombro. Hizo como que no entendía, pero Antonio sabía bien que lo hacía. Le dijo que viniera a verle a su despacho. Por primera vez se alegró de tener un despacho cerrado, separado de la pradera, como llamaban a la planta diáfana donde se encontraban los puestos de los comerciales, aislados unos de otros por mamparas grises de un metro de alto. Ella hizo ademán de levantarse, él le dijo que viniera después, un poco antes de la hora de comer, con el informe preparado. Lo dijo delante del resto de comerciales, que se miraron y dieron gracias por no ser ellos los que eran objeto de la atención de Antonio.

Ella entró en el despacho de Antonio justo cuando él se lo había solicitado.

—Cierra la puerta —le dijo.

Ella obedeció.

—Le he enviado el informe por correo —dijo—. También he impreso una copia.

—Bien. Dámela.

Antonio se mostró severo. Duro. Sabía cómo tratar a las mujeres. Repitió ese mantra durante los diez minutos que simuló estar leyendo el informe. Cuando levantó la vista ella todavía permanecía de pie. No se había atrevido a sentarse, la pobre. Se mordía (o se chupaba, vete tú a saber) las uñas de la mano izquierda. Antonio sintió la erección en sus pantalones. Las dudas revoloteaban sobre su cabeza como abejas enfurecidas. Ella podría rechazarle, claro. Incluso denunciarle por acoso. Podría haber estado jugando con él. Nunca antes había hecho una cosa así, ¿qué pasaría si todo salía mal? Su mujer le mataría. Al fin y al cabo, era la palabra de ella contra la suya. Y ella necesitaba el trabajo.

Convencido de que todo saldría como esperaba, amontonó las hojas del informe a un lado, colocó sus manos bajo su barbilla y miró fijamente a la joven.

—Esto no va a ser suficiente. Voy a necesitar un extra para no despedirte.

Le sonó tan idiota, tan ridículo, que tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no venirse abajo y echarse a reír. Viejo verde. No tenía autoridad. No podía funcionar algo tan estúpido, tan de película barata americana. Lo había visto cientos de veces en el cine y le había parecido vergonzoso. ¿Qué mujer aceptaría mantener su trabajo por sexo ocasional con su jefe? Ese tipo de cosas solo ocurrían en las películas.

Ella se echó a llorar. Desconsoladamente.

Después solo preguntó qué tenía que hacer.

21
Lázaro 1:3

Lázaro despertó. Le ardía la boca. Quiso gritar, pero las cuerdas vocales no le respondían. Abrió los ojos y la luz le quemó. Estaba tumbado, cubierto por una sábana. Tenía frío, un frío que le quemaba el alma. Trató de levantarse, pero la sábana le retenía. Gritó de nuevo, un grito silencioso, terrible por su ausencia. Una mano se apoyó en su brazo, otra en su frente. Movió la cabeza a un lado y a otro para alejarlas. No quería que le tocaran. Le dolía.

Se sintió levantado en el aire. Sus ojos parpadearon, lloró. Oía voces a su alrededor, un murmullo apagado que se convertía poco a poco en un griterío insoportable. ¿Dónde estaba? ¿Qué querían de él? Miró al suelo, huyendo del sol que le atormentaba. Deseaba gritarles a todos que se alejaran, que le dejaran en paz, que le dejaran morir. Morir. ¿Acaso no había muerto? Se tambaleó, incapaz de sostenerse por su propio pie. Manos férreas le sujetaron, le ayudaron a caminar. El griterío era ensordecedor. Antes no había sido capaz de oírles, ahora sus voces le torturaban.

De nuevo le alzaron, le llevaron en volandas. Lázaro sintió la fragilidad de su cuerpo, el dolor en cada poro de su piel que entraba en contacto con otros cuerpos. Cerró los ojos, se concentró en los sonidos. Reconocía las voces, las palabras. Hablaban de milagros, hablaban de él. Abrió los ojos de nuevo. Ya podía tolerar la luz. La comitiva se detuvo frente a una pequeña casa. Era la casa de sus padres. Cuando las manos le soltaron Lázaro cayó de rodillas al suelo. Gritó, y el grito salió de su boca e hizo que los congregados alrededor dieran un paso atrás. Su madre estaba allí, frente a él, y un segundo después le abrazaba y le besaba y daba gracias.

Lázaro gritó, gritó de nuevo. Después lloró mientras su madre se aferraba a él con todas sus fuerzas. Los que le vieron dijeron que sus lágrimas no se detuvieron en ningún momento mientras estuvo abrazado a su madre. Los que le vieron narraron la historia dándole el protagonismo que merecía al Mesías, y obviaron la figura de Lázaro más allá de su resurrección.

Así deseaba recordarlo Lázaro. Así quería que fuese. El Hijo de Dios a su lado, devolviéndole la vida, llevándole con su madre. En algunos evangelios apócrifos que había tenido la posibilidad de consultar en sus distintas presencias –en ocasiones se resistía a utilizar la palabra vida, o reencarnación– en la realidad mencionaban el emotivo reencuentro de Lázaro con su madre, dotando de más fuerza a su resurrección. En otros simplemente lo obviaban. La Biblia más conocida, la que había sido legada y modificada y dirigida a través de los siglos, apenas le dedicaba unos versículos y le condenaba a un entierro previo de cuatro días.

Lo peor, sin embargo, era la leyenda, la que le otorgaba una vida posterior a su resurrección en Chipre, o en la Galia. Por supuesto no recordaba nada de esas

posibles vidas. No recordaba nada de su presunta resurrección. No recordaba a Jesús, su supuesto amigo.

Solo recordaba los horrores a los que su inmortalidad fragmentada le condenaba. Su presencia siempre venía precedida de un horror, de un holocausto, como si el único camino que existiera para que tomara forma corpórea, para que viviera, fuera rodeado de muerte. Había despertado en cientos de ciudades distintas, en pueblos olvidados y abandonados por sus habitantes, en desiertos, en islotes perdidos en el océano. En todas y cada una de las ocasiones, en menor o mayor medida, la tragedia le rodeaba. Siempre. Lázaro había reflexionado mucho sobre ello en los breves fragmentos de existencia que había disfrutado. Si tuviera que identificarse con un personaje bíblico, no sería con ese Lázaro resucitado que no era más que una nota a pie de página. No, cada vez se veía más cerca de los jinetes del Apocalipsis.

Cada vez que volvía a la vida, lo hacía en una época posterior a la anterior. A veces apenas unos días después, otras tras largos años de ausencia. No era, por tanto, un viajero del tiempo. Simplemente vivía una vida eterna plagada de ausencias, pero una vida tan lineal y absurda como la del resto de seres humanos. Le costaba ubicar la primera vez que había resucitado, pero sus recuerdos más antiguos –al menos los que lograba traer a su memoria en los breves momentos de vida– nunca iban más allá de la baja Edad Media, lo que le inquietaba.

Algo que también le perturbaba era su aspecto. Siempre era el mismo Lázaro, transcurriera el tiempo que transcurriera en ese plano de la existencia. No envejecía, no rejuvenecía (si aquello fuera posible). Se limitaba a vagar como un aparecido por el escenario de horror que le había sido concedido, sin saber qué hacer, capaz de comprender idiomas que nunca había hablado, capaz de, poco a poco, recordar lo que era, recordar la maldición de su existencia. Para Lázaro aquella inmortalidad malsana debía, antes o después, derivar en locura. Quizá ya estaba loco y no lo sabía, aunque muchas veces había oído que los locos no eran capaces de cuestionar su locura.

A pesar de la memoria fragmentada, a pesar de la locura de sus apariciones, había algo que permanecía fijado en sus recuerdos, algo que le acompañaba siempre en sus viajes temporales. En realidad eran dos cosas, inmutables fuera la época que fuera a la que se viera arrastrado por los absurdos designios de alguien o algo sin conciencia.

La primera era su nombre. En cuanto abría los ojos y era consciente de que estaba, otra vez, vivo, su nombre brillaba como hogueras en invierno en su mente. Lázaro. No sabía quién se lo había otorgado, no sabía lo que significaba, pero él era Lázaro, y a los ojos de los creyentes, siempre lo sería. El resucitado. El inmortal. Lázaro. Cuando había despertado en lugares donde la fe católica no existía o había sido erradicada, seguía siendo Lázaro, por mucho que ello careciera de significado. Lázaro, cuyos orígenes se perdían en las brumas desfiguradas de su mente, era su nombre, y nada podría cambiarlo.

La segunda cosa que convivía con él en todas las épocas era el hambre. Un hambre enrarecida, enfermiza, que cuando era satisfecha le permitía hilvanar sus ideas, ampliar sus recuerdos, volver a sentir que poseía una identidad completa, un yo que si perduraba el tiempo suficiente en esa reencarnación o lo que fuera y se alimentaba regularmente, llegaría a completar. Esa búsqueda de sí mismo siempre se interrumpía, bien porque algo provocaba su muerte, bien porque lo aberrante de su hambre le impedía continuar alimentándose. Porque, que el destino maldijera a aquel que le había traído de vuelta, su hambre era la peor de las maldiciones. Se había alimentado de niños pequeños en islas perdidas del Pacífico, de enfermos terminales en las inmediaciones de Chernobyl, de judíos agonizantes en Auschwitz, de mujeres a las que previamente destripaba con sus propias manos en el Londres victoriano.

El hambre siempre estaba allí, los recuerdos de lo que había hecho anteriormente llegaban después, siempre confusos, siempre aterradores.

Pero, a pesar de todo, eso era él.

La confusión.

El miedo.

Y, por encima de todo, el hambre.

22
Embarazada

Desde la azotea habían observado a los ángeles que se congregaban en las inmediaciones de la Avenida de América. Continuaban allí, expectantes, y era allí hacia donde ellos se dirigían.

Sentados sobre la alfombra roja que se desplegaba desde la entrada del edificio hasta las escaleras, los tres hombres y la mujer comían en silencio. Antonio había sacado de su maleta varias latas de calamares en salsa americana y una botella de agua. Comían lentamente, trocito a trocito, utilizando la comida como una excusa para disfrutar de un momento de intimidad. José ardía en deseos de someter a María a un tercer grado, Antonio meditaba sobre qué debería hacer para recuperar su imagen de hombre protector ante ella.

Lázaro simplemente esperaba. Deseaba marcharse de allí, abandonar a aquel grupo de perdedores que le exasperaba. Sin embargo la historia de aquella chica era perturbadora. Debía estar mintiendo, claro. Aún así, le fascinaba la posibilidad de haber asistido como espectador inesperado a una nueva Anunciación. Había leído tantas veces la Biblia que la posibilidad de estar viviendo otro pasaje distinto al maldito Apocalipsis que le acompañaba a cada paso que daba le relajaba. Desde luego la chica podría estar mintiendo. De hecho era lo más probable. Sin embargo había algo en el aire, algo que le decía que ahora era tiempo de milagros y que cualquier cosa podía ocurrir. Si él estaba allí, si los ángeles estaban allí, quizá esta nueva María albergaba en su interior la respuesta a todo lo que estaba ocurriendo.

María terminó su lata, se levantó. José se incorporó al instante, pero ella le detuvo con un gesto de su mano.

—Me gustaría estar sola un momento —dijo mientras se internaba en las sombras del edificio.

—Puede ser peligroso —dijo José.

—Voy a mear —dijo ella para cerrar la conversación.

José se sentó de nuevo, bajó la cabeza y se concentró en comer su parte.

—Tranquilo, chico, estas cosas llevan su tiempo —dijo Lázaro.

Lázaro no había probado la comida. Había jugueteado con el tenedor, revolviendo los trozos de calamar, formando figuras con ellos que solo él podía interpretar. Tenía hambre, cada vez más. Debía comer si no quería volverse loco. Ya le había pasado en otras ocasiones, y todo había acabado mal. Muy mal. Podía ser muy desagradable si no devoraba el castigo que aquel Dios enfermo le había asignado como comida.

—Necesito que pasemos por una farmacia —dijo María desde las sombras.

—¿Estás bien? —preguntó José cuando ella apareció.

Se la veía desmejorada desde su encuentro con el ángel. Era tan frágil que daban

ganas de abrazarla.

—Perfectamente. Quiero confirmar que estoy embarazada.

—¿Y para qué vamos a una farmacia? —preguntó Lázaro.

—A por una prueba de embarazo, imagino —dijo José.

María asintió.

—Se me ha ocurrido mientras meaba.

Antonio abrió la boca para decir algo pero se lo pensó mejor. No era el momento de reprocharle a María su grosería al hablar. Ya encontraría la ocasión propicia. Se levantó y se dedicó a recoger los cubiertos de los demás. Los limpió con una servilleta de papel y los guardó de nuevo en la maleta.

—Algún día tendrás que contarme cómo se te ocurrió lo de la maleta —dijo María.

Estaba tan cerca de él que se sintió incómodo. De nuevo varias respuestas bailaron en la lengua de Antonio, pero optó por sonreír y no decir nada. Todavía tenían mucho tiempo para conocerse mejor. El camino hasta la casa de sus padres era corto, pero sabía que tendrían que avanzar con cautela y no descartaba posibles encuentros con ángeles o resucitados. Todo ello le permitiría acercarse a ella, hablarle de sus virtudes. Conquistarla. Hasta le acompañaría a la farmacia y le ayudaría a comprobar si estaba embarazada si ella se lo pedía. Le gustaría verla en cuclillas, sin pantalones ni bragas, orinando sobre una de aquellas cosas de plástico. Antonio agitó la cabeza como si su mente fuera un *telesketch* y pudiera borrar la suciedad que albergaba con ese movimiento. María invitaba a tener esos pensamientos. Seguro. No era cosa de él, seguro que otros hombres, al mirarla, habían pensado cosas similares.

Antonio cerró la maleta y siguió a María de camino hacia la puerta, hacia la luz. En el interior del edificio, en la penumbra, en el silencio que albergaban sus paredes de cemento y que con tanta serenidad habían compartido, se había sentido seguro. Al salir al exterior volvió el pánico. Miró al cielo, temiendo que apareciera una de esas criaturas aladas. José le tocó en el hombro, llamó su atención.

—Mira —le dijo—. Perros.

Así era. Un puñado de perros maltrechos, abandonados, pululaba entre la maraña de vehículos que inundaba la calle María de Molina. Olisqueaban, miraban alrededor con temor. Cuando les localizaron varios de ellos ladraron, pero no había amenaza en sus ladridos, más bien alegría.

—¿Son peligrosos? —preguntó María.

—No lo creo —dijo José.

—Más nos vale no fiarnos —añadió Antonio.

Los perros avanzaban desperdigados, sin formar realmente una manada. Contaron una docena, entre ellos un *rottweiller* que caminaba con la lengua fuera y la cabeza agachada, mirando al suelo. No sabían cuánto tiempo llevaban perdidos, sin amos que

los alimentaran, vagando por las calles en busca de comida. No sabían de qué se habían alimentado hasta entonces, pero podían sospecharlo por sus bocas ensangrentadas y sus miradas perdidas. No todos los resucitados podían caminar con la misma facilidad. Algunos ni siquiera podían hacerlo.

Antonio apuntó con su escopeta al más osado de todos ellos, un pastor alemán que se acercaba a paso vivo, serpenteando entre los coches. Se detuvo a unos metros, alzó la cabeza, ladró. No era un ladrido agresivo, era más bien un ¿qué tal estamos?

—Echaos a un lado —dijo José—. Dejemos que continúen su camino.

Así lo hicieron. Los perros pasaron a su lado en oleadas. Algunos se volvían, les miraban. Algunos ladraban. Ninguno se acercó lo suficiente para que lo consideraran peligroso. Los animales no continuaron por María de Molina, se desviaron por la primera calle que cruzaron. Parecían seguir un camino marcado. Los perdieron de vista en unos instantes. Todos se sintieron más cómodos cuando el último de ellos desapareció.

—En marcha —dijo Lázaro, y todos le siguieron.

Llegaron sin contratiempos al cruce con Príncipe de Vergara. Allí los autobuses volcados y los vehículos apilados sobre ellos formaban una improvisada barrera de varios metros de altura. Aquí grupos de supervivientes habían defendido su posición de los ataques de un enemigo inidentificable. ¿Resucitados? ¿Ángeles? ¿Qué importancia tenía? La barrera bloqueaba el acceso desde la calle María de Molina. Los vehículos habían sido arrastrados y empalados contra los edificios. La única forma de cruzar la muralla sería escalándola si no encontraban un camino alternativo.

—¿Podrás pasar por encima? —le preguntó José a María.

—No seas imbécil. Estoy embarazada, no inútil.

El ascenso no ofrecía demasiadas dificultades. Lázaro fue el primero en alcanzar la cima, escalando con rapidez, buscando apoyos en ventanillas abiertas, llantas desgarradas y parabrisas quebrados. Se volvió una sola vez para ofrecer su mano a María. Ella prefirió subir sin ayuda.

—¿Y la maleta? —preguntó Antonio desde abajo.

—Olvida la maleta —dijo José, encaramándose al primer peldaño de metal y gasolina—. Ya estamos muy cerca.

—¿Cerca de dónde? —preguntó Antonio, reacio a dejar atrás lo que consideraba su tesoro privado.

Mientras los demás ascendían él abrió la maleta. Le costó decidir qué debía llevar consigo. Munición. Algo de comida. Uno de los libros que había guardado entre sus camisas. Sudaba. Estaba tan enfrascado en la búsqueda que no fue consciente de la llegada del perro hasta que fue demasiado tarde. Era grande, negro, un mastín. Se abalanzó sobre la maleta entre gruñidos y jadeos, con la boca abierta, amenazador. Antonio cayó de espaldas, quedó apoyado contra el muro de coches. El perro forcejeó

con sus dientes, hundió el hocico en la maleta. Antonio cogió su escopeta, apuntó. Entonces apareció el segundo perro.

—Será mejor que subas —dijo José desde arriba.

Antonio asintió con un movimiento de cabeza, sin mirarle. Subir. Ahora. Se volvió y comenzó su escalada. La escopeta le dificultaba el ascenso. Sudaba. No eran más que unos metros pero no estaba en forma. Y estaba aterrado. Oyó un ladrido a sus pies y sus dedos se negaron a aferrarse al metal. Durante un segundo, quizá menos, estuvo flotando en el vacío. Después sus manos encontraron un nuevo asidero y su corazón volvió a latir.

—¡Cuidado! —dijo José tan tarde, tan a destiempo, que Antonio se sintió irritado.

Malditos perros. No le iban a hacer nada. Perro ladrador, poco mordedor, eso decían. Aunque estos no habían ladrado apenas. Malditos perros. José le tendió la mano y Antonio la aceptó. Se quedó de rodillas sobre la improvisada muralla de metal, jadeó.

—Tienes que ver esto —le dijo José.

Antonio se incorporó, le siguió. María y Lázaro ya estaban mirando en la dirección que José le decía.

—Oh —dijo Antonio.

José asintió, le apoyó una mano en el hombro.

—Oh —dijo—. Mucho oh.

23
María 1:5

A María le gustaba pensar que, cuando ya no estuviera entre los vivos, su familia seguiría celebrando su cumpleaños como si nada malo hubiera ocurrido. Que se reunirían en casa, o en un restaurante, y llevarían regalos que ella ya no podría recibir. Que cantarían feliz cumpleaños y reirían y brindarían por ella. Así mantendrían vivo su recuerdo. Llevarle flores al cementerio el Día de Todos los Santos no tendría ningún sentido si mantuvieran esa tradición. Sería hermoso, y sus familiares podrían llamar a sus amigos para que la fiesta fuera multitudinaria, completa.

Sin embargo María había dejado de celebrar los cumpleaños muy pronto. La adolescencia le había vuelto reservada, distante. Si cuando era niña era una explosión de hiperactividad, cuando alcanzó la pubertad se refugió en sí misma. La introversión que mostraba llegó a alarmar a sus amigos de siempre, pero no a sus padres. Su madre estaba demasiado preocupada por lo que la estaba ocurriendo a ella misma y agradecía que su hija le proporcionara esos anhelados instantes de paz. Su padre comenzó a mirarla de otra manera, una manera inapropiada, sucia.

Cuando ocurrió lo inesperado, lo terrible, María se culpó. Si en un primer instante su padre era el monstruo y el enfermo, después, cuando llegó la calma lejos del que ya no era su hogar, encontró suficientes indicios para asumir que la culpa era suya. Asumir la culpa le permitió seguir viviendo, pero le alejó de cualquier otra relación. La locura de su relación sexual purificadora con su novio, su posterior aborto, se convirtieron en catalizadores de su rechazo al sexo. Se aisló, se alejó de todos los que le mostraban cariño. Envolver su cuerpo en una coraza se volvió tan natural que pronto se aceptó así: introvertida, lejana, enferma.

Si quería vivir (o sobrevivir, pues ya no podía considerar vida lo que le había dejado su padre) debía hacerlo sola. Y aprendió a hacerlo muy bien. Compartir un piso con extraños resultó ser una de las mejores medicinas. No compartía en realidad nada con ellos, más allá de cuartos comunes y horarios de comida. No hablaba de nada que no fuera el tiempo o trivialidades. Pagaba religiosamente cada mes y por eso la aceptaban. No quería más, no pedía más. Soledad encubierta por la multitud.

El hecho de crecer en el rechazo a los demás la volvió directa en sus conversaciones, desagradable la mayoría de las veces. Ello no le ayudaba a conservar sus trabajos, pero poco podía hacer. Ahora era así, no había vuelta atrás.

¿A quién le importaba? A ella, desde luego, no.

Volvió a quedar con algunos de sus viejos amigos, pero no salió bien. Ella no era la misma, ellos no la querían cambiada. Tampoco sabía de qué hablarles. Ellos tenían sus parejas, sus proyectos de vida. Ella estaba muerta por dentro y agonizaba con la

esperanza de sufrir un accidente, de desaparecer. No lo haría voluntariamente, no le pondría las cosas tan fáciles a su padre. Telefoneaba de vez en cuando a casa, cada vez más espaciadas las llamadas. Si lo cogía su padre colgaba y llamaba de nuevo. Él lo entendía. Su madre no. ¿Cómo podría explicárselo sin destruirla?

Optó por dejar morir todos sus lazos. Por perder cualquier contacto que le pudiera, en un hipotético futuro, causar dolor. Porque antes o después lo harían. Optó por vivir sola hasta que no quisiera vivir más.

Después llegó el día del Juicio Final y todo cambió. O no. Porque viajar acompañada no implicaba relacionarse con sus acompañantes. Así lo había entendido y así se lo había transmitido (quizá no verbalmente pero sí con su actitud) a los demás. Pero ellos no la dejaban en paz. Con sus estúpidas preocupaciones de héroes. Con sus estúpidas necesidades insatisfechas.

24
Lázaro 1:4

La primera vez que Lázaro oyó hablar de los otros se sobresaltó. Siempre había pensado que era único, que la maldición que le mantenía en esa burla de vida era su tarjeta de entrada exclusiva a los clubes del sufrimiento. Que no compartía con nadie aquella inmortalidad no deseada. Por ese motivo saber de la existencia de otros como él, más allá de lo inesperado del hecho, le provocó un amago de pánico.

La primera vez, como no podía ser de otra manera, lo oyó de boca de un hombre agonizante. Atrapado en el fragor de la batalla, con una flecha hundida en su hombro, se dejó caer junto a uno de los soldados derribados. El hombre luchaba por permanecer consciente mientras la sangre se escapaba a borbotones de su estómago, empapando sus ropas, sus botas. Su mano todavía sostenía con fuerza la empuñadura de la espada. Lázaro apretó los dientes para no gritar mientras trataba de extraer la flecha. No logró ninguna de las dos cosas. A su alrededor reinaba el caos más absoluto. Hombres armados con espadas y picas y escudos y lanzas enfrentándose entre ellos. Gritos, golpes. El hedor de la sangre y la muerte en el aire. Lázaro se dejó caer sobre el barro. Oyó el relincho de los caballos heridos.

—¿Quién eres? —preguntó el soldado.

Lázaro temblaba. Había llegado el hambre y reclamaba ser saciada. Miró al soldado, pero no era su carne la que ansiaba. Miró alrededor, desesperado. La sangre brotaba de las heridas que las armas blancas abrían en la carne. Las lanzas se hundían en los torsos, las espadas rasgaban los petos y atravesaban los cuerpos. Lázaro buscó con sus otros sentidos aquello que le saciaría. Para su sorpresa sintió que esta vez el hambre no se apaciguaría con carne humana. En esta ocasión se vería obligado a devorar a los caballos. Se levantó. Una mano enguantada se aferró a su antebrazo.

—¿No vas a devorarme? —preguntó el soldado.

A pesar del hambre, Lázaro se detuvo y prestó atención a las palabras que había pronunciado el hombre herido de muerte. Se agachó junto a él. Vio que el río de sangre desbordado que era su estómago no remitía. No sobreviviría mucho más tiempo. No sabía si él correría la misma suerte. En cuanto le vieran hundir sus dientes en el vientre de un caballo muerto le decapitarían. Su mente volvió a las palabras que había oído.

—¿Por qué debería hacerlo? —dijo Lázaro.

El hombre no pudo mantener su presa, dejó caer el brazo, exhausto. Tosió. Sus ojos miraban al cielo.

—Como… hacen los otros. Los inmortales. Vienen… y comen nuestra carne.

—¿Qué? ¿De dónde has sacado esa idea?

—Mi abuela… nos lo contó. A todos los hermanos. Ella… sabía que volverían.

No todos, algunos. Y tú eres uno de ellos, puedo verlo. Ella… también tenía ese don.

Lázaro retrocedió. No quería estar cerca de aquel hombre. Lo que afirmaba era una monstruosidad. Otros como él, dominados por un hambre ancestral incontrolable. La inmortalidad compartida con otros como él. No podía ser cierto. Aquel hombre debía estar delirando. Sintió la necesidad de reprochárselo, pero cuando quiso hablarle, el hombre había muerto. La sangre seguía manando, pero el color había cambiado. Los ojos del soldado estaban blancos. Lázaro cerró los párpados antes de retomar su camino.

Como había predicho, tratar de alimentarse de la carne de un caballo vivo en la confusión de la batalla no le ayudó a sobrevivir demasiado tiempo en su nueva reencarnación.

Después de aquella primera vez los rumores se hicieron más notorios. No pocas veces era reconocido como uno de los inmortales por alguno de los seres humanos que se encontraba en su camino. Hombres y mujeres por igual caían de rodillas ante él y le suplicaban que les bendijera con el don. Lázaro no sabía cómo explicarles que aquello era imposible, que la tara que había extendido su vida de forma imposible era intransferible, no se podía compartir con nadie. Sin embargo, a pesar del rechazo que sus disculpas provocaba, muchas veces sonsacaba palabras, frases susurradas, que le permitían confirmar lo imposible: no estaba solo. Había otros como él, otros inmortales que bregaban con sus propias maldiciones y luchaban por sobrevivir a su destino.

Lázaro tuvo ocasión de ver a uno de ellos en los campos de concentración que los nazis erigieron durante la Segunda Guerra Mundial. En aquellos años del Holocausto hasta diez veces despertó en lugares distintos que compartían entre ellos el sufrimiento de los hombres. Despertó en el interior de barracones, en fosas comunes bajo centenares de cuerpos en descomposición, en duchas inundadas de cadáveres, en trincheras anegadas de fantasmas en frentes olvidados. Cada despertar en aquella época parecía concebido desde el principio para procurarle una muerte rápida e incómoda. Lázaro lo aceptaba, como siempre aceptaba lo que le deparaban sus vidas.

Si embargo fue en Auschwitz, en el interior de un barracón, cuando tuvo un atisbo de esa otra realidad que desconocía. El hambre le condujo de nuevo hasta el cuerpo derrumbado de un *musselman*. El judío, un despojo sin fuerza para vivir, ni siquiera gritó cuando Lázaro hundió los dientes en su cuello y desgarró la piel. La sangre brotó con desgana y Lázaro abrió la boca para recibirla, una suerte de vampiro improvisado que prefería alimentarse de muertos antes que hacerlo de vivos. Lázaro tardó más de lo esperado en advertir que había un hombre a su espalda. Quiso darse la vuelta y enfrentarse a él, pero un golpe le derribó.

—Maldito seas, aléjate de mi comida —dijo una voz.

Su mente fragmentada se reconstruía mientras la sangre del *musselman* inundaba

su estómago. Aún así fue incapaz de reconocer al hombre que tenía delante. Incluso sus rasgos se le antojaron irreales. Trató de incorporarse y el hombre le lanzó una patada a la cara que le derribó de nuevo al suelo. Sintió un dolor punzante en la mejilla, allí donde la bota había impactado quebrando el hueso.

—Esta es mi comida —repitió la voz.

Lázaro, tumbado en el suelo, dolorido, dejó que el recién llegado se apropiara de su víctima. El hambre había remitido, notaba cómo su mente se configuraba, cómo los recuerdos volvían. Quienquiera que fuese el recién llegado, más allá de la amenaza para su vida que representaba en primer término, era una criatura hambrienta. Como él. Lázaro apoyó un codo en las tablas del suelo del barracón, alzó la cabeza. El intruso, el ladrón de cadáveres, arrodillado junto al *musselman*, bebía con avidez todo lo que Lázaro no había podido beber. De espaldas a él no podía precisar qué tipo de criatura era. Un ser humano, claro, como él. Pero bastaría mirarle una vez a los ojos para saber de qué cosa se trataba. Bastaría una mirada para saber si aquel hombre era inmortal.

Lázaro oyó un quejido. Creyó que provenía del *musselman* hasta que su mente procesó la información y le comunicó con amabilidad que aquel judío ya estaba muerto. Los quejidos se multiplicaron, una sinfonía desencantada que provenía de los camastros. Ya se levantaban trabajosamente algunos cuerpos. Otros les señalaban. Se había encendido una luz débil en una de las literas y el rostro consumido de uno de los prisioneros le observaba con el pánico grabado con un cincel en sus ojos. Pronto dedos huesudos les señalaron, las voces se elevaron y llegaron los primeros gritos. Lázaro se levantó. El otro hombre permanecía atareado, sin prestar atención a lo que ocurría, a lo que estaba a punto de ocurrir. Los judíos no representaban una amenaza real, pero su clamor era presagio de muerte.

—Deja eso. Nos van a matar —dijo Lázaro.

El otro no dijo nada. No le miró. Cuando la puerta del barracón se abrió y entraron los soldados alemanes se limitó a levantarse y gritar y gritar y gritar. Los soldados dispararon. Lázaro recibió el primer impacto en el pecho, el segundo en la cabeza. No tuvo tiempo siquiera de ver el rostro del otro hombre cuando ambos cayeron al suelo.

25
Corriente de condenación

—Oh —dijo Antonio.

Desde la muralla podían contemplar cómo la calle María de Molina se elevaba paulatinamente hasta desembocar en Francisco Silvela. Desde allí hasta la casa de María apenas les separaban unos minutos. Sin embargo el recorrido se presentaba impracticable. Alrededor de la muralla, inundando la calle Príncipe de Vergara, se agolpaba una multitud. Cientos, miles de personas en proceso de descomposición que vagaban en círculos, ajenos por completo a la presencia del resto de fallecidos. Aquí faltaba un brazo, allí el rostro presentaba heridas incompatibles con la vida. Si prestaban atención podían descubrir a niños caminando entre los hombres y las mujeres. Los niños, como siempre, provocaban las peores respuestas emocionales.

María se sentó, dejó que las piernas colgaran sobre la multitud. Las balanceó a un lado y a otro, como una niña traviesa. La marea de carne putrefacta que brotaba de las calles no le prestó atención. Lo único que hacían los resucitados era dar pasos mecánicos siguiendo una ruta prefijada hasta retornar de nuevo a su posición original. En ocasiones, cuando sus caminos se cruzaban, sus cuerpos tropezaban con otros, caían al suelo. Después se limitaban a incorporarse y continuar caminando. Volvían al camino anterior como las hormigas perdidas. Entre ellos no existía un cruce de palabras, una mirada, la más mínima señal de reconocimiento. Dos mujeres permanecían quietas, la espalda apoyada contra la muralla de coches, mirando al vacío. Llamaron la atención de José.

—¿Por qué no se mueven? —preguntó.

—No lo sé —dijo Lázaro—. Pero sí sé por qué están aquí.

—¿Por qué? —preguntó Antonio.

José se sentó junto a María. Sacó de un bolsillo interior de su chaqueta un paquete de cigarrillos, le ofreció uno. Ella, como había hecho anteriormente en varias ocasiones, lo rechazó. José se llevó un cigarrillo a los labios. No hizo ademán de encenderlo, no fumaba. Se limitaba a colocárselo entre los labios y chupar el filtro. Nada más. Le relajaba.

—Están esperando que se abran las puertas del cielo. Están esperando su juicio —dijo Lázaro.

—Entonces estamos cerca —dijo Antonio.

—Define cerca. Es posible que debamos valorarlo desde varios ángulos. No solo importa la distancia, también el tiempo.

José observó a la multitud. Se preguntó si podría reconocer entre la marabunta de rostros a algún amigo, algún conocido. No pudo reprimir un escalofrío al imaginar a su mujer vagando entre los muertos, incapaz de verle. O su hija. María le miró con

gesto hosco, se sumergió en sus propios pensamientos. José sintió deseos de abrazarla, no lo hizo. No estaba preparado para un nuevo rechazo. Se quitó el cigarrillo de los labios, lo dejó caer sobre los muertos. No reaccionaron.

—No hagas eso, hombre. No llames su atención —protestó Antonio.

José no le hizo caso. Los muertos ni siquiera eran conscientes de que estaban allí. Si bajaban y caminaban entre ellos sería distinto, claro. Había visto cómo los muertos se abalanzaban sobre un superviviente y literalmente lo hacían pedazos. Sin razón, sin sentido. Como el mundo en el que vivían.

—Estamos condenados —dijo María.

—¿Condenados? —preguntó Antonio.

—Sí, condenados —dijo María, se incorporó—. Fijaos en ellos. Están esperando a ser juzgados, pero ya están muertos. Nosotros somos los únicos supervivientes. Somos los pecadores. Los condenados. Para nosotros ni siquiera habrá juicio.

—Eso es una chorrada —dijo Antonio.

—Piénsalo bien —insistió María—. ¿Por qué no hemos visto a ningún otro superviviente?

—Sí lo hemos hecho —terció José—. En el edificio, cuando fuimos a buscarte.

María negó con la cabeza, cerró los ojos. No hablar, no ver, no oír. Estaban demasiado cerca para rendirse, no podían permitírselo. Lázaro se acuclilló junto a José.

—Mira allí, ¿qué ves? —le preguntó.

José siguió la línea imaginaria que surgía del dedo índice de Lázaro. Se perdía entre los resucitados a la altura de Francisco Silvela, moría junto a la entrada de Metro de Avenida de América, al lado de una cafetería llamada Hontanares, en la que había tomado alguna cerveza al volver de viaje en autobús desde Barcelona.

—No veo nada. Muertos.

—Es un camino —dijo Lázaro.

José le miró. Estuvo a punto de replicarle, pero volvió a mirar. Con atención. No entendía qué quería decir Lázaro. Por allí no podían avanzar, los resucitados congregados no les dejarían pasar. Miró de nuevo a Lázaro. Y entonces lo comprendió. Se levantó, miró atrás. Antonio le siguió cuando José caminó hasta el lateral de la muralla.

—Allí —dijo.

—¿Allí qué? —preguntó Antonio.

—La entrada del metro —respondió José.

María abrió los ojos, les miró.

—¿El metro? —preguntó.

—Bajaremos al metro, así evitaremos esta multitud.

—Yo no tengo billete, me temo —dijo Antonio—. Y es muy probable que no

vengan muchos trenes.

—Recorreremos los pasillos. Esa entrada también corresponde a Avenida de América aunque esté en Príncipe de Vergara.

—Es un absurdo —dijo María.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Antonio.

Antonio la miró. No pudo sostener su mirada cargada de reproches, de odio.

—Es absurdo —repitió María, pero sin convicción.

—Es nuestro pasaporte al cielo —dijo Lázaro—. Hagámoslo.

José asintió. Antonio hizo lo mismo.

María dudó. Apenas un instante.

26
José 1:5

A José el Apocalipsis le sorprendió en el cementerio. Había bebido demasiado la noche anterior, en parte para olvidar lo ocurrido, en parte para lavar su conciencia. Pero lavar la conciencia con whisky nunca puede ser bueno, y cuando despertó sobre la lápida su cabeza estaba programada para un centrifugado continuo. Abrió los ojos y la luz le mordió las retinas. Se incorporó como pudo. Tenía el pelo revuelto, sudoroso. El sudor resbalaba por su frente, empapaba su camisa. Daba asco.

—Dios —dijo.

Después se dobló entre retortijones y vomitó sobre las flores de plástico que adornaban la tumba. Le dolían los ojos, le dolía la garganta después de vomitar. Sentía un sabor ácido besando sus dientes. Se levantó. Todo daba vueltas. Se sentó en la lápida, miró alrededor. Estaba en el cementerio, de eso no había duda alguna. Le rodeaba un plácido mar de lápidas. Más allá se alzaba una pared de ladrillo repleta de nichos, un expendedor de cadáveres para morbosos. Algunos de ellos estaban vacíos, huecos de muerte que invitaban a entrar, a sumergirse por un momento en la experiencia de ser enterrado vivo. Junto a la pared, para reforzar la imagen, alguien había dejado una escalera metálica. José caminó hacia los nichos. Le llamaba la atención la gran cantidad de flores que los decoraban, pequeños frascos de cristal unidos al ladrillo por abrazaderas de metal oxidado. Se detuvo a unos metros de distancia para contemplarlos mejor. Estaba en mitad del camino de tierra que separaba dos grandes zonas del cementerio. Se preguntó si sería por allí por donde pasaba el autobús. Había oído que existía un autobús de línea, uno de los rojos de la EMT, que atravesaba de lado a lado el cementerio de La Almudena. Quizá era una leyenda. ¿Acudirían los familiares en el autobús con la urna que contenía los restos del fallecido entre sus manos, hablando de trivialidades, sin llamar la atención del resto de viajeros? ¿O todos los que cogían ese autobús bajaban en la misma parada del cementerio? Resultaba perturbador pensarlo.

José miró a un lado y a otro del camino. No parecía haber nadie en el cementerio. Normal por otra parte, aquello no era un estadio de fútbol. Ni una discoteca. Cuando acudías al cementerio no tenías demasiadas ganas de ver a otras personas.

José no sabía qué camino debía seguir para salir de allí. Ni siquiera recordaba cómo había llegado.

—¡Eh! —gritó.

Se sintió como un estúpido. Sin duda lo era. Se había emborrachado el día que su mujer había muerto y se había despertado en el cementerio el día que vendrían a enterrarla. Lo mejor que podía hacer era buscar la puerta principal y esperar allí a que llegara la comitiva. No, eso no tenía ningún sentido. Tenía que marcharse a casa.

Asearse un poco. Afeitarse. A ella le gustaba que se afeitara todas las mañanas, incluso en fin de semana. Era lo correcto, le decía. Así no vas hecho un cerdo. José se agachó, recogió una piedra del suelo. Este simple gesto hizo que se tambaleara. Tendría que vomitar varias veces más para limpiarse del todo. Ya había pasado por esto antes. Demasiadas veces. Lanzó la piedra al aire, hacia ninguna parte. Entonces fue consciente del cielo gris, plomizo, quebrado. Como si en un edificio en obras las grietas pugnaran por demolerlo. Y a su mente embotada por el alcohol acudieron las imágenes del Juicio Final, y supo que aquel día había llegado y que a él le había encontrado en el cementerio, anticipando el ansiado final.

José cayó al suelo, derribado por la impresión del conocimiento que acababa de adquirir. Por la certeza. Quiso gritar, no pudo. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, se desbordaron al llegar a sus orejas. Tumbado, mirando al cielo, comprendió que Dios había abierto las puertas y que los ángeles estaban allí, caminando entre los hombres.

Permaneció tumbado varios minutos sin apartar la vista del cielo. Vio ángeles con las alas desplegadas volando de un lado a otro, como buitres rondando la carroña, y se preguntó cuándo bajarían a por él. No lo hicieron. Se limitaron a rondar el campo santo y después se desvanecieron en el aire. José se incorporó cuando se marcharon. El cementerio seguía envuelto en capas y capas de silencio. No había nadie allí, al menos no cerca de donde él se encontraba. Volvió sobre sus pasos, hacia la tumba en la que había despertado. No sabía qué debía hacer, pero volver al lugar en el que había vuelto a la vida tras la muerte de su mujer parecía lo más lógico en su mente emborrachada.

Allí le esperaba su ángel de la guarda.

Enjuto, vidrioso, de ojos enormes y dedos rechonchos, el querubín hundía uno de sus pies regordetes en el interior de la lápida, justo al lado de su vómito. Parecía atrapado en el interior de la losa, como si su pie invisible se hubiera fundido con ella y no lo pudiera sacar. Se debatía contra el cepo de cemento y piedra, apoyaba sus manos sobre las letras grabadas que mostraban el nombre del fallecido en un intento vano por liberarse. Cuando José llegó le miró con sus enormes ojos. Había tristeza en esa mirada. Tristeza y resignación.

—¿Qué… qué eres? —dijo José, pero sabía perfectamente que era su ángel de la guarda.

Aquello era una completa locura.

Su mujer había muerto, su hijo había muerto. Su hijo, qué difícil era pronunciar esas dos palabras. Su hijo. Mentiras sobre mentiras para justificar lo injustificable. Cuánto dolor. Recordó que cuando su mujer se enfadaba solía responder de malas maneras, gritar incluso. Su hija también había heredado ese comportamiento. Se disculpaban al instante, zalameras, pero esa explosión de rabia las liberaba y las

permitía vivir sin rencores, sin odios ocultos. José acumulaba el dolor como una bomba de detonación retardada. Lo acumulaba y lo alimentaba con su falsa tranquilidad, con su fachada de hombre cariñoso pero a la vez distante, con sus “disculpas aceptadas” y su sonrisa de actor de teatro.

José odiaba.

Odiaba a su ángel de la guarda, a aquel que debía haberle cuidado, aquel que debía haberle protegido y haber evitado lo que había ocurrido. Se acercó a la criatura con el odio reflejado en el rostro. El ángel agitó sus pequeñas alas en un último y desesperado intento por marchar, por huir de la ira de aquel hombre al que le habían condenado a estar unido hasta el día de su muerte. No sirvió de nada.

—Has estado siempre conmigo, ¿verdad? —dijo José—. Atento a todo lo que me ocurría. Has visto cosas que no deberías haber visto.

Aquel pequeño observador era el culpable de todo. De lo de su mujer, de lo de su hermano. De todo. Aquel mirón, aquella criatura indiscreta que se había limitado a espiarle sin tratar de ayudarle en nada. Maldito fuera.

Le castigaría. Sí, le castigaría para redimirse a sí mismo. Infligiendo un castigo adecuado al querubín se estaría castigando a sí mismo. ¿Acaso aquella cosa perversa no era su ángel de la guarda?

Buscó con la mirada algo que le sirviera de ayuda. Las lápidas desnudas no podrían aportarle nada. Sobre la mayoría descubría flores secas, jarrones de plástico transparente, coronas de flores frescas. Nada que sirviera para causar dolor. Y José necesitaba causar dolor, llevaba demasiado tiempo en silencio, aceptando los golpes que la vida le daba sin responder, como un púgil borracho que ansía que suene la campana. Buscó en sus bolsillos. Encontró las llaves. Las sostuvo frente a su rostro mientras el querubín se retorcía y le miraba, le miraba. Sí, serviría. Tendrían que servir.

—Ahora verás —dijo José—. Ahora verás.

El pequeño ángel trató de arañarle con sus uñas, pero José atrapó sus pequeñas manos con una de las suyas. Sonrió, una sonrisa demente destinada a anticipar lo que iba a hacer. Una sonrisa solo para sus ojos. Sus ojos. José hundió las llaves en el ojo derecho del querubín. El metal perforó la membrana exterior, quebró el globo ocular. Brotó un líquido ambarino que le empapó la mano. José retorció la llave, hizo palanca contra el lateral de la cuenca del ojo. El ángel se retorció, trató de liberarse. No gritó, no dijo nada, pero no dejó de luchar mientras José le cegaba ambos ojos.

Cuando consideró que había terminado se apartó de su víctima, cerró los ojos. Le temblaban las manos. José dio varios pasos con los ojos cerrados hasta que tropezó con otra tumba. Abrió los ojos, salió al camino. Echó a correr. Durante todo el camino creyó oír las voces de los muertos que yacían bajo dos metros de tierra, muertos que ansiaban levantarse y ser juzgados, muertos que le gritaban que se

marchara de allí.

27
Antonio 1:5

¿Cómo medir el tiempo cuando la vida se ha congelado en un único día, cuando el sol ha sido devorado por los cielos, cuando todo lo que sostenía la existencia tal y como la entendíamos ha dejado de funcionar? Si a todo ello uníamos un cambio radical en el metabolismo que provocaba que apenas sintieras hambre, que el sueño no fuera más que un breve estado de colapso durante un tiempo ínfimo, ¿qué sentido tenía medir el tiempo tal y como lo hacías en el pasado? Para Antonio su antigua vida se había detenido y no sabía si podría volver a ponerla en marcha algún día. A lo único que podía aspirar por el momento era a seguir vivo.

Había encontrado un bar abandonado, un local de mala muerte en el que, como cabía esperar, solo habían buscado refugio los perdidos. Había compartido barra y soledad con ellos, unos pocos despojos humanos que iban y venían pero nunca se quedaban. Antonio se había apoderado de todas las botellas de Johnnie Walker –había sido afortunado, en aquel antro tenían un par de botellas con la etiqueta negra– y las había colocado sobre una de las mesas del fondo, a las que apenas llegaba la luz del exterior. Nadie se las había quitado. Los ocasionales visitantes se limitaban a beber lo primero que encontraban, y Antonio había dejado botellas abiertas de ron, de vodka, de licores, en todas las mesas y a lo largo de la barra. Todos lamentaban que no hubiera hielos. No hablaban de la luz, de los muertos, de los ángeles. Hablaban del hielo. Del maldito hielo.

Antonio se quedó allí, en el bar, en la oscuridad, solo, con su maleta. Tenía comida enlatada de la que disfrutar cuando tuviera hambre, toda la bebida que deseara y la compañía ocasional de otros supervivientes. No tenía motivos para marcharse de allí, así que no lo hizo.

La soledad y las conversaciones ocasionales le permitieron reflexionar sobre la situación que estaban viviendo. El día del Juicio Final, una lluvia de ángeles exterminadores enviados al mundo como una plaga, muertos que vuelven a la vida con hambre insatisfecha. Una pesadilla hecha realidad. Algo que rondaba la mente de todos era si aquello que estaban viviendo se repetía en otros lugares del mundo. La incomunicación a la que les había condenado aquel día eterno –nada funcionaba, nada– no les permitía saber qué estaba sucediendo en ese momento en otras ciudades, o en otros países.

—Si ocurriera solo aquí, hace tiempo que las calles se hubieran llenado de japoneses con cámaras de fotos —le dijo un tipo mientras se ventilaba una botella de vodka.

Tenía razón. Desconocían lo que estaba ocurriendo fuera, pero Madrid debía de ser una pieza más de aquel holocausto, nada más. Otro tema que extrañaba a Antonio

era la ausencia de respuesta por parte del Gobierno, de las autoridades. Había encontrado agentes de la ley por las calles, armados, disparando contra resucitados y ángeles por igual. Algunas armas no habían perdido su funcionalidad, otras sí. No parecía existir un criterio claro, más allá de que la gran mayoría, si no todas, al cabo de cierto tiempo habían dejado de funcionar. Antonio portaba una escopeta que nunca había disparado. Quizá lo hiciera cuando la necesitara, quizá no. Cuando la gente veía su arma nunca preguntaba. ¿Para qué? Lo cierto es que no supondría ninguna diferencia si un ángel se abalanzaba sobre ellos.

—Tanques, aviones, el ejército, eso es lo que necesitábamos aquí —le dijo un policía que pasó allí la noche, tumbado entre las mesas, llorando.

No había policías, no había ejército. No había orden, solo caos. La llegada de los ángeles había arrasado gran parte de la población, los supervivientes no habían tenido ni tiempo ni ganas de organizarse. Para Antonio era preferible estar solo que formar parte de un grupo de salvajes que basaran su supervivencia en la muerte de los demás. Aún así le sorprendía no encontrarse con pandilleros organizados, con grupos militares, con gente armada hasta los dientes. Tampoco había muchos supervivientes, eso era cierto. Tras los primeros instantes de enfrentamientos la masacre había sido absoluta. Era muy probable que solo quedara un puñado de seres vivos sobre la tierra. Los ángeles habían sido metódicos, implacables. Después, cuando las puertas del cielo se habían cerrado (no, no había necesitado verlo, su alma lo sabía), todo había cambiado. Pero ya era tarde para todos ellos.

—¿Ha visto usted animales? —le preguntó una mujer que se mordía las uñas y parpadeaba sin parar. No probó el alcohol el tiempo que estuvo en el bar.

Sí, Antonio los había visto, pero no tantos como se podía esperar. Perros vagando por las calles, gatos en las cornisas de las ventanas. Palomas que volaban de un lado a otro, que descendían sobre los resucitados y picoteaban sus cuerpos en descomposición. Todo buen católico sabía que las mascotas no iban al cielo, su juicio había sido rápido. Se preguntó qué habría ocurrido con los animales atrapados en el zoo. En las tiendas. En las casas.

Aquella mujer fue la última visita que tuvo. Dos botellas de Johnnie Walker después Antonio decidió volver a las calles. De nada le serviría continuar allí, compadeciéndose de sí mismo. Sí, estaba solo, como todos los demás. Y estaba condenado, eso también era evidente. Lo que había hecho le aseguraba un lugar privilegiado en el infierno, si es que existía ese lugar. Porque con la llegada de los ángeles Antonio había esperado encontrar también demonios. La eterna lucha entre el bien y el mal necesitaba que ambas facciones estuvieran representadas. Lo cierto era que se encontraban solos, temerosos de la ira de Dios, y nadie iba a ayudarlos.

¿Dónde estaba Satanás cuando más le necesitabas?

28
Buscando luz en las tinieblas

—No podemos entrar ahí —dijo Antonio.

Había recuperado su maleta y la arrastraba tras él con orgullo. Lo único que había merecido la pena de aquel paso atrás había sido volver a sentir entre sus dedos el asa de su Samsonite. Habían descendido de la barrera de vehículos con resignación. Tendrían que dar un pequeño rodeo, girar por la primera bocacalle paralela a Príncipe de Vergara y avanzar por ella hasta alcanzar la entrada al metro. Lo que prometía ser difícil no había sido más que un pequeño paseo sin apenas conflictos. Sí, habían encontrado resucitados en su camino, pero apenas un puñado comparado con la multitud que les esperaba en la entrada a Francisco Silvela. Ni siquiera se les habían acercado, se habían limitado a vagar como solían hacerlo, en círculos sin prestar atención a su entorno.

—De verdad, no podemos entrar ahí —dijo Antonio.

La boca de metro se abría ante ellos como la garganta herida de una bestia urbana desproporcionada. Las escaleras descendían a la oscuridad más absoluta. Había manchas de sangre, de otras cosas inidentificables, por todas partes. El hedor que desprendía la entrada les obligaba a cubrirse el rostro con las manos.

—Es esto o atravesar el mar de los muertos —dijo Lázaro—. Decídete.

Antonio negó con la cabeza.

—Yo no decido. Haré lo que digáis.

—Necesitaremos luz allá abajo —dijo José—. No será un recorrido largo, pero a ciegas nos puede llevar una eternidad.

—Olvidemos las velas, no servían para nada. Improvisemos unas antorchas —dijo Lázaro—. Aquí al lado tenemos un supermercado.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó María.

Antonio y José la miraron. Esa misma pregunta había rondado sus lenguas multitud de veces, pero no habían tenido el valor suficiente para formularla.

—¿Me lo preguntas a mí? —dijo Lázaro. Sonreía.

—Sí. ¿Por qué aquí, en Madrid? ¿Por qué con nosotros?

Lázaro tosió, un burdo recurso dramático.

—Imagino que para contar esta historia. Si yo no estuviera aquí, no seríais más que una nota a pie de página. Ahora sois los protagonistas.

—Eso es una chorrada —dijo María.

—Piénsalo —dijo Lázaro—. No digo que vuestra vida no valga nada. Lo único que digo es que si todos y cada uno de los supervivientes tiene su pequeña historia, su pequeña visión de lo ocurrido, vosotros compartís con un inmortal la vuestra.

—Tiene que existir alguna razón —dijo José—. La desconocemos, pero debe

existir.

—Claro. Pero sería egocéntrico por mi parte pensar que nosotros somos los protagonistas de este drama. Me temo que solo somos un grupo de actores de reparto con más minutos de metraje que los demás. No le deis mayor importancia.

Caminaron en silencio hacia el supermercado que Lázaro les señalaba, alejándose del metro. María se retrasó unos metros, pasó sus manos por su barriga. Alcanzó a los tres hombres en la entrada del local, justo cuando José se volvía para interesarse por ella. Ante la duda de los hombres ella se adentró primero en las sombras del establecimiento. Las puertas de cristal que se deslizaban a los lados con un susurro cuando el sensor adosado al techo detectaba a un cliente hacía tiempo que se habían desmoronado en pedazos. En el interior el saqueo había sido realizado a conciencia. Las largas hileras de estantes se mostraban desoladas. La mayor parte del género estaba en el suelo, pisoteado, roto. Hacía frío allí dentro, y olía no mucho mejor que en la entrada de metro.

—Iremos más rápido de dos en dos —dijo Lázaro—. Buscamos algo que nos sirva para preparar una antorcha. Rápido.

Lázaro se llevó a Antonio con él. Se perdieron tras una montaña de latas y cajas de cartón quebradas. José se quedó al lado de María, expectante. Quería adelantarse, indicarle por dónde deberían buscar, pero no se sentía con fuerzas. Prefería que fuera ella la que tomara la iniciativa.

—Esto es una idiotez —dijo María.

—No te entiendo, ¿tienes una idea mejor? —preguntó José.

—Correr. Podíamos haber saltado allí en medio y correr hasta Avenida de América, hasta la casa de mis padres incluso. Ellos apenas se mueven.

Hablaba demasiado alto. Su voz reverberaba en el interior, expandiéndose, perdiéndose en la oscuridad. José se sentía incómodo, quería reprenderla pero no quería que ella se pusiera a gritar, reprochándole su actitud.

—Por Dios, ya has visto a esas cosas devorando ángeles. No son precisamente poco peligrosos.

—Y meternos en el metro con un par de antorchas es una idea mucho más inteligente, ¿no? ¿Por qué no nos limitamos a buscar algún camino alternativo? ¿Qué os hace pensar que al otro lado el metro no estará infestado de resucitados?

—No… no lo sé —dijo José.

Parecía tan lógico lo que decía María, tan estúpida la idea de perderse en el interior del metro.

—Es evidente que habéis perdido la cabeza. ¿Qué sentido tiene lo que proponéis? Estáis como una cabra.

—Yo… —balbuceó José, pero no dijo nada más.

No sabía qué decir. Se sentía débil, estúpido, en presencia de María.

—Olvídalo. Vamos a registrar este sitio por si encontramos algo interesante.

María se adentró en el supermercado, José fue tras ella. Pasaron bajo un cartel que antaño debía de indicar qué productos se desplegaban en los estantes que crecían a sus lados, pero en la oscuridad era ilegible. Caminaron entre restos de comida podrida hasta llegar a un cruce. Allí María giró a la izquierda y José la siguió. A cada paso que daban algo crujía bajo sus pies. Si se detenían podían oír las voces ahogadas de Antonio y Lázaro, sus pasos erráticos. María se detuvo, se agachó junto a un estante.

—Esto podría servir —dijo, mostrándole a José el palo de una escoba.

—¿Para qué? —preguntó José.

—Para volar. La coloco entre mis piernas y me marcho de aquí volando —respondió María, dejándola caer al suelo—. Tienes razón. No vale para nada.

Continuaron avanzando entre las estanterías volcadas. De vez en cuando se agachaban, olisqueaban entre los desperdicios como perros famélicos. En la oscuridad que les rodeaba, apenas rota por el fogonazo ocasional de una cerilla, la búsqueda se antojaba una quimera. Llegaron hasta el fondo del supermercado, donde presumiblemente estaban instaladas la pescadería y la carnicería. Allí el olor a podredumbre era más marcado.

—No creo que encontremos nada aquí —dijo José, y se cubrió el rostro con una mano.

María le apoyó una mano en el hombro. José se volvió, dispuesto a decirle que lo mejor sería marcharse y esperar fuera, pero algo en su rostro le hizo callar. María miraba al frente, los ojos muy abiertos. Sus labios temblaban, como si un grito procedente de su interior pugnara por escapar entre ellos. José siguió la línea de su mirada. Las uñas de María se aferraron a su hombro, se clavaron en su carne a través de su ropa. Aunque sintió el dolor no se retiró. Ella necesitaba ese consuelo involuntario y él no iba a negárselo.

Entre las sombras, tras el mostrador de la carnicería, el ángel negro extendió sus alas. José sintió un escalofrío que le recorrió de cabeza a los pies. María retrocedió un paso. Se quedó en una posición incómoda, el brazo alargado para mantener el contacto con José, la pierna flexionada para mantener el equilibrio. José quería reaccionar, no podía. El ángel negro tomó algo entre sus manos, algo que la oscuridad empañaba y no les permitía ver, y se lo llevó a la boca. Lo desgarró con los dientes y lo masticó una y otra vez, una y otra vez. Es un trozo de carne podrida, pensó José, y nosotros somos carne fresca.

En ese momento el ángel movió la cabeza y les miró.

29
Lázaro 1:5

Los resucitados llegaron más tarde. Lo hicieron poco a poco, con cuentagotas, para después desbordarse por la ciudad y adueñarse de las calles. La mayor parte, contra lo que pudiera parecer, no provenía de cementerios y campo santos. Venían de los tanatorios, de los depósitos de cadáveres, de los hospitales y las residencias de ancianos abandonadas. Lázaro se cruzó con muchos de ellos. Desde el primer momento supo que era lo justo, lo esperado. Su presencia en el mundo siempre venía de la mano de la muerte. Quiso hablar con ellos, compartir su dolor, pero no era posible. Para aquellas almas en pena él ni siquiera existía. Reparaban en su presencia pero no se le acercaban. Cuando las escaleras del cielo se cerraron los vio abalanzarse sobre los ángeles petrificados como jaurías de hienas hambrientas. Con los supervivientes también se enfrentaron, pero ni de lejos con la misma rabia.

Es lo que tenía la resurrección, que no era agradable cuando tú no la habías solicitado.

Lázaro vagó durante lo que le pareció una eternidad (a pesar de que el día del Juicio Final no permitiera valorar correctamente el tiempo transcurrido) por las calles, sin un rumbo concreto. Había comprendido que en esta ocasión su resurrección sería la última. Había sido convocado en Madrid y no podía comprender con qué sentido. Nunca lo entendía, esta vez no iba a ser distinta. En su vagar se cruzó con supervivientes, pero no entabló contacto con ellos. Los evitó, prefería estar solo. Los resucitados no se acercaban a él, sobre todo después de verle comer.

Aquella vez no había sido distinta, el hambre le había acuciado desde el primer instante. Un hambre atroz que solo podía ser satisfecha devorando ángeles. Una nueva aberración, una nueva idea alocada de aquel que era dueño de su destino.

Alimentarse de ángeles había sido difícil. Los primeros que había encontrado habían sido cuatro querubines que permanecían encerrados en un dormitorio. En su búsqueda de alimento sus sentidos le habían guiado hasta un edificio vacío, hasta un piso que le recibió con las puertas abiertas. Se adentró en la oscuridad de la casa temblando, la piel perlada de sudor. No podría sobrevivir mucho más sin comer. Apoyó las manos en las paredes para llegar hasta el cuarto que brillaba como el fuego, que le llamaba. Los querubines permanecían atados a las cuatro esquinas de la cama por cuatro cuerdas invisibles que podía sentir pero no ver. Ni siquiera se resistieron cuando se abalanzó sobre el primero de ellos salivando como el perro de Pavlov. Cada mordisco, cada desgarro, cada bocado que se deslizaba por su esófago despertaba una nueva conexión en su memoria.

Al devorarlos supo de la existencia de María. Vio su rostro, vio su tristeza. Supo que la conocería, que le acompañaría en su viaje.

Permaneció en aquella casa mucho tiempo. Los querubines se retorcieron de dolor, abrieron sus bocas en gritos mudos, pero no se enfrentaron a él. Lázaro lo agradeció.

Cuando estuvo ahíto se marchó. Su camino estaba marcado. Le llevó una eternidad llegar hasta el siguiente punto de abastecimiento. Llegó roto de dolor, babeando como un lobo famélico. El ángel estaba atrapado en la ducha de un cuarto de baño. Luchó con uñas y dientes, pero Lázaro no era un ser humano corriente. Y maldita el hambre que tenía.

Antonio brotó en su mente como la mala hierba en una maceta. El hedor de su presencia en su memoria le mareaba, pero no podía luchar contra ello.

Lázaro acabó a las puertas del cementerio de la Almudena, la ciudad de los muertos que se erigía en el corazón de Madrid. Acudió a la llamada del hambre. Allí encontró grupos de supervivientes organizados ocupando la iglesia, los mausoleos. Le miraron con desconfianza cuando llegó, pero no se mostraron agresivos. Entablaron conversación, trataron de entender quién era. Era tan difícil de explicar y tan sencillo de comprender. La mayor parte de aquellas personas eran mujeres. Había un puñado de niños, algunos hombres. Todos ellos sabían en el fondo de su corazón quién era. Incluso los más ateos, reconvertidos tras el advenimiento del Apocalipsis. Le dejaron que campara a sus anchas por el cementerio. Lázaro se detuvo junto a los nichos, sobre las tumbas. Escuchó. Si aquellos muertos estaban vivos, los imaginaba arañando el ataúd, luchando por salir a la superficie. La tierra de la mayor parte de las tumbas permanecía intacta. Los resucitados necesitaban un cuerpo funcional para enfrentarse a su juicio, no verías esqueletos sin carne caminando por las calles por muy poética que fuera la imagen.

Entre las tumbas encontró un pequeño ángel atrapado. Alguien le había arrancado los ojos. En su ceguera le mostró a José. Así supo quiénes le acompañarían hasta las escaleras. Así supo quiénes formarían parte de su castigo último.

No tuvo necesidad de buscarlos, ellos mismos le encontraron.

30
El ser que habita en el supermercado

El ser que habita en el supermercado es un ángel negro. Pocas veces representado en la iconografía cristiana, es una de las criaturas favoritas del Señor. Si ha descendido al mundo con su prole es porque su misión siempre ha sido y es juzgar a los seres humanos. El ser que habita en el supermercado bajó al mundo cuando los cielos se abrieron. Lo hizo acompañado por sus iguales, por los ángeles blancos, por los querubines, por el resto de criaturas celestiales que convocó el día del Juicio Final. Descendió de los cielos con las alas desplegadas, exhibiéndose ante sus futuras víctimas, mostrando sin tapujos a los hombres el destino que les esperaba. No necesitaba de espadas flamígeras para juzgar a los pecadores, le bastaban sus manos, su fervor, su fe.

El ser que habita en el supermercado caminó junto a sus hermanos por el mundo, juzgando a los supervivientes. Lo hizo sin ofrecer clemencia, sin dudar. Había nacido para ello, sabía cuál debía ser su labor. Había oído hablar, como todos los ángeles, de los inocentes, de aquellos que debían ser perdonados y conducidos ante el Señor. Los reconoceréis cuando estén ante vosotros. No halló ninguno. Ante él se presentaban los pecadores. Quiso contemplarlos con benevolencia, pero no había sido creado para ello. Solo albergaba odio y rencor hacia las monstruosidades que suplicaban por sus vidas, hacia los que le agredían, hacia sus retoños. Durante los instantes que para muchos fueron una eternidad, se unió a sus hermanos en la muerte y la destrucción de la raza humana. No se ensañó con las víctimas, más tampoco fue delicado con ellas. Hizo lo que debía hacer, y lo hizo bien.

Después las puertas del cielo se cerraron y algo en su mente se rompió en mil pedazos. La unión que todas las criaturas celestiales mantenían con el Señor se quebró. De pronto estaban solos, aislados incluso entre ellos mismos. Ya no eran más Legión. Ahora cada criatura era un ente individual y consciente, y de aquella revelación solo surgió dolor. La adquisición de la consciencia hizo que muchos de los ángeles se bloquearan. Sus mentes no estaban preparadas para ello. Dependían en gran medida del Señor, de sus palabras, de su cariño. De su amor eterno. La soledad derrumbó toda la fortaleza que albergaban en su interior. Por ese motivo no resultaba extraño verlos petrificados como gárgolas en las azoteas de los edificios, mirando a un cielo que ya no era su hogar, buscando a un Padre que les había rechazado y les había condenado a un ostracismo involuntario.

Muchos ángeles no aceptaron lo ocurrido. Bramaron contra los cielos. Unieron sus fuerzas y volaron en busca de las puertas. Sin la guía del Señor desconocían su ubicación, pero sabían que se habían abierto miles de ellas, repartidas por todo el mundo. Millares de ángeles inundaron los cielos como aves migratorias, derivando de

un lado a otro, dejando que sus sentidos les guiaran, les mostraran las puertas. Muchos las encontraron y se aglutinaron allí, a la espera de que un milagro las abriera, que el Señor extendiera de nuevo las escaleras que conducían hasta ellas para que pudieran volver. Ya habían hecho su trabajo, la humanidad había sido juzgada. Y si el proceso había sido interrumpido y por la faz de la Tierra vagaban resucitados y supervivientes, ellos no eran culpables. No habían roto la confianza que se había depositado en ellos.

El ser que habita en el supermercado no volvió con los suyos. Cuando el Señor le abandonó no supo qué hacer. Descendió, plegó sus alas y vagó como un borracho por las calles. En su errático camino no se encontró con la plaga de resucitados que, incapaces de refrenar sus instintos, devoraban a los ángeles que se erguían como estatuas en las calles. Vagó solo, y solo llegó hasta el supermercado. Entró atraído por la oscuridad, por el hedor. Allí encontró refugio, entre los restos de carne podrida. Allí plegó sus alas y, por primera vez en toda su existencia, cerró los ojos y se durmió. Fue un sueño eterno, interrumpido por imágenes grotescas que concebía como pesadillas. Fue un sueño humano, no angélico, porque el ser que habita en el supermercado dejó de ser un ángel cuando entró en aquel mundo. Un sueño que le perdió, un sueño que le transformó. Un sueño que, cuando despertó, devoró su mente y le convirtió en lo que no debía ser.

El ángel negro despertó cuando los hombres entraron en el supermercado. Cuando lo hizo ya no era un ángel, era un ser fragmentado, dolorido, hambriento. Lo primero que hizo fue abalanzarse sobre la carne putrefacta que le rodeaba, llevarse a la boca trozos de aquella ignominia, reducto de gusanos y larvas de mosca. Devoró aquel puzle incompleto con el ansia del poseído, y no se detuvo hasta que sus ojos, acostumbrados a ver en la oscuridad de su alma, localizaron a la pareja. Un hombre y una mujer, no representaban amenaza alguna. Desplegó sus alas para que pudieran contemplar en toda su plenitud al ser que segaría sus vidas. Sin remordimientos, sin juicio.

No le sorprendió que permanecieran allí, frente a él, valorando qué hacer. Los seres humanos jamás le defraudaban. El ángel abrió la boca y habló. Lo hizo en la lengua perdida de los hombres, la que el Señor les robó cuando derribó su patética Torre de Babel. No había amenaza en su voz, tampoco súplica. Se limitó a enumerar lo que haría con sus cuerpos, con sus vísceras, como el operario del matadero que romancea con sus animales antes de proporcionarles la muerte que exige la cadena alimenticia. El ángel habló y habló mientras la pareja retrocedía, alarmada. Nunca habían oído hablar a un ángel, de eso la criatura celestial estaba convencida.

Por supuesto se equivocaba.

El ser que ya no era un ángel decidió salir de su escondite y enfrentarse a ellos. A ella le causaría un dolor especial, algo que pudiera recordar durante todo el tormento

que le ofrecería. Con él sería rápido. No por misericordia, sino por dejadez. Su presencia no le inspiraba tanto como la de la hembra. Apoyó sus manos engarfiadas sobre el mostrador, se elevó sobre la encimera y cayó al otro lado con un susurro de gorriones. La mujer ya se había dado la vuelta y corría hacia la puerta. No podía permitirlo. Voló sobre la cabeza del hombre, petrificado por su miedo, y detuvo a la mujer con el roce de sus alas, derribándola. Quedó el ángel de pie, frente a la entrada del supermercado, dando la espalda a los humanos. Que supieran que los despreciaba, que no significaban nada para él. Que los mataría por turbar su sueño y después los olvidaría. Supondrían un pequeño entretenimiento en esta agonía eterna que el Señor les había concedido sin solicitarla.

La mujer no dijo ni una sola palabra. El ángel agradeció que no lo hiciera. Sin embargo el hombre gritaba y gritaba y gritaba, lo que hizo que decidiera borrar su presencia del mundo en ese mismo instante. Ahora. Caminó hacia el hombre, dejando el cuerpo yaciente de la mujer a un lado. Ah, qué hermoso ver el terror que su presencia invocaba tallado en el rostro mortecino del hombre. Sí, así debía ser. Sintió entonces el ser celestial una molestia inidentificable y se detuvo. Miró su pierna. Sangraba. Tenía hundido un cuchillo de carnicero en la pantorrilla, hundido hasta el mango. Qué curioso, se dijo, que tardemos tanto en sentir el dolor. Asió el mango con la mano, lo extrajo, lo lanzó contra las estanterías, donde rebotó y cayó al suelo. Fue entonces consciente de la presencia de los otros dos hombres.

No.

Uno de ellos no era un hombre.

El ángel aulló. Sus alas se abrieron cuando se abalanzó sobre los dos recién llegados. Aquel que no era un hombre sonrió. Llevaba cuchillos en ambas manos, los había mantenido ocultos a su espalda. Cuando el ángel cayó sobre él hundió ambos cuchillos en su cuerpo, uno en el cuello, otro en el estómago. El otro hombre le golpeó el rostro con la culata de la escopeta, una vez, otra, otra. El ser que habitaba en el supermercado golpeó con su brazo al hombre armado, que fue despedido por los aires hasta que su espalda chocó contra la pared. El hombre gritó de dolor. Entonces aquel que no era un hombre extrajo el cuchillo del estómago y lo hundió en el rostro del ángel. La sangre brotó por todas partes, empapándolos.

El ser que habitaba en el supermercado trató de incorporarse, no lo logró. El dolor le recorría el cuerpo como una brisa especialmente desagradable. Quiso gritar pero solo pudo emitir un borboteo sanguinolento. Aquel que no era un hombre continuó cortando, mutilando, sin prestar atención a sus esfuerzos. El ángel perdió la consciencia poco después.

En ese momento aquel que no era un hombre y era conocido entre los hombres como Lázaro se llevó el primer trozo robado del cuerpo del ángel a la boca.

31
Antonio 1:6

Volvió. Ni él mismo sabía bien por qué lo hizo, pero Antonio volvió.

El día del Juicio Final, cuando Antonio se marchó de casa fue consciente de que había roto con todos los lazos de su vida anterior. Cuando salió a la calle, al caos, sabía que no había marcha atrás. Los primeros minutos fueron terribles. La gente corría de un lado para otro, gritaba. Los ángeles campaban a sus anchas por la ciudad, cazando a los supervivientes como depredadores hambrientos. Los resucitados tardarían todavía bastante en aparecer. Antonio buscó refugio en un supermercado. Aquella decisión formaba parte de su plan maestro para sobrevivir. Se trataba de un pequeño comercio cercano a su domicilio, apenas a doscientos metros. Recorrerlos supuso mucho más esfuerzo de lo que esperaba. La multitud le cortaba el paso. El histerismo de la gente ante la presencia de los ángeles (Antonio todavía no era consciente del daño que podían causar) le obligó a emplearse con cierta violencia para poder cruzar la calle. Ángeles negros acurrucados en las cornisas de los edificios, caminando por las calles como si carecieran de la habilidad necesaria para andar. Gritos, empujones, llantos.

Antonio llegó a la puerta del supermercado, estaba cerrada. Trató de abrirla varias veces, golpeó los paneles de cristal. En el interior se apiñaba personas que no querían compartir su espacio con él. Antonio se vio arrastrado por la marejada humana hacia las tiendas cercanas. En aquel momento podía haber huido, pero no lo hizo. Volvió. Fue algo natural, no premeditado. Cuando la multitud se le echó encima, se limitó a abrir el portal de casa y entrar.

Cerró la puerta a su espalda y subió por las escaleras de vuelta a casa. Mientras ascendía escalón tras escalón arrastrando tras él la maleta *plonk plonk plonk* mantenía la mente en blanco. No pensaba en nada. Si alguien le hubiera preguntado en ese momento por lo que iba a hacer a continuación, no hubiese sabido qué responder. No hubo premeditación, no estaba planeado. *Plonk plonk plonk* y llegó hasta la puerta de su casa. ¿Había cerrado con llave? No lo recordaba. Probó a empujar la puerta, pero no se abrió. Ni siquiera sabía si había cogido un juego de llaves. Metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón. Allí estaban. Bendita rutina inconsciente. Antonio miró al pasillo, a las otras puertas. ¿Cuántas personas se habrían encerrado en sus casas con la esperanza de que antes o después toda aquella locura acabara? ¿Cuántas personas se ocultarían para evitar enfrentarse a sí mismas? Demasiada filosofía barata.

Abrió la puerta con un chasquido, no había cerrado con llave. Entró y cerró la puerta a su espalda. Cariño, ya estoy en casa. Antonio se acercó a la puerta del baño. Permanecía cerrada. No quería volver a ver a la criatura que ese cuarto albergaba en

su interior. Se alejó de allí en dirección al dormitorio. Allí estaba su mujer. La puerta estaba cerrada. Apoyó la oreja contra la hoja de la puerta, como había hecho anteriormente. Escuchó. Oyó el jadeo entrecortado, los pasos. Dios todopoderoso. Advirtió que había dejado la maleta en el pasillo, fuera de casa. Tendría que salir a por ella. ¿Quién se la iba a llevar? No, podría dejarla allí fuera unos minutos, los suficientes. Los necesarios para hablar con su esposa. Abrió la puerta del dormitorio sin dudar.

—Hola —dijo, y se sintió estúpido.

Su mujer estaba allí, de pie, junto a la cama. Un despojo humano sin rostro. Un cadáver andante. Nadie podía dudarlo, esa cosa estaba muerta. Y estaba tan imposiblemente atractiva que se echó a llorar.

—Cariño —dijo.

Ella abrió la boca, brotó entre sus labios sangre y saliva. Se acercó a ella, la tomó de la mano. Dócil como un perrillo. La tumbó sobre la cama. Fue al vestidor. En uno de los cajones él guardaba sus cinturones. Algunos hombres coleccionaban corbatas, él coleccionaba cinturones. Todos negros. Todos con hebilla de plata. Sacó dos de ellos. El cadáver redivivo de su mujer yacía en la cama. Miraba al techo mientras la sangre se escapaba de su boca, de sus ojos. Le miró sin verle con su rostro mutilado mientras Antonio tiraba de sus brazos, enrollaba el cinturón en sus muñecas y las ataba al cabecero de la cama.

Ni una palabra. Su mente ya no le permitía comunicarse. Antonio se preguntó qué sería de ella, qué podría hacer aquella cosa que había sido su mujer si salía a la calle. Estaba muerta, no lo estaba. Había resucitado por la gracia del hijo de puta de Dios. Antonio ajustó las correas improvisadas, se apartó unos pasos. El cuerpo de su mujer le excitaba más que en los últimos diez años. Se imaginó a sí mismo sobre ella, dentro de ella. La erección llamaba a su puerta.

Agitó la cabeza, se abofeteó la cara.

—Dios, Dios, Dios —murmuró mientras salía del dormitorio.

Entró en la cocina, abrió el frigorífico. Sacó una lata de cerveza –la última–, la abrió y se la sirvió en un vaso. La bebió con avidez. Su mujer muerta estaba en su cama, medio desnuda, atada con cinturones, inmovilizada. A su entera disposición. Vació la lata por completo en el vaso, bebió hasta que no quedó una gota. Se levantó y abrió el cajón en el que guardaban los cubiertos. No estaba allí. Tiró del cajón con fuerza y una lluvia de metal se desparramó sobre el suelo de la cocina. ¿Dónde lo guardaban? Su mirada se dirigió a los estantes superiores junto a la campana. La suave silueta del jamonero que le habían regalado en la empresa se insinuaba en las alturas. Antonio se agachó, abrió las puertas del mueble bajo el fregadero. Allí guardaban el escalón de plástico. Lo sacó, se subió. Sus manos acariciaron la madera del jamonero, tiró de él con cuidado para que no se le cayera encima. Incluso con el

escalón le costaba llegar al estante. Podría utilizar la escalera de tres peldaños, pero la guardaban en el cuarto de baño, detrás de la puerta. No quería volver a ese cuarto con esa cosa alada en su interior.

Dejó el jamonero sobre la encimera. Recordó entonces el otro cajón, en la barra auxiliar. Lo abrió. Allí estaba. Sostuvo el cuchillo en su mano. Delgado, flexible, preparado para cortar el jamón en lonchas muy finas, incluso para alguien tan torpe como él. Se vio parcialmente reflejado en la hoja del cuchillo: el rostro de un perturbado.

Volvió al dormitorio empuñando el cuchillo. Sudaba. Como un cerdo, solía decir su mujer, y le señalaba los desagradables círculos que se extendían por sus axilas. Entró en el cuarto y se detuvo a los pies de la cama. El cadáver yacía sobre las sábanas empapadas de sangre. No podría volver a tumbarse en esa cama.

—Cariño —dijo Antonio.

Ella movió la cabeza como si le hubiera oído. Antonio se plantó a su lado en dos zancadas y golpeó el cuello de su mujer con el cuchillo. Lo hizo con torpeza y la sangre salpicó por todas partes. Golpeó de nuevo. Otra vez. El siguiente corte seccionó parte de la tráquea. Antonio tiró el cuchillo al suelo, salió corriendo del dormitorio. No le aterraba la sangre, ni que ella pudiera levantarse de nuevo.

Le aterraba notar la erección en su entrepierna, la erección que le gritaba que aprovechara la oportunidad que aquella carne muerta le brindaba.

32
Buena nueva

José esperaba en la puerta del supermercado, sentado junto a María. Todavía le dolía la cabeza y si se incorporaba volvían las náuseas. María lo asociaba a los hábitos alimenticios de Lázaro más que a las secuelas del ataque.

—Yo también tengo el estómago revuelto —le dijo.

José asintió. La imagen de Lázaro arrodillado junto al ángel negro, empleándose a fondo para extraer rebanadas del cadáver como si estuviera despiezando un pollo, perturbaba a cualquiera. Incluso a Antonio, que había salido con ellos y ahora paseaba de un lado a otro en una línea de apenas veinte pasos, como si fuera un resucitado. Se llevaba la mano a la nuca continuamente. El golpe que le había propinado el ángel había sido brutal, pero no parecía encontrarse demasiado mal. Sin duda había tenido suerte.

—No sé qué debemos hacer ahora —dijo José.

Antonio le oyó, detuvo su paseo y se acercó a ellos.

—Tenemos que entrar en la estación de metro. Salir al otro lado. Subir las escaleras que conducen al cielo o esperar allí hasta que se abran.

—Como los resucitados, ¿no? Llegamos, preguntamos quién es el último y ya está.

—Tómatelo como quieras.

—¿Y si nos encontramos con otros allí dentro? —preguntó María.

—No habrá más —dijo Lázaro—. Lo sé.

Tenía el rostro empapado de sangre y trataba de limpiarlo con la manga de su camisa. En la otra mano sostenía parte del ángel, algo inidentificable que pronto desaparecería en el interior de su boca.

—Jesús —dijo José.

—No está por aquí —respondió Lázaro—. Quizá te gustaría entrar ahí.

Lázaro se dirigía a María. Había señalado la típica cruz verde de una farmacia. Por supuesto la luz no estaba encendida y el local parecía haber sufrido los efectos devastadores de un tornado, pero María entendió lo que quería decir y caminó hacia allí con paso decidido.

—María —dijo José sin demasiada convicción.

—Déjala. Volverá. Tiene que confirmarlo —dijo Lázaro.

Sí, lo haría. Por muy reticente que se mostrara con la idea de bajar al metro, lo haría. José sabía que ella no tenía ningún interés en acompañarles, menos aún en buscar las malditas escaleras que conducían al cielo. Lo que ella quería era volver a casa de sus padres, la casualidad había hecho que sus caminos se cruzaran.

—Antes de que apareciera esa cosa habíamos encontrado esto —dijo Antonio.

Sostenía dos antorchas improvisadas con varios plumeros atados con cinta aislante y las cerdas de una escoba de jardín. No durarían demasiado, apenas unos minutos, pero sería suficiente para recorrer los pasillos de la estación de metro. Adiós oscuridad. José se había fijado en ellas cuando Antonio había salido del supermercado portando una en cada mano, un soldado de Esparta guiando a los suyos hacia una muerte segura. Si sus vidas dependían de aquellas cosas nadie daría una sola moneda por ellas. Ni Caronte lo haría.

—¿Y cómo vamos a encenderlas? ¿Con cerillas?

Antonio dejó las antorchas sobre la maleta y le mostró un pequeño bote de color gris y unas pastillas blancas.

—Con esto. Es lo que se utiliza en las barbacoas. Funcionará.

—Claro —respondió José.

María caminaba de vuelta desde la farmacia. La vieron salir, mirar al cielo. Parecía desde la distancia que hablaba con alguien. Continuó su camino, trastabilló al cruzar la calle, se apoyó sobre el capó de un coche. José se levantó, caminó hacia ella.

—¿María?

Ella no respondió. Estiró los brazos, hundió la cabeza entre los hombros. José llegó a su lado. Vio que ella tenía el cuerpo empapado de sudor. Le temblaban las piernas.

—¿María?

María sufrió una arcada, después vomitó sobre el coche. José se acercó un poco más, colocó sus manos sobre los hombros de ella como si estuviera imponiéndole las manos. No se atrevía a tocarla. Ella se volvió, sus rostros quedaron tan cerca que ambos se sintieron incómodos y giraron la cabeza. María buscó un pañuelo en su bolsillo, se limpió la boca. El sabor, el olor de su propio vómito la mareaba. Antonio le ofreció una botella de agua. Ella cogió la botella, la sostuvo entre sus manos como si se tratara de un objeto venerable, un talismán poderoso. Bebió con ansia, escupió parte del agua que retenía en la boca.

—¿Tienes la confirmación que buscabas? —preguntó Lázaro.

María escupió de nuevo, le miró.

—No ha sido necesario —dijo, y les mostró su cuerpo.

El abdomen hinchado, surcado de pequeñas venas azules, delataba un embarazo imposible. José retrocedió. Aquello no era normal. No era aceptable. Lázaro recorrió la piel tirante de su vientre con los dedos, tamborileando. María no protestó, se limitó a mirarle con curiosidad.

—Embarazada —dijo.

—Sí, es evidente —dijo María.

—Pero eso no es posible. No ha pasado tanto tiempo desde… Es imposible, no

tiene sentido —gimió José.

—Sí, es evidente —repitió María, cubriéndose.

Antonio no dijo nada. Ver el cuerpo de María expuesto de aquella forma, ver cómo Lázaro recorría su piel con sus dedos, le había excitado como nunca nada antes lo había hecho. Se apartó del grupo avergonzado. Le ardía la cara. María pasó a su lado sin prestarle atención. Cogió una de las antorchas, la sostuvo entre sus manos, valorándola.

—¿Qué estamos esperando?

Caminaron en silencio hacia la boca de metro. Alrededor de ella vagaba una docena de resucitados. Uno de ellos, una niña pequeña amortajada con un vestido blanco, miró a María durante un instante, después su atención volvió a sus pasos mecánicos, repetitivos, patos de feria atados por cadenas invisibles a lugares que quizá habían frecuentado cuando estaban vivos. El resto de resucitados ni siquiera fue consciente de su presencia.

—¿Esta es la amenaza que tratamos de evitar? —dijo María, pero ni a ella misma le convencieron sus palabras.

Se detuvieron ante la entrada, un largo tramo de escalones grises que se perdía en la oscuridad.

—¿Y tu maleta? —preguntó José al comprobar que Antonio no la traía consigo.

Antonio se encogió de hombros.

—Ya no la necesitaré. Tampoco la escopeta.

La oscuridad que les esperaba más allá de las escaleras no invitaba a bajar. Lázaro se acuclilló junto al primer escalón, miró hacia abajo, a la boca de cemento que les devoraría. Le pidió a María la antorcha, ella se la entregó. Antonio la empapó con el líquido de las barbacoas y la prendió fuego con una cerilla. Al principio la llama no creció. Era una débil brisa azulada que a José le recordó los plátanos flambeados que preparaban en los restaurantes chinos. Después prendió las ramas del plumero y creció como una flor de fuego. José sintió el calor en su cara, las diminutas chispas que despedía la antorcha saltando sobre su piel.

—Bajamos —dijo Lázaro, extendiendo el brazo desde su posición para iluminar el descenso.

Las sombras se apartaron a un lado, inquietas. La llama de la antorcha les mostraba un camino expedito, cubierto de hojas de periódico, de ropa, de botes y restos de comida. Lázaro se levantó y comenzó a descender, escalón a escalón, lentamente. Los demás le siguieron. Antonio había encendido su propia antorcha y se quedó algo más atrás, expectante. Aún así no se separaba del grupo más de un par de escalones. Cada paso que daban estaba sincronizado, como si ensayaran un incomprensible baile moderno. Lázaro apoyaba el pie en un nuevo escalón, adelantaba su brazo derecho (que portaba la antorcha) e iluminaba unos centímetros

más. José y María, un escalón por detrás, le seguían y esperaban a su espalda. Antonio descendía de espaldas, mirando de reojo al grupo, mirando atrás por si los resucitados, o los ángeles, o nuevas aberraciones que estuvieran acechándoles, aprovechaban su debilidad y se abalanzaban sobre ellos.

Abajo, al final de las escaleras, les esperaban los restos masticados y medio devorados de las puertas de cristal. Había cristales por todas partes. Avanzaron con cuidado, escuchando los crujidos bajo sus pies, sintiendo en su cuerpo el calor que despedían las antorchas. Lázaro sudaba. Gotas de líquido ardiente resbalaban de la antorcha y mordían la piel de su mano, pero no se quejaba. María creía que incluso sonreía.

En los torniquetes descubrieron los primeros cadáveres. Eran dos: una mujer y un niño. Por la posición en la que se encontraban era evidente que no habían resucitado. José se preguntó si lo harían ahora, cuando pasaran a su lado. Se acercó a los torniquetes, apoyó las manos y saltó. Miró a los demás, que esperaban con las antorchas al otro lado.

—Siempre quise hacerlo —dijo.

—Esta portezuela está abierta —dijo María, y Lázaro y Antonio le siguieron.

Avanzaron unos metros en silencio y descubrieron que el pasillo que buscaban no existía. Ante ellos se abría un nuevo descenso. Dos escaleras mecánicas que no funcionaban a los lados, escaleras de las de toda la vida en el centro.

—Hay que bajar y luego subir —dijo María—. Ahora lo recuerdo. Es un pasillo largo, pero no demasiado. ¿A qué esperamos?

33
Lázaro 1:6

El último trozo de carne ensangrentada del ángel negro que hallaron en el supermercado era el último fragmento del rompecabezas que la mente de Lázaro buscaba. Morderlo, engullirlo sin apenas masticarlo para saciar el hambre y engañar al sentido del gusto; una cadena de acciones que permitieron a Lázaro, después de innumerables vidas, reconstruir por completo su mente. Y fue entonces cuando comprendió que no mentían los que decían que había vivido junto al Mesías. Fue entonces cuando supo que había conocido a Jesús, que había estado a su lado cuando le crucificaron.

Fue entonces cuando supo que él no era Lázaro.

Sin embargo no podía rechazar su nombre, porque en el fondo, tras tantos años de autoengaño, de olvido de una realidad que le consumía por dentro, él era Lázaro. Ahora podía comprender su castigo, ahora lo entendía todo. Siempre había sabido que su inmortalidad fragmentada era una maldición, no un don. Ahora la certeza se abría paso en su mente, danzaba entre sus neuronas, gritándole que lo que siempre había aceptado como cierto, era falso. Merecía un castigo, y el Señor se lo había dado.

Tras devorar ese último trozo de carne Lázaro supo la verdad, pero no dijo nada. No compartió lo que sabía con los mortales que caminaban a su lado, no lo entenderían. Ni los creyentes ni los ateos. No podría expresar con palabras su propia mentira, su propio engaño, sin correr el riesgo de ser repudiado por ellos. Todavía los necesitaba, todavía quería conservarlos a su lado un poco más. Lo justo para llegar a las escaleras.

Ahora que sabía quién era los planes no habían cambiado. Al contrario. Su objetivo era el mismo: alcanzar las escaleras. ¿Qué sucedería cuando lo hiciera? No era importante. Quizá le dejarían ascender, subir hasta los cielos, reencontrarse con el Mesías si era cierto que él estaba allí, a la derecha del Señor. Quizá cuando sus pies rozaran el primer escalón sería enviado al infierno, si es que aquella representación malsana de la ira del Señor existía en realidad. No tenía motivos para dudar, no más que los tenía para dudar de toda la verdad que sustentaba la Iglesia. Quizá, solo quizá, al entrar en las escaleras moriría. Para siempre. Por fin. Sería a la vez castigo y regalo. Se merecía, después de tantas vidas de sufrimiento, ambas cosas.

Lázaro recordaba cómo le condujeron hasta la cruz. Dos soldados romanos le guiaron. Caminó apoyando su mano en el hombro de uno de ellos, siguiendo la voz del otro. Caminó en silencio pues no sabía a dónde le llevaban. Cuando sus guías se detuvieron oyó risas y mofas a su alrededor. Allí se congregaban los soldados, sus iguales, esperándole. Quiso protestar, pero no se lo permitieron. Antes de darse

cuenta sostenía una lanza entre sus manos.

—¡Hazlo, Longino! —gritó uno.

—¡Ahora! —gritó otro.

Él estaba ciego, rodeado de tinieblas. Y entre las tinieblas surgían los gritos, las risas, las burlas. Incluso uno de ellos le amenazó. Longino temblaba. Las manos de una docena de soldados se abalanzaron sobre sus brazos como serpientes hambrientas. Estaba asustado, más de lo que nunca había estado, más incluso que cuando perdió la vista, pero no gritó. No les daría a aquellos rufianes aquella satisfacción. Sintió cómo alzaban sus brazos, cómo la lanza se hundía en el cuerpo del crucificado. Y entonces la sangre brotó como el agua de la fuente, empapando sus ojos ciegos. Gritó y se apartó de allí, pero lo hizo demasiado tarde.

Demasiado tarde.

Las palabras de la tradición mienten. O, si no lo hacen, omiten detalles que no desean revelar a las generaciones futuras. Lázaro lo sabe. Longino también. La sangre de Cristo cayó sobre sus ojos y les devolvió la vida, pero no se limitó a hacer eso. La sangre de Cristo empapó sus labios, inundó su boca abierta. Longino lloró cuando la sangre descendió por su garganta. Lloró por los pecados de todos los hombres, lloró por sus propios pecados. La sangre de Cristo le liberó.

Longino huyó. En el cielo las nubes grises se rompieron en mil pedazos, desataron la gran tormenta que los escribas consignaron. Longino sintió el agua en su rostro, en su piel, agua pura caída del cielo para lavar sus pecados. Corrió con los ojos cerrados, sumido en las tinieblas, condición con la que había vivido los últimos años. Cayó al suelo, hundió su rostro en el barro. Lloraba. En su interior, devorado por la sangre vertida del Mesías, sabía que tras hundir la lanza en el costado del Hijo del Señor estaba condenado.

Condenado para toda la eternidad.

Quizá por ello Longino sobrevivió a aquella tormenta, quizá por ello volvió a su casa y se refugió allí, solo, acompañado por los colores, las luces, las imágenes que había perdido. Y esperó varios días allí, sin permitir que nadie entrara, sin hablar con nadie, hasta que el hambre se hizo insoportable. Hasta que su cuerpo le arrastró al exterior, en busca del único alimento que podría saciarle.

El cuerpo incorrupto de Lázaro.

34
Último servicio

—He oído algo —dijo Antonio.

Giraba sobre sí mismo como una peonza. La luz de su antorcha despertaba fantasmas de sombra que se deshacían con la misma facilidad con la que eran conjurados. Se detuvo, dio dos pasos. Los demás le siguieron.

—Aquí no parece que haya nadie —susurró José.

Al instante se maldijo por hablar en susurros. Las palabras de Antonio le habían perturbado. Si aquel hijo de puta quería ponerles nerviosos lo había conseguido. Lázaro se llevó un dedo a los labios para indicarles que se callaran. Escucharon. El silencio que reinaba en las instalaciones de la estación era sobrecogedor. Ni siquiera la brisa del exterior lograba llegar hasta allá abajo. Lo único positivo era el olor a cerrado, mucho más agradable que el hedor a descomposición que empapaba las calles en presencia de los resucitados.

Lázaro les indicó que se pegaran a la pared. Lo hicieron. Estaban en la mitad de un pasillo que se abría a uno de los andenes, quizá la línea cuatro, quizá la línea seis. Según María si seguían caminando llegarían a un tramo de escaleras que les conduciría a la planta baja del intercambiador de Avenida de América. Desde allí hasta la salida solo tendrían que subir tres tramos de escaleras.

—Ssssh —dijo Antonio.

Escucharon. En el silencio que los confinaba el crepitar de las antorchas les ponía los pelos de punta. Escucharon con atención, pero no oyeron nada. En el camino que habían recorrido no habían visto nada preocupante: ni resucitados, ni ángeles. Quedaba tan poco que pensar que algo les estuviera esperando allí parecía descabellado. Pero Antonio había oído algo, algo que ellos no podían oír.

Avanzaron con la espalda pegada a la pared. Antonio portaba una antorcha, Lázaro le había cedido la suya a José. Ya podían ver el tramo de escaleras que María les había indicado.

Una mano acarició el rostro de José. Creyó que había sido María, estaba equivocado. Otra mano se acercó a su rostro y José gritó. Antes de que los demás pudieran darse cuenta de lo que ocurría, José gritaba y gritaba y golpeaba con su antorcha una y otra vez, una y otra vez. Antonio retrocedió, apartándose de aquella escena, arrebatándoles su luz. Caminó hacia las escaleras, de espaldas, mirándoles con ojos desorbitados. Lázaro sujetó el brazo de José, detuvo los golpes.

—Basta. ¿Qué ha ocurrido?

José le miró. La antorcha había convocado extrañas siluetas en las paredes.

—Un resucitado —dijo José. Le temblaba la voz—. Se me ha echado encima.

—¿Dónde está? —preguntó María.

—A mis pies —dijo José, que podía notar la cercanía del cuerpo.

Lázaro recuperó la antorcha, se agachó. A sus pies descansaba el cadáver de una mujer mayor, delgada, el cráneo fracturado por los golpes que José le había propinado. A la luz de la antorcha la piel de su cuerpo adquiría una tonalidad amarillenta desagradable.

—¿Está muerta? —preguntó María.

—Ahora sí —dijo Lázaro.

—¿Qué quiere decir ahora sí? —preguntó José.

—Lo que he dicho. Ahora sí. Antes no. Esta mujer estaba viva.

—Dios mío. No es verdad.

—Compruébalo tú mismo.

Pero José no quería comprobarlo. No quería permanecer un segundo más allí. Se apartó del grupo, se internó en las sombras, amparándose en la oscuridad. Vomitó con una mano apoyada contra la pared. Temblaba. Había matado a una mujer. A una superviviente. ¿Qué hacía allí abajo? ¿Por qué no le había hablado? ¿Acaso esta era la prueba que le mandaba Dios? ¿Había fracasado?

Sobre su conciencia pesaban demasiadas muertes, pero siempre las había considerado como daños colaterales. Esta vez no podía desentenderse, esta vez había causado la muerte a un ser humano con sus propias manos.

—Vamos. No pasa nada. No podías saberlo —le dijo María.

Lázaro, detrás de ella, sostenía la antorcha y le miraba. No había clemencia en esa mirada, tampoco desprecio. José no sabía qué pensar.

—Está muerta. Su muerte no es más que una línea en una novela. No le concedas más importancia —dijo Lázaro.

José vomitó de nuevo, aunque ya no tenía nada que vomitar en el estómago. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que habían comido? Quería pensar que muy poco tiempo, pero no lo sabía. Se pasó el dorso de la mano por la boca. Miró a Lázaro.

—No es cierto. He matado a una mujer.

—Seguro que no es tu único pecado —respondió Lázaro.

José sintió ganas de golpear a aquella cosa que se hacía pasar por un hombre. Apretó los puños, los dientes. Lázaro sonrió. Le invitaba, le retaba. José sabía que si se abalanzaba sobre él Lázaro le mataría. Sin esfuerzo, sin dudarlo. María se acercó a José, apoyó una mano sobre su hombro. Él se sobresaltó, se apartó de ella. Antonio balanceaba de un lado a otro su antorcha, como si le pesara demasiado. La sombra de José pareció encogerse cuando la sombra de María le acarició.

—No es culpa tuya.

—Sí lo es —dijo José—. Claro que lo es.

—De nada va a servirnos sentarnos aquí y discutir sobre ello. Tenemos que

continuar. Las antorchas no durarán para siempre —apuntó Antonio.

Todos, incluso José, comprendieron que tenía razón. Antonio avanzó con cautela, seguido de María. Lázaro miró a José.

—Ahora es el momento de continuar. Vamos —dijo Lázaro.

José quería resistirse, gritar que era culpable, un monstruo que había acabado con la vida de una inocente, pero ni él mismo lo creía. Había sido un accidente. Había sido en defensa propia. Nadie en su sano juicio le culparía por lo ocurrido. De hecho era muy probable que no quedara nadie cuerdo en el mundo, más allá de ellos cuatro, y no estaba claro que lo estuvieran. Tendría que aceptar lo que había hecho, saltarse todas las fases intermedias que mencionaban los psicólogos y seguir adelante. Como siempre había hecho. Como Lázaro bien había dicho, este no era su primer pecado.

Envuelto por la mortaja de sombras que tejía la red de metro, José decidió continuar tras las luces que ya se perdían escaleras arriba. Avanzó con paso decidido, sorteando obstáculos que se mostraban ante él como siluetas deslavazadas. Alcanzó al grupo cuando ya se internaban en la planta superior.

—Es por ahí —dijo María.

Señalaba un grupo de mesas y sillas desparramadas, lo que antes había sido una próspera cafetería. La dejaron a un lado, cruzaron unas puertas metálicas. Ante ellos se alzaban dos tramos paralelos de escaleras mecánicas.

—Tres tramos y estaremos fuera.

—Adelante.

Subieron.

En la siguiente planta los autobuses de línea esperaban junto a sus paradas, silenciosos, vacíos. Algunos habían sido volcados. Olía como si se hubiera desatado un incendio. Por el techo acristalado se filtraba la luz del exterior. Lázaro dejó caer su antorcha, Antonio hizo lo propio. No se detuvieron, continuaron el ascenso. Querían salir de allí. Una planta más arriba se amontonaban las maletas, su contenido desparramado por el suelo como si ladrones apresurados las hubieran saqueado. Avanzaron a saltos, procurando no tropezar. La salida estaba apenas a un tramo de escaleras. Subieron a la carrera, ansiosos.

—Oh, Dios —dijo María cuando alcanzó la superficie.

Los demás se mantuvieron en silencio. A su alrededor una multitud de redivivos inundaba la calle Avenida de América como una plaga de langostas. Una multitud que les ignoraba, pero que bloqueaba su camino, que les obligaba a plantearse qué harían a continuación.

35
José 1:6

No existe más ciego que el que no quiere ver. Eso solía decir su hermano, y José tuvo que reconocer, muy a su pesar, que era cierto. Cuando las evidencias eran irrefutables, cuando todo apuntaba en una sola dirección, José había tratado de ignorar la realidad y seguir adelante. ¿Por qué? Porque era mucho más fácil no enfrentarse a ello. Porque confirmar sus peores temores destruiría su vida y la de los seres que más quería. Por eso luchó y negó lo que no podía ser negado, pero finalmente tuvo que claudicar y reconocer que su matrimonio se había ido a la mierda.

Tenía que haberse dado cuenta antes. En las primeras reuniones familiares, esas comidas y cenas que forman parte de la ruta obligatoria que siguen sin desviación posible todos los matrimonios. Nos vemos con tus padres en Nochebuena, cenamos con los tuyos en Año Nuevo. Ahora la niña era la atracción. Era la primera, tanto para su familia como para la de ella, y en todas las casas era motivo de regocijo. Rodeado de su familia José aprovechaba para evadirse. Dejaba que sus padres, ahora convertidos en orgullosos abuelos, se entretuvieran haciendo carantoñas a la recién nacida. Él prefería servirse una copa, sentarse en el sofá. Descansar. Ya en esos primeros momentos, cuando buscaba a su mujer y no la encontraba a su lado, debía haber sospechado. Pero no lo hizo. No era lógico, no tenía sentido.

Le sorprendió aceptar la rutina de las visitas en su propia casa. Si los domingos eran coto cerrado de padres y suegros, que les convocaban cada dos semanas (para que las consuegras no discutieran) a la comida inexcusable, pronto consideraron que aquella relación frugal, de besos rápidos, botella de vino y conversación frente a la televisión no era suficiente. Al menos un día entre semana se presentaban en su casa, ya fueran padres, ya fueran suegros, con la excusa de ver a la niña.

—A ver si de no vernos lo suficiente luego, si un día nos la queréis dejar, ni nos reconoce —decía la madre.

—Esta es nuestra alegría, poder verla al menos una vez a la semana vale más que cualquier regalo que pueda hacerme mi marido —decía la suegra.

Para sentirse cómodos con las visitas decidieron que uno de ellos se sacrificaría y los atendería, y que el otro, en esas tardes bulliciosas, podría dedicarse a sus propias cuitas, no considerándose abandono. Para José la decisión le permitía reunirse con sus amigos sin hijos, cada vez más distanciados, y jugarse unas partidas al mus mientras tomaba un par de cervezas. Para su mujer, tal y como ella le contó, le sirvió para aprovechar ese tiempo libre acercándose a tiendas a las que apenas tenía tiempo de visitar por la niña, a cubrir compromisos con amigas, a relajarse simplemente paseando sola por la ciudad.

José había sido un estúpido pensando que lo que le decía era cierto.

La primera sospecha llegó una tarde de lluvia. La niña lloraba para pedir que le cambiaran el pañal, sus suegros le hacían monerías mientras él, paquete de toallitas en mano, pensaba cómo hacerlo sin que resultara demasiado traumático para todos. Decidió no llevarla al cambiador, lo haría sobre la mesa del salón. El llanto no remitía, tampoco las sonrisas y los gestos de sus suegros. José desabrochó el pañal, utilizó las toallitas. Se dio cuenta de que había olvidado coger un pañal limpio, así que dejó a la niña con los payasos del geriátrico y fue al cambiador a coger uno.

Oyó entonces el inconfundible sonido del teléfono móvil de su mujer. Con las prisas al salir se lo había olvidado. Le había dicho que había quedado con una amiga, que llegaba tarde, así que José pensó que quizá era la amiga la que llamaba. El teléfono bailaba al son de Shakira sobre la estantería. Lo cogió y descolgó sin mirar el número.

—¿Hola? —dijo.

Al otro lado de la línea, un silencio incómodo. Se oía el ruido de los coches, el rumor de la calle. Todo ello se mezclaba con el repiqueteo de la lluvia, con el llanto de la niña, con el murmullo de sus suegros. José sostenía el pañal limpio en una mano, el teléfono con la otra. Liberó su mano del móvil atrapándolo entre su hombro y su oreja.

—¿Hola? —repitió.

Después se dedicó a colocarle el pañal a la niña, que ya empezaba a calmarse. Quizá tendría hambre. Sí, ya debía ser la hora. Buscó con la mirada el pequeño reloj digital que su mujer había colocado junto al televisor, una fuente de estrés adicional que no había logrado suprimir por mucho que lo había intentado.

—¿Hola? —dijo por tercera vez.

—¿José? —dijo una voz que tardó en identificar— ¿Qué haces?

Era su hermano. Preguntaba por sus padres, si hoy habían pasado por allí. José le dijo que no, que la visita de hoy era la de los padres de su mujer. Su hermano habló un rato más, pero José no le prestó demasiada atención. La niña tenía hambre y tenía que preparar el biberón. Aunque tardara apenas unos minutos en hacerlo, serían unos minutos de desconsuelo y, evidentemente, de estrés. Y José lo que menos quería en este mundo era estresarse. Por eso colgó y atendió a la niña y a los suegros y se olvidó por completo de la llamada.

Hasta el día que su mujer se dejó la cuenta de correo abierta.

Esa tarde sus padres cancelaron la visita, pero ella decidió salir. A dar un paseo, a relajarse. La niña estaba dormida, algo que José agradeció. La despertaría en un rato, ya que cuando se dormía a deshoras la noche se convertía en un suplicio. Mientras tanto, para aprovechar el tiempo, se dedicaría a adelantar trabajo en el ordenador. Se sentó frente al portátil, levantó la tapa. Inició la sesión y descubrió que el navegador

estaba abierto. Su mujer había estado leyendo el correo antes de marcharse y había olvidado cerrar la sesión. Dudó durante un segundo. ¿Cerrarla sin más y abrir su propio correo? ¿O cotillear un poco en la maraña de mensajes que ella había enviado y recibido? En la pantalla se listaba el asunto de los correos y el nombre del remitente. Con una sonrisa boba leyó por encima las líneas, sin prestar demasiada atención. Algo en su nuca, un pinchazo suave, le decía que lo que estaba haciendo no estaba bien. Lo ignoró y continuó leyendo. Publicidad, hilos de grupos de fotografía a los que estaba apuntada, mensajes en cadena reenviados por alguna amiga.

Cuando descubrió el mensaje de su hermano se sorprendió. Cuando leyó el asunto del correo se sintió obligado a abrirlo. Había empezado a sudar y de pronto le dolía la cabeza. Abrió el correo. Leyó lo que su hermano le decía a su mujer. Ató cabos. Comprendió en qué consistían los paseos, en qué consistían sus mentiras.

No dijo nada.

Ella volvió a casa a la hora habitual, y él no dijo nada. Nunca. Dejó que pasara el tiempo, que ella mantuviera su doble vida durante años. No al mismo ritmo, claro está. Incluso llegó a sospechar que habían terminado sus encuentros, o que se habían espaciado tanto en el tiempo que no eran relevantes. Se volvió más frío, más distante, y José quiso creer que ella sabía que él lo sabía, pero también prefería no hablar de ello.

Después supo que se había quedado embarazada.

José sabía que ese niño no era suyo. Lo sabía sin ningún asomo de duda.

36
La separación

El cielo era un hervidero. Los ángeles cubrían el firmamento, volando en círculos, aullando. Era un espectáculo hermoso y dantesco al mismo tiempo. Los ángeles negros caían en picado solo para desplegar sus alas y remontar de nuevo el vuelo. Los querubines revoloteaban a su lado, se amontonaban en las azoteas como palomas esperando un autobús repleto de ancianos con barras de pan en el regazo. Se respiraba en el aire la ansiedad, el deseo, la esperanza. Los resucitados habían empezado a avanzar. Todavía lo hacían con torpeza, en círculos, pero desde el interior del intercambiador, rodeados por fragmentos quebrados de lo que una vez fue una carcasa de cristal, precariamente aislados de la multitud fallecida, Lázaro y sus acompañantes podían ver que cada vez estaban más cerca. Todos sabían que las puertas volverían a abrirse, que las escaleras serían visibles de nuevo. Todos, ángeles y resucitados, querían subir al cielo.

Los resucitados inundaban la Avenida de América. Su avance era caótico. No era extraño verlos caer al suelo, ser pisoteados por los que caminaban tras ellos. Avanzaban hacia las Torres Blancas, suerte de Torre de Babel que se erigía como un tótem de cemento y cristal y que amparaba en su interior, si los sentidos de Lázaro no le engañaban, los primeros escalones de la entrada al cielo. Todavía no se habían formado completamente, pero cuando lo hicieran el edificio se desmoronaría como un castillo de naipes barrido por el viento. Antes de que eso ocurriera Lázaro debía estar en el interior del edificio. Los resucitados compartían su visión.

Antonio contemplaba la procesión con auténtico terror. Era cierto que los resucitados no les prestaban atención, pero por si acaso ellos se habían refugiado en el intercambiador acristalado. Justo enfrente habían abierto un local de apuestas deportivas. Antonio se imaginaba a los resucitados amontonándose en la entrada, preparados para apostar por una victoria del Barça en el campo del Real Madrid. Al fin y al cabo estaban muertos, tampoco tenían nada que perder.

Los redivivos que eran conscientes de su presencia les miraban con ojos vacíos, no mostraban ninguna intención de ir en su busca. Antonio pensaba que todo se trataba de una gran broma, que estaban disimulando, esperando a que se atrevieran a salir del intercambiador y, cuando lo hicieran, los atraparían y los harían pedazos entre gritos y aplausos.

—No podemos estar aquí dentro mucho más tiempo —dijo Lázaro—. Si queremos llegar a las escaleras, debemos salir.

—Es una locura —dijo Antonio—. No podemos ir con ellos.

—No tenemos otra opción.

—¿Por qué perdimos el tiempo en el metro? Podíamos haber hecho esto mucho

antes —dijo María.

Su abdomen cada vez estaba más grande. No tenía lógica, no podían explicarlo. Iba contra la naturaleza. Aún así, ella no parecía haber perdido la cordura. Ni siquiera le daba importancia. El único gesto que se permitía delante de ellos era acariciarse la barriga con la mano y tamborilear sobre ella con sus dedos. Perturbador.

—Algo ha cambiado —dijo José—. Ahora no les importamos. Solo tienen en mente la puerta.

—Dudo que esas cosas tengan algo en su mente —dijo Antonio.

—Podríamos charlar sobre ello durante las próximas horas, pero sería una estupidez. Tenemos que marcharnos ahora. Si queremos ascender por esas jodidas escaleras, tendremos que caminar entre los muertos —dijo Lázaro.

José asintió. Era lógico, no tenían otra opción. Salir y caminar con los muertos. Al fin y al cabo, si no lo estaban ya, poco les quedaba para estarlo. José pensó en la mujer del metro y de nuevo las arcadas se abrieron paso hasta su boca. Logró tranquilizarse, mirar a Lázaro.

—¿Cómo lo haremos?

—Saldremos, simplemente eso. Caminaremos a su lado, no nos harán daño. Todos vamos al mismo sitio.

—Yo no —dijo María—. Yo voy a casa de mis padres.

—Yo no salgo de aquí —dijo Antonio.

Lázaro los miró a todos, uno por uno, valorando sus palabras. Hasta aquí hemos llegado, pensó. Su visión le había permitido reconocer a los que le acompañarían en su camino, pero no podía precisarle cuándo le abandonarían. Ahora era tan buen momento como cualquier otro.

—Ha llegado el momento de tomar decisiones. Supongo que tendremos que despedirnos —dijo Lázaro.

Le tendió la mano a Antonio. Este dudó, pero la estrechó con fuerza. Se miraron a los ojos un segundo. No dijeron nada. Lázaro entonces se acercó a María, que sin darle tiempo a dudar le dio dos besos. Cuando José se acercó a ella hizo lo mismo. Antonio y José se estrecharon la mano y cruzaron palabras vacías para rellenar el silencio de la despedida.

—Espero que tengáis suerte —dijo María.

—A ti te da igual —dijo Antonio.

Lázaro se acercó a él.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

Antonio retrocedió instintivamente. Parecían dos púgiles que acabaran de saltar al ring, midiendo a su rival antes de dar paso a las primeras escaramuzas.

—Tú no te juegas nada.

—¿Cómo que yo no me juego nada?

—Nosotros arriesgamos nuestra vida, la única que tenemos. Tú eres peor que un gato.

Lázaro sonrió. Lo hizo de la misma forma que no querían recordar, la sonrisa que les estremecía, que les aterraba.

—Yo tengo muchas, Antonio, pero te aseguro que quiero perderlas. Todas. Eso sí, no a manos de esos descerebrados. Necesito llegar sano y salvo a las escaleras, como todos.

—No contéis conmigo.

—No lo haré —dijo Lázaro.

—Yo tampoco —dijo José.

—Ahora que los hombres han terminado de medir sus pollas, es hora de salir —dijo María.

—Sí.

María salió la primera. Lo hizo sin miedo, avanzando a paso vivo entre los redivivos. José y Lázaro salieron tras ella. Ninguno de los tres se volvió. Ninguno le dedicó una última mirada a Antonio, una última palabra. Simplemente se marcharon. Antonio se quedó allí, sentado, en un refugio que no era tal y que los resucitados podían mancillar cuando desearan. Se quedó allí de pie, viendo cómo subían por Avenida de América y se internaban por la calle Mataelpino, detrás del edificio de la UGT. Los resucitados avanzaban con ellos, huelguistas apasionados con un único propósito: subir a los cielos. Malditos todos, los vivos y los muertos. Malditos todos, pensó Antonio.

Después cerró los ojos y salió.

37
María 1:6

Esa noche, esa maldita noche, no se encontraba bien. Había salido con unas amigas y había bebido unas copas. Mojitos, muy cargados, como le gustaba al dueño del bar, un cubano con mucha verborrea que se quería tirar a una de las tres. A María no le desagradaba, era un chico atractivo, simpático, muy pagado de sí mismo. No le iba a permitir que se acostara con ella, claro, pero dejó que le invitara a la última ronda. No, perdón, a la penúltima, que a una de sus amigas si le iba ese rollo del polvo fácil.

Esa noche volvió a casa en taxi. Hacía frío cuando salió del local, era noche cerrada, más de las tres de la madrugada. Ya llegaba tarde y aunque hacía ya bastante tiempo que habían dejado atrás lo de los horarios, en casa siempre tenían una mala cara cuando volvía tan tarde. Salió con una de sus amigas, la otra decidió quedarse dentro y probar suerte. La música se la tragó el local cuando cerraron la puerta. Decidieron bajar los tramos de escaleras que les separaban de la calle Princesa, allí podrían coger un taxi que las llevara a casa. María vivía en la Avenida de América con sus padres, su amiga un poco más allá, en Parque de las Avenidas, junto a la estación de metro. Pero a esas horas ya no había metro, ni tenían cuerpo para buscar una parada de autobús por la que pasara un búho que les llevara a casa. Estaban cansadas, contentas pero cansadas.

Hablaron bastante mientras esperaban al taxi. Pasaban algunos, pero la mayoría estaban ocupados. Los que no lo estaban circulaban por el otro sentido y o no las vieron o no tuvieron interés en parar. Hablaron de chicos, de chicas, de qué les depararía la vida. De cualquier cosa para mitigar el frío. El alcohol les soltaba la lengua. Vieron un taxi, levantaron la mano al unísono, rieron. El taxista se detuvo. Cuando entraron hizo un rápido comentario sobre chicas bonitas bien vestidas y altas horas de la noche. Ni a María ni a su amiga les hizo gracia, pero cuchichearon entre ellas y mantuvieron la sonrisa.

El taxi la dejó en la puerta de su casa. Se despidió de su amiga con un beso en la boca, que el taxista amargado pensara lo que quisiera. Subió las escaleras del portal eufórica, llegó a la puerta de su casa mareada. Malditos mojitos.

Entró y cerró la puerta con cuidado, procurando no hacer ruido. Se movió a oscuras por el salón hacia las escaleras. La casa de sus padres (que no la suya, no lo era y nunca lo sería, eso lo tenía más que asumido) era un dúplex y su cuarto estaba arriba, frente al de sus padres. Se golpeó con el aparador y los platos y las copas de su interior tintinearon con estrépito. Ya la había jodido. Recordó entonces que esa noche su madre no estaba en casa. Había tenido que marcharse al pueblo: a su tía, como solía decirse, le quedaban dos telediarios. Pasaría allí un par de días y volvería

después del entierro. Su padre se había negado a acompañarla. Tenía trabajo, no estaba para esas chorradas. Solo era su tía y la veía una vez cada seis años, por favor.

María a veces odiaba a su padre.

Subió por las escaleras más tranquila, ya que la que se levantaba a echarle una bronca innecesaria era siempre su madre. Su padre pasaba de esas cosas. Se dormía y ya está. Así eran los padres chapados a la antigua. Entró en el cuarto de baño, cerró la puerta. Encendió la luz. Qué aspecto más horrible. El espejo se mostraba cruel con ella. Se lavó los dientes, la cara. Perfecto. Salió en silencio y entró en su cuarto. Allí se desvistió —botas, medias, falda demasiado corta, jersey, sujetador de color verde brillante— y se metió bajo las sábanas vestida únicamente con sus braguitas de mil colores, las que no pensaba dejar que viera aquel cubano tan atractivo.

Tardó poco en dormirse.

Despertó cuando sintió su cuerpo sobre el suyo. Aterrada quiso gritar, pero la mano tapaba su boca, la ahogaba. Pataleó y trató de arañar a su agresor. En la oscuridad del cuarto no lograba identificarle.

—Tranquila, tranquila, soy, papá, papá —dijo.

Y lo reconoció por el olor de su colonia, Old Spice, mezclada con vaharadas de alcohol barato que escapan de su boca. Dejó de luchar cuando sintió la mano de su padre sobre su pecho. Ni siquiera gritó cuando él apartó la mano de su boca y trató de bajarle las bragas. Estaba tan aterrada que no hizo nada. Absolutamente nada. Sintió durante unos segundos que eran dos amantes silenciosos, que no querían hacer ruido para no despertar a su madre, que dormía en el cuarto de al lado. Pero la realidad era más desagradable que cualquier fantasía que pudiera fabular. El hombre que introducía cariñosamente los dedos en su cuerpo era su padre y estaba borracho. Ella también había bebido demasiado. Su madre estaba esperando un funeral.

Trató de incorporarse, pero la presión del cuerpo de su padre se lo impidió. No fue rudo, sí autoritario. Abrió la boca, pero no dijo nada. El rostro de su padre era un borrón negro sobre su cabeza. Podía pertenecer a cualquiera. Fantaseó con ello, apenas unos instantes. Sintió la polla de su padre, libre de ataduras, junto a su muslo. Se mareó. Toda la habitación daba vueltas. Él la penetró mostrando cierta inexperiencia, cierta torpeza. Ella jadeó. Él no tardó más de unos segundos en correrse, ella vomitó.

—Tranquila —dijo su padre—. Lo limpiaremos. Juntos.

Y María no sabía a qué se refería exactamente. Ni quería saberlo. Solo quería que saliera de su cuarto, que se marchara, que no volviera *a tocarla maldito monstruo enfermo maldito seas no te acerques nunca más enfermo maldito monstruo te mataré si me tocas* pensó, pero no dijo nada. Solo lo pensó.

Él se mostró solícito. La ayudó a incorporarse *no me toques monstruo enfermo monstruo* y salió en busca de la fregona y el cubo. Limpió el vómito vestido

únicamente con sus calzoncillos. María no podía apartar su mirada de ellos. Le fascinaba que su padre fuera capaz de aquello tras lo que había ocurrido. Quiso levantarse, correr hasta la cocina, coger un cuchillo y hundírselo en el estómago. Se imaginó haciéndolo mientras su padre pasaba la fregona por el suelo. Se imaginó a sí misma mutilándole los genitales mientras él le indicaba *sin tocarme gracias degenerado* que se levantara y procedía a cambiar las sábanas.

—Lo lavaremos hoy e intentaremos que mamá no se entere, ¿eh, bonita?

Recogió las sábanas y se marchó escaleras abajo, hacia la cocina.

María se quedó allí, sin saber muy bien qué hacer, esperando a que volviera.

Pero no volvió.

Cuando su padre subió entró en su propio dormitorio y cerró la puerta. Ni siquiera me ha dado las buenas noches, pensó María. Después se dijo a sí misma que se había vuelto loca. Que cualquier otra persona en su lugar hubiera luchado, hubiera matado a ese hombre. No era un hombre. No era su padre. No era nada para ella. Estaba muerto para siempre. Muerto. No sabía cómo se comportarían delante de su madre. Lo que había ocurrido no se podía ocultar. A no ser, claro, que ella no quisiera verlo. Nadie querría ver algo así.

Con el tiempo ocurrirían muchas cosas. Su madre enfermaría, ella se marcharía de casa. Su padre no volvió a tocarla. Nunca. De ninguna forma. Ni siquiera la miraba a los ojos. Todo había sido un error, una locura producto del alcohol, un acto demente. No justificable. No, no podía justificarlo. No podía perdonarlo.

Durante mucho tiempo María se preguntó qué podría hacer su padre para que ella le perdonara. Llegó a la conclusión de que nada de lo que hiciera sería suficiente para lograrlo.

38
Hogar, dulce hogar

María subió los escalones del portal, se detuvo frente a la puerta de entrada. La habían cambiado desde la última vez que había entrado en el edificio. Habían sustituido la vieja puerta negra por una puerta enorme, gris, con tiradores dorados en las zonas acristaladas. Estaba cerrada. De alguna forma verla cerrada le tranquilizó. Después comprendió que si no tenía la llave no podría abrirla. Dejó escapar su rabia con un silbido. Se volvió. Lázaro y José ya se habían marchado en dirección a las Torres Blancas. Al cielo. ¿De verdad creían que podrían entrar en el cielo?

María se enfrentó a la puerta. Apoyó sus manos sobre ella. Inesperadamente se abrió. Lo hizo con suavidad, sin el deslizamiento errático de la anterior. Lo hizo en silencio. María agradeció ambas cosas. Se detuvo junto a la entrada, buscó el nombre de sus padres en la colmena de buzones desplegada en la pared. La tarjeta escrita a mano seguía donde siempre había estado. Habían tachado su nombre con un rotulador negro. No supo si reír o llorar. En la pared de enfrente un tablón exhibía el cartel de aviso de la lectura del gas. Nadie se había molestado en arrancarlo. María se fijó en la fecha confirmada de visita, una combinación de números y letras que se le antojó un absurdo. No podía relacionar de ninguna forma esa fecha con su realidad actual.

Entró en el patio de la planta baja. El edificio poseía una amplia zona común, empedrada, que los inquilinos de los pisos bajos utilizaban para su propio disfrute. No lo compartían con el resto de los vecinos. María recordaba haber montado en bici allí, recorriendo el patio común de un extremo a otro, desde el árbol que se resistían a talar en el extremo más alejado de la finca hasta el lugar donde el portero dejaba los cubos de basura cuando los subía de la calle. Sus padres vivían en uno de los pisos bajos y en verano acostumbraban a montar una mesa y unas sillas, comer fuera, pasar las tardes charlando con otros vecinos. De pronto todo aquello le parecía hermoso: tan lejano, tan añorado.

Lástima que su padre no pudiera ser borrado de la ecuación.

Caminó por el patio. Creía que en cualquier momento se abriría una puerta y saldría uno de sus vecinos, dispuesto a involucrarla en una charla plagada de lugares comunes y referencias al tiempo que hacía. Estaba tan acostumbrada a que ocurriera que llegar hasta la puerta de la casa de sus padres sin ser interrumpida le hizo sentirse incómoda. Una desagradable sensación de soledad empapaba las paredes. De pronto supo con toda certeza que tenía miedo. Miedo de encontrar lo que había venido a buscar.

La puerta estaba cerrada, como todas. ¿Se habrían refugiado todos los vecinos en sus casas? No parecía probable. Ni siquiera que lo hubieran hecho sus padres. Pero ella estaba allí y ya no podía dar marcha atrás. Oh, bueno, podría dar media vuelta y

correr entre los muertos para reunirse con Lázaro y José. Para subir al cielo. Pero sabía que Dios no lo permitiría. Ella era una asesina, había matado a su propio hijo. No tenían un lugar en el cielo reservado a los asesinos, ese lugar estaba en el infierno. Y allí acudiría cuando terminara lo que había venido a hacer.

Llamó a la puerta. Se sintió como una estúpida al pulsar el timbre y oír el silencio. Después lo hizo con los nudillos, golpeando la hoja de la puerta. Una, dos, diez veces. Esperó. Nadie acudió a abrirla. Extrañamente eso le hizo sentirse mejor. ¿Qué había esperado? ¿Que su madre acudiera a abrir? ¿Que le dijera que su padre había muerto a manos de un ángel especialmente violento? No, era absurdo. No sabía lo que esperaba. Simplemente quería entrar allí, ver su casa por última vez.

Mostrarle a su antigua casa que la niña que se había marchado había vuelto como mujer, embarazada.

Llevaba un manojo de llaves en su bolsillo. Demasiadas llaves, siempre se lo decían. Pero ella no podía deshacerse de ellas. Ahora la vida le daba la razón. Buscó la que correspondía a la cerradura de la puerta, la introdujo con cuidado, casi con respeto reverencial. Una vuelta. Dos vueltas. Tres vueltas. El último clic abría paso a todo un mundo de recuerdos. Un mundo terrible, ansiado.

Entró.

Olía a rosas podridas.

Su padre siempre le regalaba rosas a su madre el día de su cumpleaños. Rosas siempre distintas, le decía su madre. Nunca, en todos los años de matrimonio, le había regalado el mismo ramo de rosas. María podía corroborarlo. Rosas blancas, rosas de cristal, rosas de papel. Rosas pintadas en un cuadro, rosas de metal fabricadas por un orfebre. Un reloj con una rosa grabada en su parte inferior. Rosas. A María, antes de que ocurriera lo que nunca debió ocurrir, ver las molestias que su padre se tomaba para sorprender a su madre le maravillaba. Era difícil no tener en un altar, cuando eres solo una niña, al hombre que es capaz de extraer la sonrisa más auténtica del corazón de tu madre.

El olor que impregnaba la casa era el último regalo que su padre le había dejado. El hedor de la muerte la recibía con los brazos abiertos. Se detuvo junto a la entrada de la cocina. El reloj que su padre le había regalado a su madre y ella había colgado sobre la campana extractora, en la cocina, se había detenido. Sus agujas marcaban números sin sentido. La cocina estaba vacía, en silencio, sin ese rumor tan característico que albergaba cuando su madre estaba en ella bregando con platos y sartenes. Su padre nunca entraba, ironizaba diciendo que era el santuario de sus mujeres. Sus dos mujeres. María recordaba ahora esas palabras con repugnancia. Se pasó la mano por la barriga. Había tenido que desabrocharse el botón del pantalón, bajárselos un poco. Gracias a Dios que no llevaba ropa ajustada. Todo aquello no tenía ningún sentido, pero no iba a permitir que lo absurdo de la situación le obligara

a perderlo de nuevo. Esta vez se quedaría con ella.

Su hijo.

De nadie más.

Se adentró en el salón. Todo estaba como lo recordaba. Más desordenado. Sucio. Había restos de comida por todas partes, como si los hubieran esparcido por los muebles y las paredes con un aspirador. La mesa del salón estaba volcada; el televisor yacía en el suelo, hecho pedazos. Lo único que permanecía intacto era el sofá, y María lo agradeció. Anduvo hasta quedar frente a él. Sonrió. Aquel era el reducto privado de su padre, que lo compartía con su madre porque no le quedaba otro remedio. Encendían la tele y se sentaban juntos a verla. El mando siempre en manos de su padre. Telediarios, partidos de fútbol, interminables películas del oeste con más de treinta años de vida. Quizá por eso a María le fascinaban ahora los dibujos infantiles, porque de pequeña apenas había tenido oportunidad de catarlos.

Se sentó en el sofá, cerró los ojos. El hedor persistía pero su sentido del olfato estaba saturado y se esforzaba por ignorarlo. Acarició su vientre con ambas manos. Así que este era el final del viaje. No había más. La casa estaba vacía, como era de esperar. Sus padres habrían huido, como todos. Quizá habían logrado esconderse, quizá no. Nunca lo sabría.

—Hogar, dulce hogar —dijo.

María pensó que debía subir a la otra planta para asegurarse, pero desechó la idea. Era evidente que estaba sola y ver el dormitorio de sus padres, el suyo propio, solo la ayudaría a hundirse un poco más en el sentimiento de miseria que la estaba carcomiendo por dentro.

Fue entonces cuando oyó el ruido. Un susurro, un movimiento apenas anunciado. No abrió los ojos. Quería creer. Quería creer que aquel sonido procedía del movimiento contenido de su madre, que quería darle una sorpresa. Estoy sola, le diría, tu padre salió y nunca volvió. Y ambas se abrazarían. Oyó un nuevo ruido. Pasos disimulados en la cocina, entrando en el salón. El corazón le latía alocado, suplicándole que abriera los ojos, que constatara el peligro al que se enfrentaba y huyera. Pero María ya no quería huir. Ni siquiera era consciente de que estaba llorando. Lo único que quería era que todo acabara. Simplemente eso. ¿Para qué luchar contra la incoherencia que la poseía?

Los pasos se detuvieron frente a ella.

—¿Papá? —dijo María sin abrir los ojos.

Papá porque merecía un castigo. Papá porque la historia no merecía un epílogo. Papá porque era la mejor forma de terminar su vida.

Una mano se apoyó en su boca. Sobresaltada, abrió los ojos.

—Tranquila, no soy papá. Pero igualmente pasaremos un buen rato —dijo Antonio.

39
Al pie de las escaleras

Los muertos caminaban a su lado sin prestarles atención. Avanzaban sin dudar, con paso firme, convocados por un poder que estaba más allá de su comprensión. En el cielo los ángeles aullaban como una bandada de cuervos que acechara un campo de trigo repleto de espantapájaros. Lázaro era más osado: como un conductor que portara un enfermo grave en el asiento de atrás, avanzaba entre los muertos haciendo eses, rozándolos, tocándolos incluso en algunas ocasiones. José trataba de seguirle pero los muertos, obcecados en seguir la línea que sus pasos erráticos les indicaban, le cerraban el camino y le alejaban de él.

—¡Lázaro! —gritó en una ocasión, pero el aludido ni se volvió ni se detuvo.

Las escaleras le poseían. José cruzó la calle Cartagena, continuó por una calle Clara del Rey atestada de muertos. ¿Dónde estaba Lázaro? Él no poseía ese demencial sexto sentido que le guiaba, que también guiaba a los redivivos. Lo único que podía hacer era seguirlos, pero era evidente que no todos sabían dónde iban. José intentó adelantar a una pareja medio descompuesta que, delante de él, avanzaban arrastrando los pies, desmadejándose. Se detuvo cuando vio que iban juntos, unidos de la mano. Muertos —porque era evidente que lo estaban— caminando juntos, con los dedos entrelazados. La realidad se estaba desmoronando.

Estaba mareado. Se cubrió el rostro con un pañuelo. Ya no podía apreciar su hedor, pero era evidente que las miasmas que se desprendían de aquel rebaño en descomposición le estaban afectando. Apoyó la espalda contra un escaparate. En su interior se amontonaban las maletas de todos los tamaños, desordenadas, abiertas. Creyó durante un momento que se trataba de una funeraria que exponía impúdicamente el interior acolchado de sus ataúdes. La súbita visión de las maletas le recordó a Antonio, solo, esperando en el intercambiador el momento propicio para salir. Estúpido cobarde.

Siguió caminando tras los muertos, mirando atrás, a los lados, examinándolos. Muchos de ellos avanzaban en grupos organizados, sus miembros siguiendo la coreografía de pasos al ritmo que sus cuerpos maltrechos lo permitían. Gran parte iban desnudos, o apenas con ropa. José imaginó que la mayoría procedería de hospitales. También, entre la multitud, podía descubrir a muertos más recientes, los que exhibían aparatosas heridas de mordiscos en sus cuellos, o llevaban ropas empapadas de sangre. Los nuevos redivivos, los que habían sido resucitados por fuerzas, en principio, ajenas a Dios.

Dios.

¿Les estaría esperando con las puertas del cielo abiertas? ¿Era a esta comunidad fiel a la que le concedería el paraíso?

Atrapado en el atasco, José siguió caminando hasta que llegaron a un cruce. Allí, al otro lado de la calle, se levantaba un edificio enorme que, por la señal de tráfico que había dejado atrás, tenía que ser un colegio. Los muertos, al llegar allí, optaban por continuar por la calle Clara del Rey abajo o girar a la derecha, hacia Corazón de María, hacia las Torres Blancas. Lázaro le esperaba al otro lado. Alzó la mano cuando le vio.

—No podía avanzar, lo siento.

—No te preocupes. Ven, antes de continuar hasta las escaleras quería mostrarte algo.

—¿Eso? —dijo José.

En el cielo los ángeles se enzarzaban en pequeñas reyertas. Desplegaban sus alas, abrían sus bocas y se abalanzaban sobre otros ángeles. Los querubines había optado por invadir el territorio de las palomas y esperaban en la azotea, en el alféizar de las ventanas, el milagro que todos ansiaban.

—No. Ven.

Lázaro optó por continuar bajado por Clara del Rey, José le siguió. Allí el número de redivivos era menor, la mayoría había decidido seguir el camino más corto.

—¿Ya está abiertas las puertas del cielo?

—Sí y no —dijo Lázaro—. Las puertas están abiertas pero las escaleras no están tendidas. Reglas absurdas para un universo absurdo. Seguro que los hindúes habrían sido más imaginativos.

—¿Y el punto de reunión sigue siendo las Torres Blancas?

—Sí.

Lázaro condujo a José hasta un portalón verde, metálico. Estaba abierto. Entraron y descubrieron un patio con una pista de baloncesto. Unas escaleras conducían a una planta inferior, con más canchas de baloncesto y de fútbol. El patio del colegio. José se detuvo a los pocos pasos. Allí estaban los niños, un centenar de ellos. Muertos. Amontonados como trozos de carne en un congelador. Alguien se había molestado en organizarlos en obscenas columnas de carne que ascendían hasta las ventanas de la primera planta. Se mantenían en un equilibrio precario, oscilando levemente de un lado a otro con la brisa.

—¿Quién… quién ha sido… quién ha hecho esto?

José se acercó a la barandilla, miró al patio de la planta inferior. Allí la disposición de los cadáveres de los niños resultaba más perturbadora. Los cuerpos estaban tumbados sobre el pavimento, amortajados con ropas negras, empapados en sangre. Para alguien que estuviera en la planta baja simplemente serían cadáveres olvidados, desordenados. Desde la posición en la que se encontraba José formaban letras. Cuatro letras. Dios.

—No quién —dijo Lázaro—. Eso es irrelevante. Lo que importa es por qué lo han

hecho. ¿Qué pretendían con esto?

José negó con la cabeza.

—No lo sé, ¿cómo podría saberlo?

—Era una pregunta retórica. Yo tampoco lo sé. Pero seguro que ellos sí lo saben.

En una de las ventanas del primer piso, junto a una de las columnas de carne y sangre, dos rostros cansados les observaban. Un hombre y una mujer, dos desconocidos que se refugiaban en el interior del colegio. Quizá habría más allá dentro. Más supervivientes cuyas mentes se habían corrompido hasta el punto de orquestar aquella locura. No podrían haberlo hecho solos, por supuesto. Aquella tarea faraónica debía, por fuerza, haber implicado a más actores, a más personas que habían manchado sus manos de sangre para conformar aquella aberración.

—¿Quiénes son? —preguntó José— ¿Profesores?

Lázaro rió, una carcajada sincera cargada de dolor.

—Ni idea. Podríamos ir en su busca y preguntárselo, pero lo cierto es que no tenemos tiempo. Debemos ir a las escaleras.

—¿Por qué me lo has mostrado entonces?

—Porque tú no quieres ir al cielo —dijo Lázaro.

José abrió la boca. ¿Cómo se atrevía a juzgarle? ¿A decirle lo que pensaba o no pensaba? Apretó los puños. Le miró. Y comprendió que lo que decía Lázaro era la verdad. La pura verdad. No quería ir al cielo, no quería ser juzgado. Era culpable, era un pecador. No quería recorrer el camino hasta las escaleras para ser juzgado y ser enviado al infierno. Había recorrido este camino solo por una razón.

María.

Su redención.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué la había dejado sola?

—Tengo que volver con María —dijo.

Lázaro asintió.

—Ve con ella. Después vuelve y habla con ellos. Quizá te ofrezcan las respuestas que necesitas.

—Eso haré, eso haré —dijo José.

Le ofreció la mano a Lázaro, este la aceptó, tiró de él para fundirse en un abrazo. José no lo rechazó. Apoyó su cabeza sobre el hombro de aquel ser que no era un hombre. Lloró.

—No me preguntes —dijo Lázaro—. Suerte.

Lázaro vio marchar a José, recorrer el camino a la inversa, navegando contra corriente entre los muertos como un Caronte desquiciado que ha abandonado su barca. Después reanudó su camino. Rodeado de resucitados en busca de su muerte. Era paradójico. Lázaro alzó la vista. Las Torres Blancas dominaban el firmamento. Los ángeles se congregaban sobre ella, como moscas aprisionadas en papel con

pegamento. Estaban por todas partes. Sabían lo mismo que él: las escaleras brotarían de aquella estructura prescindible. Lázaro, acompañado por los muertos, entró en el patio que circundaba al edificio. Aquí y allá los redivivos se habían detenido, se habían sentado en el suelo o sencillamente se habían dejado caer como fardos. Lázaro avanzó entre ellos, sobre ellos, en dirección a las puertas que se abrían ante él, invitándole. Justo en el instante en que traspasó el umbral una luz cegadora rasgó el firmamento. Justo en ese instante los muertos abrieron sus bocas y aullaron al cielo. Los ángeles desplegaron sus alas y se alejaron de la estructura que se quebraba, que se desmoronaba. Lázaro permaneció en el interior, sabedor de que el edificio moriría pero que no le arrastraría con él. No ahora, no tan cerca.

El rumor del derrumbe acallaba cualquier otro sonido.

Fragmentos de cemento, de cristal, cayeron al suelo desde las alturas. Algunos de ellos arrastraban a despistados querubines hasta el suelo. La mayor parte se limitaban a aplastar los cuerpos de los muertos que esperaban en los alrededores. Los que estaban en el interior, con Lázaro, observaban con desinterés el desmoronamiento. Lo único que veían eran las escaleras. Hechas de luz viva, se solidificaban ante sus ojos cegados con rapidez. Eran enormes, creadas para que las recorrieran colosos. A medida que descendían, que un nuevo escalón brotaba en el aire y arrasaba una nueva planta del edificio entre explosiones de escombros, las escaleras adquirieron un tamaño más acorde a las criaturas que deberían ascender por ellas. Quizá cuando llegaran al suelo sería posible subir sin demasiado esfuerzo.

Lázaro gritó con los muertos. Lo hizo porque aunque no lo supiera estaba aterrado, dominado por el pánico. Había recorrido todo el camino hasta allí solo para morir. Ahora que estaba tan cerca deseaba con todas sus fuerzas huir, no afrontar la verdad de la muerte. No lo hizo. Algo en su interior le dijo que fuera con ellos, que subiera los escalones. Algo que sabía que mentía, pero a lo que se aferraba con desesperación.

Cuando el último escalón brotó ante sus ojos, apenas a unos centímetros de sus pies, Lázaro dejó de gritar. Las Torres Blancas ya no eran nada, habían desaparecido como si un coloso hubiera hundido en su centro una espada. Sobre ellos se abría el cielo, el mismo cielo gris del día del Juicio Final. Pero había una diferencia. Allí, de donde brotaban las escaleras, se había abierto una puerta. Donde Lázaro esperaba una metáfora, había cristalizado una realidad imposible.

Los ángeles descendieron en picado. Sabían que debían acompañar a los muertos en su ascenso, que debían recorrer todos los escalones si querían retornar a su hogar.

Lázaro, paralizado, esperó.

Los redivivos también.

Alguien debía dar el primer paso.

40
La verdad desnuda

Una vez, cuando María era pequeña, no más de ocho años, sus padres la enviaron a un campamento de verano. Allí acudía gran parte de sus compañeros de colegio, niños y niñas con los que ella mantenía, en su mayor parte, un trato distante. Estuvo una semana en un lugar de la sierra de Madrid que no logra recordar, viviendo en bastas estructuras de madera que los monitores denominaban ampulosamente bungalós, comiendo en barracones improvisados junto a niños que no eran de su edad, durmiendo en literas sobre colchones en los que anidaban todo tipo de insectos. No fue un verano agradable. Sobre todo por las noches, esas noches sentados alrededor del fuego de una hoguera, cantando canciones, escuchando cuentos de terror. Esas hogueras que ardían catalizadas por su propio miedo. Esas hogueras que después vio crecer en los ojos de su padre.

Las mismas que arden en las pupilas de Antonio mientras la obliga a tumbarse en el suelo. Lo hace con violencia, sin asomo de compasión. María podría enfrentarse a él. Es una chica joven, con fuerza. Podría luchar y Antonio tendría que emplearse a fondo para someterla. Pero María está cansada de vivir y nada de lo que le haga Antonio podrá hacer que se sienta peor. Él la golpea en la cara, un tortazo. Ella siente el calor inesperado en la mejilla y se lleva una mano allí donde la piel le arde. Él se la aparta con violencia. Después forcejea con sus pantalones. María se los ha desabrochado, le apretaban. No entiende cómo le resulta tan difícil a ese hombre torpe arrebatárselos.

¿Cuánto durará? De pronto le preocupa el tiempo. Cuando el mundo se ha detenido, cuando la muerte camina por las calles y arrastra a su paso ángeles y hombres, el tiempo no debería ser una preocupación para nadie. Sin embargo en la mente de María solo queda sitio para esa duda. Teme que dure demasiado, que la violación que Antonio pretende consumar interfiera con la apertura de las puertas del cielo. Ambos hechos no deben tener lugar al mismo tiempo, es una aberración. En su mano está luchar por ello, enfrentarse a su agresor. En su cabeza se encienden todas las alarmas. Sin embargo no reacciona. No hace nada. No le dará esa satisfacción. Cuando su padre le robó lo que consideraba más preciado no gritó. No va a hacerlo ahora para detener a este medio hombre.

Antonio prácticamente le arranca los pantalones. La observa. La saliva perla sus labios. Él mismo tiene los pantalones por los tobillos, su pene pugnando por abandonar los calzoncillos. La imagen se le antoja ridícula a María, y no puede evitar sonreír. Él se agacha, cae sobre ella, la abofetea.

—No te rías, puta. No te vas a reír más de mí.

No lo hace. Que termine ya, por favor. Y después que la culpabilidad le obligue a

matarla. A ella y a su hijo.

Antonio, tumbado sobre ella, se baja los calzoncillos con torpeza. María siente el calor de su miembro en el muslo. Es más grande de lo que esperaba, no va a poder burlarse de su impotencia. María trata de moverse, el peso del hombre la está asfixiando. Él no se lo permite. Trata de besarla, de hundir su lengua en su boca. No, eso no. María gira la cabeza a un lado, apartándose de él.

—Da igual, da igual —dice Antonio, que no demuestra ser demasiado hábil consumando una violación.

Le cuesta penetrarla, más que otra cosa porque ella tiene las piernas juntas y la posición de Antonio no es la más adecuada. No se defenderá, pero tampoco va a ayudarle. Sería demasiado patético. María mira al techo, a la lámpara, a las escaleras que conducen al primer piso. Y su mandíbula se desencaja cuando sus ojos se cruzan con los de su padre. Él no puede verla. Sus ojos son dos manchas blancas. Está muerto. Y está bajando por las escaleras. María sonríe. No sabe bien por qué lo hace. Antonio lo interpreta a su manera, como siempre ha interpretado las sonrisas de las personas que le rodean. Burla. Humillación. La golpea en el rostro con la mano abierta. Un pitido se instala en su oído derecho, se le saltan las lágrimas.

—Te he dicho que no te rías, puta. Te he dicho… —dice Antonio, pero después no dice nada más.

Se incorpora como un muñeco, alejándose de ella. El rostro de sorpresa de Antonio es reflejo del de María. Sus padres (los dos, los dos, oh, Señor, gracias, gracias) le sostienen por los brazos, lo arrastran hacia atrás, hacia la pared. Antonio se debate, lucha. Quiere liberarse. En sus ojos las hogueras se han consumido, ahora solo albergan el frío del horror. María se incorpora sobre sus codos, quiere verlo, necesita verlo. Su madre libera el brazo de Antonio, pero antes de que este pueda hacer algo, hunde su rostro en su estómago. Su padre está mordiendo la clavícula, obligándole a gritar como un cerdo en el matadero. La sangre brota por todas partes. Antonio grita y grita hasta que su madre le besa. María ya está vistiéndose. El beso de su madre se lleva consigo su lengua. Su padre muerde la carne blanda del cuello y Antonio cae al suelo entre convulsiones. Se arrastra unos pasos en dirección a María, se hunde definitivamente en los brazos de la muerte junto al sofá.

Ya está.

Todo ha terminado.

María espera que ahora vengan a por ella, que terminen lo empezado. No lo hacen. Sus padres permanecen de pie junto a la pared, en silencio. No son sus padres, por supuesto. Son dos cadáveres resucitados cuya envoltura externa coincide con ellos, pero en su interior no queda nada de las personas que la querían, que la odiaban. Nada. María piensa que en este momento lo correcto sería llorar, pero no tiene lágrimas que verter. Se sube los pantalones. Las bragas están en el suelo, rotas,

bajo el cuerpo de Antonio. Una última broma. María mira de nuevo a sus padres. Siguen allí, inmóviles, quizá esperando que diga algo. Por eso lo hace. Por eso les habla.

—Gracias —dice María—. Pero esto no cambia nada.

Y no lo hace. Sus padres, empapados en sangre, mutilados, muertos en definitiva, se limitan a dar media vuelta y marcharse. La puerta está abierta, bienvenida a casa, puedes quedarte aquí si quieres. Nosotros tenemos una cita en el cielo. María les ve marchar. Todo tiene que terminar así. En soledad. Así empezó y así debe acabar. Se levanta. Examina desde la distancia el cuerpo de Antonio. Quizá podría moverlo, sacarlo al patio. Quizá no.

Sale al patio. Ve a sus padres caminando, cogidos de la mano, haciendo eses como dos borrachos. Al menos ellos saben dónde tienen que ir. En el cielo los ángeles rezagados revolotean en su último viaje de vuelta a casa. Afortunados ellos que tienen una casa. María camina por el patio que comparten todos los pisos. Lo recorre mientras sus manos acarician su vientre. Se pregunta otra vez si vivirá alguien en esas casas. Podría llamar a todas y cada una de las puertas para asegurarse. En el fondo no tiene nada mejor que hacer.

Vuelve a la casa. Antes de entrar mira hacia el portal. Sus padres ya no están. Se han marchado para no volver jamás.

Allí está José.

41
Adiós al día del juicio final

Los redivivos se encaramaban a las escaleras, ascendían con torpeza. Lázaros los observaba con atención. Ninguno de ellos era rechazado, ninguno caía al vacío. ¿Acaso eran todos inocentes? No, desde luego que no. Las otras dos posibilidades le ponían la piel de gallina. Era posible que el Señor no los estuviera juzgando, que simplemente permitiera la entrada en el cielo de todos los hombres. También era posible que la apertura de las puertas del cielo no tuviera nada que ver con Él. Que fuera otro el que las hubiera abierto, condenando el cielo, convirtiéndolo en refugio de cadáveres andantes y ángeles hambrientos.

No sabía qué le esperaba allí arriba, no sabía ni siquiera si le permitirían subir. Había retrocedido hasta las sombras de los muros de las Torres Blancas que aún permanecían en pie. No temía a los redivivos. Si hasta ahora no le habían hecho nada no les había ofrecido nuevas razones para que lo hicieran. Le preocupaban los ángeles. Llegaban hasta allí desde el cielo como lluvia de tormenta. Aterrizaban torpemente, caían al suelo. En sus rostros se podía leer su pánico, su desorientación. Esas señales eran las que aumentaban sus dudas. Si incluso los ángeles dudaban, ¿cómo no iba a hacerlo él?

Los ángeles negros se mostraban reticentes a dar el primer paso. En muchas ocasiones se veían obligados a apartarse, a dejar paso a los muertos, que ni siquiera les prestaban atención. Solo querían ascender por las escaleras que el cielo había convocado, salir de allí. Los ángeles se amontonaban junto a los escalones. No querían subir. No, eso no era cierto. En realidad sí querían hacerlo pero no encontraban el valor necesario para dar el primer paso.

Fue un querubín rechoncho, torpe, de alas pequeñas y retorcidas, el que se encaramó al primer escalón, ascendiendo como un bebé, a gatas. Cuando alcanzó el cuarto escalón otros querubines le siguieron. Tras ellos el primer ángel negro. Después los demás.

Menos Lázaro.

Permanecía escondido, entre las sombras. Escondido de sus propios temores. Estaba llorando pero no lo había advertido. Tanto tiempo esperando este momento, el ansiado final. ¿Y si no era así? ¿Y si lo que tanto ansiaba no era más que una quimera? ¿Y si morir aquí no representaba ninguna diferencia?

No, no era justo. Le debían eso, le debían una oportunidad.

Buscó en su interior todo el valor que ansiaba y lo halló a sus pies, medio devorado. Un recuerdo que siempre se le había negado pero que ahora se abría paso entre todos los demás para iluminarle.

El cuerpo de Lázaro a sus pies, medio devorado. Todavía vivo. Y él, Longino,

arrodillado a su lado, sobre él, cortando con el cuchillo que ha robado trozos de carne al azar, llevándoselos a la boca. Él, Longino, gime de placer cuando la sangre de Lázaro se derrama en el interior de su boca. Esta es su carne, esta es su sangre. Siempre ha sido así y él lo sabe. Desde que probó la sangre de Cristo está condenado. Es la Ley. Vive un momento de duda cuando Lázaro le mira. Hay una súplica en su mirada, pero también una advertencia. Algo que solo otro inmortal puede insinuar. Por eso Longino le arrebata los ojos, los devora, y huye de allí convertido en Lázaro, pues su mente aborrece la idea de ser quien es. En su huida encontrará la muerte. Quiere recordarlo como un accidente, no como un suicidio. Es igual.

Es Longino quien sale de la oscuridad, quien se dirige con paso firme entre los escombros de las Torres Blancas hacia las escaleras. Es Longino quien aparta con sus manos ángeles y redivivos y coloca su pie sobre el primer escalón y comienza el ascenso. Es Longino el que sube escalón tras escalón con una sola idea en la cabeza.

Encontrarse de nuevo con el Hijo de Dios.

Acabar el trabajo.

42
Epílogo

Aquel que ya no es Lázaro se detiene ante las puertas del cielo. La entrada no puede ser más prosaica: una verja abierta rasgada por una luz que no permite atisbar en su interior. Los redivivos traspasan el umbral tambaleándose, los ángeles les siguen sin mirar atrás.

Aquel que ya no es Lázaro espera. Este último paso es el más difícil, el salto imposible al vacío. Se atreve a mirar hacia abajo, al mundo que está a punto de abandonar. Desde allí arriba lo único que tiene sentido es esta escalera imposible y los peregrinos que la recorren en busca de la salvación. Aquel que ya no es Lázaro tiembla. No se atreve a entrar, pero… ¿qué otra cosa puede hacer? Si ha llegado hasta aquí no le queda otro camino.

Se sienta sobre el último escalón, a un lado, para no entorpecer el camino de los otros. ¿Cuánto ha tardado en llegar al cielo? El tiempo no tiene sentido, tampoco las distancias. Ha ascendido por una metáfora, siempre ha sido una metáfora. Se pregunta qué habrá sido de María, de José. Sabe que están destinados a permanecer en el mundo que él abandona. Como los otros. Ojalá nunca lleguen a encontrarse.

No les debe nada, pero le duele estar allí, solo. Solo con los ángeles y los muertos. Se levanta. Empieza a susurrar esa terrible letanía que ha oído tantas veces en tantos sitios. Está rezando. Se pregunta qué estarán haciendo otros en otros lugares del mundo, lugares en los que las puertas estén vigiladas por dioses que no son los que conoce. Este cielo está abierto para todos los hombres, sean del credo que sean. Incluso para los no creyentes.

Hay algo malsano en esa idea.

Aquel que ya no es Lázaro duda. Pero es una duda forzada. Un paso atrás que se impone antes de dar el definitivo adiós al mundo, de pasar al otro lado, de sumergirse en los cielos. Ansía dar ese paso, pero sabe que será el último. Él no será como los otros, el no traspasará el umbral y se internará en el paraíso. Él morirá. Al menos es lo que cree, lo que desea.

Si no fuera así…

Si no fuera así buscaría al maldito hijo de puta que le convirtió en lo que es y le devolvería todo el dolor que ha sufrido más los intereses.

Aquel que ya no es Lázaro duda.

Reza.

Entra.

Antonio yace en el salón de la casa de los padres de María. Está muerto. Para él ni siquiera existe la esperanza de la resurrección, ya ha pasado su tiempo. Su cerebro ha dejado de funcionar. Sus últimos pensamientos, mientras la sangre salía a borbotones

de su tráquea cercenada, han sido para su mujer. Ella no se merecía todo lo que él le ha hecho. En la vida y en la muerte. Sin embargo no llega a arrepentirse de lo que ha intentado hacerle a María. Ella se lo había buscado.

María y José están sentados en el sofá, junto al cadáver mutilado de Antonio. Ni siquiera lo han cubierto con una sábana. El vientre de María es enorme. José ha apoyado su cabeza contra él, ha sentido las patadas del niño que ha de nacer. El niño que está condenado a cambiar el mundo.

—¿Tienes miedo? —pregunta José.

María niega con la cabeza.

—Que sea lo que Dios quiera —dice.

A José no se le escapa la ironía. Se levanta, camina por el salón. Está nervioso. Sabe que tendrá que ayudarla en el parto, no hay nadie más. Estuvo en el nacimiento de su primera hija, pero no aportó nada, más allá de dejar que su mujer le hundiera las uñas en el brazo. Ahora es distinto. Tiene una responsabilidad con esta chica. También ha contraído una deuda que nunca podrá pagar. Vuelve junto a María.

—¿Prefieres estar tumbada? —le dice.

—Sí —dice ella, acomodándose en el sofá—. ¿Podrías…?

No dice más, pero José sabe a qué se refiere. No quiere que su hijo nazca en este escenario de horror. Tiene que sacar el cuerpo de Antonio de allí, llevárselo fuera, al patio. Quizá más allá, al portal, dejarlo caer por las escaleras. Que no forme parte de este refugio inesperado. Su antiguo yo maldice por tener que ocuparse del cadáver. Piensa en los padres de María. ¿No podrían haberse ellos deshecho del cuerpo? ¿Tanta prisa tenían por entrar en el reino de los cielos? José sube por las escaleras hasta el primer piso. Entra en el dormitorio de los padres de María. De sus suegros. No puede evitar pensar en ellos como sus suegros, tan cercano se siente ahora mismo a María. Había pensado utilizar las sábanas de la cama, pero cuando ve el estado en el que se encuentran prefiere buscar otras en el armario. Abre varios cajones, no halla nada más que ropa, zapatos, recuerdos. Se dirige a la cómoda, la asalta como un ladrón. En el último cajón, el que debe abrir acuclillado, encuentra las sábanas limpias. Coge un par de ellas —blancas como la leche— y desciende las escaleras, a la planta baja.

María dormita en el sofá. Su rostro, su cuerpo, exudan tranquilidad. José acercaría una silla, se sentaría a su lado y la observaría durante horas. Qué hermoso es ver dormir a la persona que quieres. No se entretiene. Cubre el cuerpo de Antonio con la sábana. Es de las que su madre denominaba bajeras, con elásticos en los extremos. Los utiliza para meter dentro los pies del cuerpo, que ya ha empezado a sufrir cierta rigidez. Con la otra sábana enrolla las piernas, las ata, para evitar que la sábana resbale. Después da la vuelta, coge el cadáver por las manos —frías, blandas, desagradables— y tira de ellas. Al principio no se mueve, después la inercia del

primer tirón le permite arrastrarlo por el suelo del salón. Lo conduce hacia la puerta de la cocina para sacarlo al exterior, como María le ha pedido. Se detiene un momento en la entrada. Está sudando. Deja caer los brazos de Antonio al suelo, abre la puerta de la calle. El patio común está vacío, en silencio. Sale y respira el aire fresco del exterior.

—Ya está —dice en voz alta.

Habla para sí mismo. Le relaja. Se da la vuelta, entra. Coge de nuevo el cadáver por las manos y tira de él hasta que logra sacarlo al exterior. Sigue tirando del cuerpo, arrastrándolo por el patio, alejándolo de allí. No quiere volver a verlo. No quiere compartir ni un solo momento más con él. Antonio ha resultado ser un monstruo. Como todos ellos. Culpables. Condenados. No hay sitio para ellos en el cielo. Todos lo sabían desde el principio, ¿por qué se han dejado embaucar por Lázaro, el gran mentiroso? No es tiempo para arrepentirse, ahora solo queda seguir adelante. El presente es lo único que existe. No hay futuro.

Deja el cadáver junto al muro que separa el patio del edificio contiguo. Un ministerio, le ha dicho María, pero no recuerda cual. A su lado se levanta Protección Civil, frente a ellos la sede de UGT. Un barrio extraño. María le ha hablado de uno de sus vecinos, con el que apenas ha cruzado un par de palabras. Está cojo desde hace más de veinte años y eso le ha agriado el carácter. María lo recuerda ahora porque siempre estaba discutiendo con sus padres. Le hubiera gustado ver su cadáver allí, en el patio, el mismo que siempre criticaba y decía que sus padres no cuidaban. Una chiquillada que le ha perturbado.

José se sienta en el suelo. María está durmiendo, no le echará de menos. Y él quiere pensar un poco, detenerse y reflexionar sobre todo lo que ha ocurrido. Desde que los ángeles bajaron al mundo se ha dejado llevar, siempre adelante, sin cuestionar lo que hacía, lo que ocurría a su alrededor. Mira al cielo. Está extrañamente tranquilo. Silencioso. De un agradable color azul, surcado por nubes desgarradas. Tan normal, tan extraño. Las puertas del cielo se han cerrado. Todo ha terminado.

¿Qué hará ahora?

No lo sabe. Cuando tomó la decisión de ir en busca de María rechazó la posibilidad de alcanzar el cielo. Se dice a sí mismo que lo hizo por ella, porque le necesitaba. Se dice a sí mismo que las palabras de Lázaro no fueron un acicate sino la confirmación de sus propios sentimientos. Lo cierto es que duda, que no está seguro de si todo esto lo ha hecho por María o por él mismo. Por su miedo a ser rechazado. Por su miedo a ser condenado al infierno.

José piensa en su mujer. En su hija. Ellas sí merecen estar allí arriba. No sabe si lo habrán logrado, pero en el fondo de su corazón desea que haya sido así. Ya no hay sitio para el odio. Lo que pasó pasado está. Es hora de que cada uno mire por su propia vida. Si lo que queda ahora puede llamarse vida.

El cuerpo de Antonio, amortajado por las sábanas, descansa a su lado. Tiene la tentación de levantar la sábana, mirar su rostro. No lo hace. Se levanta y deja el cadáver allí, a merced del viento. De los resucitados. De los ángeles. Es consciente de que ya no queda nadie en el mundo que le importe, más allá de María y él. Pensar en ello le aterra. Entra en la cocina, cierra la puerta. El olor en el interior de la casa es desagradable, tendrá que acostumbrarse. Piensa en qué hará cuando María despierte, cuando de a luz. Agua caliente, paños limpios. Instrumentos quirúrgicos, tranquilidad de espíritu. Carece de todas esas cosas. Tendrá que improvisar. Todo saldrá bien. Ya lo decía Lázaro. Si su destino fuera que las cosas salieran mal, no estarían aquí. Serían una nota a pie de página. No tendrían una historia que contar.

Abre el frigorífico. Esperaba encontrar comida en descomposición, le sorprende hallarlo vacío. Silencioso. Tiene de pronto la sensación de estar encerrado en un escenario, en un mundo de cartón piedra al que no pertenece. Cierra la puerta. Se está volviendo loco, claro. Quizá sea un poco tarde para tratar de razonar lo que ha ocurrido. O quizá sea demasiado pronto. Sea como sea, sabe que tendrá que tratar de comprender esta nueva realidad al lado de María. Al lado de su hijo.

Un hijo que no es suyo.

Un hijo que es lo único que le ata ahora mismo al mundo.

José oye el ruido. Al principio no logra identificarlo. Un *clack clack clack* que proviene de algún punto de la cocina que no sitúa. Mira por todos lados, el *clack clack clack* persiste. Le sorprende. Ese sonido tiene la cualidad de alterarle los nervios. Tiene la sensación de que es algo relevante, algo que terminará por quebrar su cordura. Alza entonces la mirada y lo descubre allí, junto a dos botes de plástico de esos que las madres utilizan para guardar galletas.

Es un reloj.

Y las agujas se están moviendo.

Madrid, 16 de Febrero de 2011

Una breve historia de la génesis de Condenados

El origen de esta novela se remonta a varios años atrás. La semilla se había plantado en mi mente una noche como cualquier otra, revisando una de las muchas libretas de notas que llevo siempre conmigo. En ellas apunto las ideas que me vienen a la cabeza y las dejo allí, reposando, sin preocuparme demasiado por ellas. Es necesario que germinen antes de que pueda abordarlas y tratar de convertirlas en una historia. En esta ocasión el disparador había sido un programa televisivo (Pueblo de Dios si las notas no me engañan) y la conversación que había surgido entre la presentadora y dos invitados acerca del día del Juicio Final. La idea que había anotado no iba a ninguna parte por sí sola, pero mezclada con mi estado de ánimo aquella noche me dio el pie necesario para empezar a trabajar en ella. Tomé algunas notas, esbocé un primer capítulo… y lo dejé.

En ese momento surgió la posibilidad de colaborar en una novela con David Jasso y no me veía con fuerzas para abordar nada más, sobre todo cuando David empezó a mandarme el material que escribía a diario. De esa colaboración nació nuestra novela *Cazador de mentiras*, de la que siempre pienso que no tuvo toda la suerte que merecía. La idea quedó, pues, en barbecho, y durante años no volví a pensar en ella. Pasó el tiempo, cambié de libreta varias veces y me olvidé de la historia.

En ocasiones reviso las libretas antiguas en busca de historias que todavía no he narrado, pero lo cierto es que cuando llegaba a esta no le encontraba el atractivo necesario. Creo que se debía a la longitud que la historia exigía. En los últimos años había crecido mi interés por la ficción mínima y la mayor parte de lo que escribía y publicaba eran relatos y microrrelatos. Si reviso todo lo escrito y publicado desde 2007 veo que me había alejado completamente de la novela. No me sentía con fuerzas para intentarlo. Por un lado mi familia me reclamaba mucho tiempo, por otro la recompensa —no solo económica, por supuesto— por las novelas que había publicado previamente no me había dejado del todo satisfecho. Demasiado esfuerzo en días, en meses, para la respuesta que obtenía del público y de la crítica.

Entonces una tarde decidí publicar la primera línea de la novela en *Twitter*, en la cuenta que mantengo para mis experimentos literarios ultrabreves. Nuria C. Botey, una escritora de la que he disfrutado todo lo que le he leído, hizo un comentario más que agradable de esa única línea. Y algo en mi interior me dijo: inténtalo. Vamos, lánzate de nuevo, escribe una novela.

Me resistí. No me creía capaz de embarcarme de nuevo en una aventura como aquella. Argüí excusas y fui capaz de alejarme de ello. Casi pude olvidarlo.

Hasta que llegó el estrés. Demasiado trabajo, demasiados problemas personales, demasiada vida. En un determinado momento todo se me echó encima. Estaba agotado. Me recuperé buscando la calma. ¿Cómo? Dejando de lado proyectos que me interesaban, que adoraba. Centrándome en las pequeñas cosas. Volviendo a ser

egoísta. De ese egoísmo surgió la necesidad de abordar un proyecto personal, algo que me permitiera centrarme en mí mismo, en nadie más.

Y llegó el mes de noviembre. Y allí estaba la locura del NaNoWriMo. ¿Por qué no? ¿Qué mejor forma de motivarme a escribir, de forzarme a cumplir plazos, que participar en el NaNoWriMo? Al principio era reacio, por supuesto. ¿Qué calidad podría tener lo que escribiera para esa locura? En cualquier caso, empecé a escribir el mismo día uno. Hasta el cuatro no me atreví a darme de alta. Después… después todo ha ido sobre ruedas.

Condenados —cuyo título original no era este, por supuesto— es uno de los libros que mas alegrías me ha dado mientras lo escribía. Espero que tú, lector, también lo hayas disfrutado. Si has llegado hasta aquí probablemente sepas que la edición de este libro ha sido, cuanto menos, curiosa. Condenados es la primera novela publicada en castellano gracias al crowdfunding. Este libro ha formado parte del proyecto Lánzanos, http://www.lanzanos.com, una web que ofrece la posibilidad de buscar un mecenazgo compartido para llevar adelante variadas propuestas creativas. Este libro ha seguido este camino, alternativa válida a la edición tradicional, y gracias a la aportación de medio centenar de ángeles el libro está disponible en formato electrónico de forma gratuita para todo aquel que lo quiera leer. ¿No es hermoso?

Yo creo que sí.

Agradecimientos

A Juan Antonio Ferrando Rodríguez (www.sefirotsgame.com), Mano Derecha de Dios, por su fantástico apoyo al *crowdfunding*. Sin él esta novela no tendría sentido y no habría visto la luz. Gracias.

Al *National Novel Writing Month*, más conocido como *NaNoWriMo* (www.nanowrimo.org), por devolverme la pasión por escribir novelas. A mis *buddies* de noviembre, gracias por acompañarme en esa locura, sin vuestro apoyo no lo hubiera logrado. Y a todos aquellos que en Noviembre de 2010 se dedicaron, en mayor o menor medida, a escribir con pasión.

A *Dismantled*, por ofrecerme la música más adecuada para abordar esta obra.

A mis padres, que siempre están ahí cuando los necesito.

A Fidel Insúa (www.literaturaprospectiva.com), Ángel Exterminador.

A todos los que comparten mi *timeline* en Twitter (twitter.com/#!/cruciforme), es un placer contar con vosotros al otro lado, leyendo mis pequeñas locuras.

A María Martín Cirujano, Arcángel, y su maravillosa Torre de Marfil (www.torremarfil.es), que me dio el empujón que necesitaba cuando más lo necesitaba.

A Mónica Plasencia y la imprescindible editorial 23 Escalones (www.23escalones.com). Gracias por todo.

A José María Carrasco y su Viaje a Bizancio (www.bizancioediciones.com).

A mi hermana, por todo.

A Jean Mallart, por la magnífica portada que ha creado para el libro.

A Ignacio Illarregui Gárate (www.aburreovejas.com), Ángel de la Guarda.

A Ismael Martínez Biurrun, Ángel de la Guarda.

A Emilio Bueso, Ángel Exterminador.

A Pedro Belushi, por sus ilustraciones para la novela.

A la gente de Lánzanos (www.lanzanos.com), sin su ánimo tampoco habría sido capaz de terminar este libro.

A Alejandro Moia Román (alemonio.deviantart.com), Ángel Exterminador, que me recordó otras obligaciones pero fue paciente conmigo.

A José Ramón Vázquez, Ángel del la Guarda, por invadir mi chat en las ocasiones en las que más lo necesitaba.

A Niko, Mara, Rebeca y Amadeo, Ángel Exterminador, por compartir su felicidad con nosotros. Y su tristeza también. Gracias.

A Julio Igualador (www.nanoediciones.com), Ángel de la Guarda.

A Iván Hernández (www.eloutletdemicerebro.com), Querubín, por su magnífica ilustración.

A Carlos Díaz Donaire, Ángel Exterminador.

A Javier Vidiella, Arcángel.

A Gabriella Campbell, Carlos Daminsky y Elena Clemente, porque los pequeños gestos también son importantes.

A Mercedes Rodrigo Miranda (www.mercedesrodrigo.com), Querubín.

A Rafael Barquero Hernández, Ángel Exterminador.

A Antonio M. Sánchez Pérez (www.antoniomsanchezperez.com), Ángel Exterminador.

A David G. Panadero (www.revistaprotesis.com), Ángel Exterminador.

A Ángel Pacheco, Ángel de la Guarda, por estar ahí después de tantos años.

A Андрея (Вега Шиманская), el más delicado de los Ángeles Exterminadores.

A Fernando Hidalgo Villamil, Ángel de la Guarda.

A Ignacio Cid Hermoso (ventajasdeserunhipopotamo.blogspot.com), Querubín.

A Raúl García Suárez, Ángel Exterminador.

A David Orte Nicolás, Ángel de la Guarda.

A ti, lector.

A Raúl Carmona, Ángel Exterminador.

A Alberto Gómez, Querubín.

A Celia, Ángel Exterminador.

A Dani & Natalia, Ángeles Exterminadores.

A Juanfran Jiménez, Querubín.

A García-Garrido, Querubines.

A Xina & Yul, Ángeles Exterminadores.

A Inés Arias de Reyna (www.ladydragon.casadelafantasia.com), Querubina.

A la Familia Toribio-Baz, Ángeles de la Guarda.

A Amalia Sánchez Garrido, Ángel Exterminador.

A Cristina Bermejo, Ángel Exterminador.

(sgp.foros.ws/?sid=f9593f7e6bb8b0a7986784bfc288eb15)

A Rubén Alberto Aguilera Nieto, ficcionario interactivo y Ángel de la Guarda.

A José María Bravo (www.sombrasyceniza.com), Querubín.

A Gotzon (Relatos Encallados gotzoki.wordpress.com), Ángel Exterminador.

A Miguel Puente Molins (www.sacodehuesos.com), Ángel Exterminador.

A Alberto García-Teresa (www.albertogarciateresa.com), Ángel Exterminador.

A Eduardo Vaquerizo (www.eduardovaquerizo.com), Ángel Exterminador.

A Eduardo Ledantes, Ángel Exterminador, aquí abajo todos divergimos.

A Isaac Salvador Rodríguez (egorama.info), Ángel de la Guarda.

A Moisés Cabello (www.moisescabello.com), Ángel de la Guarda.

A María Ripoll Cera (www.escrituraprofesional.com), Ángel de la Guarda.

A Luis Montero (cero23.com), Querubín.

A Xatafi, gracias por ese apoyo constante.

A Elena, Sofía, Ignacio, Alejandro, Álvaro, Sofía, Julia, Paula y Nerea, por

mostrarme otra forma maravillosa de ver la vida.

A MJ, que tuvo paciencia cuando se lo solicité y cuando yo no la tuve, supo disculparme.

A Alicia.



SANTIAGO EXIMENO (Madrid, 1973), ha publicado novelas como *subcontratado* (Ediciones Efímeras, 2005) o *Asura* (Grupo AJEC, 2004), libros de relatos como *Bebés jugando con cuchillos* (Grupo AJEC, 2008) u *Obituario Privado* (23 Escalones, 2010), libros de ficción mínima como *¿Quién es el Cruciforme?* (Saco de Huesos, 2010), ilustrado por Pedro Belushi, o *Capriccio* (23 Escalones, 2010) y numerosos relatos en diferentes antologías y revistas.

Ha sido traducido a varios idiomas y ha ganado varios premios, entre ellos cuatro veces el Premio Ignotus, concedido por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFT), y el Premio Xatafi-Cyberdark, por sus relatos y antologías.

Mantiene una página con información actualizada sobre su obra: www.eximeno.com